INSTITUCION MITRE

ESTADO ACTUAL

DEL

ESTUDIO DE LAS LENGUAS INDIGENAS

QUE SE HABLARON EN EL TERRITORIO HOY ARGENTINO
SU IMPORTANCIA PARA EL ESTUDIO DE LA ETNOGRAFÍA Y LA HISTORIA
SUPERVIVENCIAS LINGÜÍSTICAS INDÍGENAS EN NUESTRO VOCABULARIO

POR

ANTONIO PORTNOY

PRIMER PREMIO EN LOS CONCURSOS GENERALES DE LA INSTITUCIÓN MITRE
(1936)

BUENOS AIRES
IMPRENTA Y CASA EDITORA «CONI»
684 — CALLE PERÚ — 684
1936

U20qs

ESTADO ACTUAL

DEL

ESTUDIO DE LAS LENGUAS INDIGENAS

PUBLICACIONES DE LA INSTITUCION MITRE

Mitre traductor de Dante, por el doctor Leopoldo Longhi de Bracaglia, 1936.

El diario de la juventud de Mitre, 1936.

Estado actual del estudio de las lenguas indígenas, por Antonio Portnoy, 1936.

INSTITUCION MITRE

ESTADO ACTUAL

DEL

ESTUDIO DE LAS LENGUAS INDIGENAS

QUE SE HABLARON EN EL TERRITORIO HOY ARGENTINO
SU IMPORTANCIA PARA EL ESTUDIO DE LA ETNOGRAFÍA Y LA HISTORIA
SUPERVIVENCIAS LINGÜÍSTICAS INDÍGENAS EN NUESTRO VOCABULARIO

POR

ANTONIO PORTNOY

PRIMER PREMIO EN LOS CONCURSOS GENERALES DE LA INSTITUCIÓN MITRE
(1936)

BUENOS AIRES
IMPRENTA Y CASA EDITORA «CONI»
684 — CALLE PERÚ — 684
1936

INSTITUCION MITRE

CONSEJO EJECUTIVO

Presidente

Ingeniero Octavio S. Pico

Vicepresidente 1º

Doctor Gregorio Aráoz Alfaro

Vicepresidente 2º

Doctor Carlos Ibarguren

Secretarios

Doctor Enrique Prins
Ingeniero Ricardo Silveyra

Tesorero

Doctor Horacio Beccar Varela

Protesorero

Señor Miguel Mihanovich

Vocales

Doctor Adolfo Bioy
Doctor Pedro Chutro
Almirante Carlos G. Daireaux
Doctor Bernardo A. Houssay
Doctor Luis Juillerat
Doctor Francisco Llobet
General Francisco Medina
Doctor Luis Mitre
Almirante Daniel Rojas Torres
Doctor J. Honorio Silgueira
Doctor Juan B. Terán

ESTADO ACTUAL

DEL

ESTUDIO DE LAS LENGUAS INDIGENAS

CAPITULO I

EVOLUCIÓN DEL ESTUDIO DE LAS LENGUAS INDÍGENAS AMERICANAS Y ESPECIALMENTE DE LAS HABLADAS EN EL ACTUAL TERRITORIO ARGENTINO.

Siglos XVI a XIX

El estudio de las lenguas indígenas de América atrajo el interés de los europeos desde la llegada de los primeros misioneros cristianos al mundo descubierto por Colón.

Al prepararse el insigne navegante para su cuarto viaje, en 1502, con la mira de buscar un camino por entre las tierras recién descubiertas para llegar hasta el Imperio del gran Khan de Tartaria, « pidió — dice el padre Las Casas — que pudiese llevar dos o tres hombres que supiesen arábigo, porque siempre tuvo opinión que pasada esta nuestra tierra firme, si estrecho de mar hallase, que había de topar gente del gran Khan

o de otras que aquella lengua o algo de ella hablasen » [1].

Al recorrer en esa expedición las costas orientales de la América Central, Colón habría podido reconocer su error, pero al hallar allí multitud de lenguas desconocidas, se imaginó que esto sería un accidente de la sola región del litoral.

En la *Colección* de Fernández de Navarrete (t. I, págs. 296-312), dice en una de sus cartas dirigidas a los Reyes Católicos (Jamaica, 7 de julio de 1503): « Los pueblos... cada uno tiene diferencia de lengua, y es tanto que no se entienden los unos con los otros, más que con los de Arabia. Yo creo que esto sea en esta gente salvaje de la costa de la mar, más no en la tierra adentro ».

La creencia en la extensión casi universal del árabe estaba tan arraigada que cuando el portugués Pedro Alvarez Cabral se puso por primera vez en contacto con los indígenas del Brasil (abril de 1500), les envió un grumete negro que les habló en la lengua de Guinea y otros que sabían algunas palabras arábigas [2].

Pero cuando los conquistadores y exploradores llegaron a comprender y luego a comprobar que las tierras recién descubiertas formaban un continente

[1] *Historia de las Indias*, libro II, capítulo IV.

[2] Véase Varnhagen, vizconde De Porto Seguro, *Historia geral do Brazil*, sec. V.

antes desconocido, observaron mejor los idiomas que hablaban las tribus o agrupaciones que poblaban esas regiones y advirtieron empíricamente caracteres que los diferenciaban.

Más tarde, los militares y funcionarios españoles lograban procurarse algún intérprete, ya fuera un peninsular que había llegado a entender más o menos la lengua de los indios, ya un aborigen que comprendía algunas palabras del castellano.

Los antiguos cronistas, como Gonzalo Fernández de Oviedo, Pedro Cieza de León, el padre José de Acosta y Antonio de Herrera, consignaron en sus libros la gran variedad de lenguas americanas, dando noticias no carentes de interés sobre la extensión de territorio que ocupaban algunas de ellas.

Así, pues, los primeros elementos de los estudios lingüísticos americanos fueron las fragmentarias noticias que soldados y marinos y misioneros observaron y recogieron de labios indígenas. Casi huelga expresar que se cometieron entonces gravísimos errores en las traducciones del pensamiento, en la reproducción fonética y en la interpretación del mecanismo gramatical, origen de no pocas dificultades futuras. Esta primera labor no tuvo el menor rigor científico ni podía pretenderlo.

Para explicar la procedencia de las lenguas americanas se echó mano a la conocida historia de la torre de Babel, según la cual por castigo del cielo

siguió una gran confusión lingüística a esa insensata tentativa de los hombres, y se añadía que de las 72 lenguas diferentes que entonces surgieron una o dos pasaron a América, originando la diversidad de idiomas que aquí hallaron los conquistadores europeos.

El padre Kircher, expositor de la *confusio linguarum*, en su obra *Turris Babel, sive Archontologia* (Amsterdam, 1578) elevaba a 400 el número de idiomas americanos, y posteriormente otros autores llegaron a calcularlo en algunos millares.

Pero quedaba por resolver una cuestión muy ardua: ¿Cómo de una o dos lenguas primarias se habían formado en América centenares o millares de lenguas y dialectos hablados por los indígenas y que se creía entonces absolutamente diferentes entre sí?

El padre dominicano fray Gregorio García discutió este problema en su libro *Origen de los indios del Nuevo Mundo e Indias Occidentales* (Valencia, 1607), resolviéndolo a su manera en los siguientes términos: «El demonio como tiene tan buen entendimiento, sabía por conjeturas que la ley evangélica había de ser predicada en aquellos reinos (de las Indias Occidentales); y así para que los predicadores de ella hallasen grande dificultad en predicarla de suerte que los indios la entendiesen y de aquí resultase su conversión, envidioso del bien del

hombre y mirando la pérdida de su propio interés y honra que cerca de aquella gente tenía, pues era adorado por Dios disimulado en sus ídolos, procuró inducir a estos indios a que inventasen nuevas lenguas, ayudándoles él con su buena habilidad para que también con la multitud de ellas y su diferencia fuesen los indios perpetuos esclavos suyos... »

En la tarea de la compilación de vocabularios y redacción de estudios gramaticales sobresalieron los misioneros, que se vieron obligados a hallar un medio verbal para enseñar a los indios la religión cristiana. Tradujeron, además, a las lenguas de éstos las oraciones y la doctrina religiosa, componiendo guías o diálogos para la catequización y para la confesión. El *Vocabulario de la lengua general de todo el Perú llamada Quichua,* por el padre Diego González Holguín (1608), y el *Arte y vocabulario de la lengua guaraní,* por el padre Antonio Ruiz de Montoya (1640), pueden ser mencionados como valiosos ejemplos de ensayos lingüísticos.

El principal obstáculo con que tropezó la filología por mucho tiempo, y por ende la acertada clasificación de las lenguas, fué la convicción profunda de que el hebreo había sido la lengua primitiva de la humanidad, y que, por consiguiente, de él debían derivarse todas las demás lenguas. Además se cometía con suma frecuencia el error de amoldar la

gramática de los idiomas indígenas del Nuevo Continente a la del latín, sin ver en ellos una estructura propia.

Quien echó las verdaderas bases de la lingüística americana y reunió acerca de ella una suma notable de noticias, fué el padre Lorenzo Hervás y Panduro (1735-1809). Natural de Cuenca e incorporado muy joven a la Compañía de Jesús, estableciόse en Cesena (Italia) después de la expulsión de sus cofrades. Con los datos que obtuvo en Roma compuso su gran obra *Idea dell'Universo che contiene la storia della vita dell'uomo; elementi cosmografici, viaggio estatico al mondo planetario e storia della Terra,* especie de enciclopedia en 21 volúmenes, publicados en Cesena entre 1778 y 1787, con un suplemento impreso en Foligno (1792).

El tomo XVII es un *Catalogo delle lingue conosciute e notizia della loro affinità e diversità,* y los restantes hasta el XXI contienen algunos documentos apreciables entonces para el estudio de la lingüística, pero que hoy carecen de valor científico. El padre Hervás publicó más tarde en castellano las diversas partes de esa obra en libros separados. Así de 1800 a 1805 aparecieron en Madrid seis volúmenes con el título de *Catálogo de las lenguas de las naciones conocidas y numeración, división y clases de éstas según la diversidad de sus idiomas y dialectos.*

El tomo I comprende por orden geográfico casi

todas las lenguas y dialectos americanos — que fué el primero en catalogar metódicamente — desde la región austral hasta la polar del Norte, clasificados en 11 grupos o familias, según sus afinidades, a saber: araucano, guaraní, quichua, caribe, mejicano, taruhumara, pima, hurón, algonquín, alapachino y groenlandés. Las cuatro primeras de dichas familias lingüísticas pertenecen — advierte — a la América meridional.

El diligente autor no pudo consultar los vocabularios impresos de lenguas americanas, que eran raros y costosos fuera de España. A falta de tan importante fuente documental recogió las noticias verbales o escritas que a ese respecto le suministraban los jesuítas expulsados de América en 1767, aparte de algunos libros de viajeros civiles. Comenzó su *Catálogo* por la Tierra del Fuego con los datos obtenidos en las expediciones de Bougainville y de Cook, datos muy imprecisos por cierto. « Con la dirección de varios de dichos misioneros — expresa el padre Hervás — he formado algunas gramáticas, y otros me han favorecido formándolas. » Él mismo confiesa a veces la falta de mayores elementos de juicio para su trabajo y admite en ocasiones no estar en lo cierto. « He hallado gran número de lenguas que llamo diversas, sin saber si es esencial o accidental su diversidad. » Pero su intento es no multiplicar arbitrariamente los idiomas que llama « matrices », para

tender al descubrimiento de sus posibles nexos y afinidades. A tal objeto tenía en cuenta que en ciertos casos los misioneros consideraban lenguas diversas dos dialectos de una misma lengua, error en que solían incurrir por el diverso acento con que las oían pronunciar. Esta tendencia a una concepción homogénea, no pocas veces hasta límites exagerados, se advierte perspicuamente en el siguiente pasaje: « En la América he descubierto que... los dialectos del idioma guaraní se extienden por inmensos países del Paraguay, del Brasil, del Perú, del Quito, y quizá de Tierra Firme. Es de observarse que entre los Guaraníes (en el Paraguay) y los Omaguas (en el reino de Quito) media un inmenso caos de naciones; y no obstante, los dialectos Guaraní y Omaguas u Homagua, hasta ahora conservan señales claras de su proveniencia de una misma lengua ».

Vuelve Hervás al argumento de la torre de Babel, dándole un valor real, lo que ya no se aceptaba en su época. Se extravía frecuentemente al generalizar y se halla imbuído en la idea religiosa de la unidad del género humano. Pero tales defectos resultan de poca monta comparados con los méritos que caracterizan y avaloran el *Catálogo de las lenguas*. Como ha escrito Max Müller, « es fácil hoy en día citar errores e inexactitudes en Hervás; pero... no era corto servicio reunir datos y noticias de más de tres-

cientas lenguas; añádase que Hervás no se detuvo aquí: compuso las gramáticas de más de cuarenta idiomas, y fué el primero en demostrar que la verdadera afinidad de las lenguas debe determinarse sobre todo por los hechos gramaticales y no por una sencilla semejanza de palabras » [1].

A fines del siglo XVIII, el pastor protestante Antonio Court de Gébelin (1725-1784), en su obra *Monde Primitif analysé et comparé avec le monde moderne* (nueva edición, París, 1873-1884, 9 volúmenes), procuró descubrir palabras hebreas, griegas, inglesas y francesas, en los idiomas de América. El nombrado Max Müller, en *La ciencia del lenguaje,* señala la gran superioridad del jesuíta español sobre el autor francés, cuyo nombre es en general más conocido que el de Hervás, a pesar de que este último comprendió en su *Catálogo* cinco veces más lenguas que conocía Gébelin.

En 1806, Juan Cristóbal Adelung (1732-1806), filólogo y lexicógrafo alemán (a quien es preciso no confundir con su sobrino Federico, también filólogo de sólida erudición) publicó su obra *Mithridates, oder allgemeine Sprachenkunde,* completada por Juan Severino Vater. Se funda parcialmente en los vocabularios americanos mandados reunir por Catalina II de Rusia, inspirada por Pallas, pero sobre todo

[1] *La ciencia del lenguaje.*

en el *Catálogo* del P. Hervás. Adelung se limita también a la división geográfica de las lenguas, buscando en ellas sus relaciones y sus reglas fundamentales. Utiliza como texto comparativo el de la oración dominical y trata de dar a su método rigor científico, lo que no le impide caer en numerosos errores.

M. J. Klaproth, en sus *Mémoires relatifs à l'Asie* (París, 1826), sostiene que « las analogías manifiestas que se encuentran entre las raíces de las lenguas americanas y la de los otros idiomas del mundo, nos demuestran que estas raíces derivan de un solo e idéntico origen ». Halla notables afinidades entre las lenguas de América y las del Asia, pero ellas no autorizan — observa — para considerar a los americanos como originarios del continente asiático.

En 1826 publicó Adrien Balbi, en París, una obra que aun hoy puede consultarse con fruto, por los vocabularios que contiene : *Atlas ethnographique du globe, ou classification des peuples anciens et modernes d'après leurs langues.*

El barón de Mérian, en sus *Principes de l'étude comparative des langues* (París, 1828), pretendió demostrar el parentesco universal de todos los idiomas del globo por medio de analogías américo-europeas, américo-asiáticas y américo-africanas.

M. Du Ponceau, si bien en su trabajo fundamen-

tal [1] se refiere principalmente a las lenguas de la América del Norte, marca uno de los primeros jalones en el movimiento inicial de la lingüística americana y debe en gran parte su supervivencia a la palabra *polisíntesis,* que sintetiza la estructura de las lenguas del Nuevo Mundo (como también la del vascuence), hasta entonces sin denominación característica y sin clasificación propiamente científica.

La teoría fundamental de Du Ponceau fué el resultado de veinte años de estudios ininterrumpidos, a partir de 1815. En una interesante correspondencia sostenida al año siguiente con el misionero indianólogo John Heckewelder, que se publicó en las *Transactions of the American Philosophical Society* (1819), enunció el investigador francés la proposición de que las formas gramaticales de las lenguas de América, y particularmente las de Delaware, por lo que respecta al verbo, no existían en los idiomas europeos y para distinguirlas las denominó sintácticas. Más tarde, generalizando sus principios, justificó la adopción de los términos « lenguas polisintéticas » por expresar el mayor número de ideas con el menor número de palabras, según dos procedimientos característicos : 1° un sistema de compo-

[1] *Mémoire sur le système grammatical des langues de quelques nations indiennes de l'Amérique du Nord, ouvrage qui, à la séance publique annuelle de l'Institut royal de France, le 2 mai 1835, a remporté le prix fondé par M. le comte de Volney* (París, 1838, XVI-464 págs.).

sición en el que intervienen sílabas significativas y aun sonidos extraídos de diferentes palabras para formar locuciones compuestas que despiertan a la vez en la mente del que oye todas las ideas que los diferentes vocablos cuyas sílabas se incorporan expresan separadamente; 2° la combinación, fundada sobre los principios de analogía, de diferentes partes del discurso, que se juntan sobre todo con el verbo, de manera que por sus formas y sus inflexiones variadas, no sólo la idea de la acción principal y la de sus accesorios (persona, número, tiempo, etc.) pueden asociarse, sino también el mayor número de ideas morales y físicas, mientras ellas no pueden expresarse en otras lenguas sino por locuciones distintas y separadas.

De estas premisas deducía las siguientes proposiciones fundamentales: *a)* que las lenguas americanas, ricas generalmente en palabras y en formas gramaticales, tienen en su estructura mucho orden y un método regular; *b)* que las formas complicadas de la polisíntesis existen en todas las lenguas; *c)* que esas mismas formas difieren esencialmente de todas las lenguas antiguas y modernas del otro hemisferio.

Antes que Du Ponceau, el célebre científico Alejandro Humboldt, en su gran obra *Reise in den Aequinoctialgegenden des neuen Kontinents,* había observado, con profunda penetración, que «una dis-

paridad de palabras, al lado de las más grandes analogías en la estructura, caracteriza las lenguas americanas, a la manera de materias distintas revestidas de formas análogas; y que desde el país de los esquimales hasta las márgenes ardientes del Orinoco y los hielos del Estrecho de Magallanes, lenguas madres enteramente diferentes por sus raíces, tienen todas una misma fisonomía ».

Después de los trabajos de Hervás, de Adelung-Vater y de los hermanos Humboldt, es la *Memoria* de Du Ponceu el libro que más influyó en la dirección dada a los estudios de la lingüística americana, iniciándose la era del « polisintetismo ».

Adam reprochó a los propugnadores de la nueva teoría, el haberse adelantado a generalizar según una idea hipotética, tomando la familia algonquina por tipo, sin el conocimiento de las demás lenguas del Nuevo Continente, pero estudios posteriores confirmaron las aserciones de Du Ponceau. Un lingüista mejicano, el padre Náxera, sostuvo que el otomí era una excepción a la regla del autor francés, por ser idioma monosilábico y de estructura semejante al chino, lo que admitió Du Ponceau. Más tarde pudo demostrarse la inexistencia de tal excepción y que el otomí es también un idioma polisintético.

Las lenguas americanas fueron llamadas por Schleicher y Lieber *incorporantes* u *holofrásticas* y modernamente son consideradas como un grupo

especial dentro de los idiomas aglutinantes, junto con las lenguas africanas y las tártaras.

Alcides d'Orbigny, en *L'homme américain (de l'Amérique Meridionale) considéré sous les rapports physiologiques et moraux* (París, 1839, 2 volúmenes), divide los aborígenes de Sudamérica en tres razas o troncos originarios: *a)* andoperuana; *b)* pampeana y *c)* brasílico-guaraní, que subdivide en 39 ramas y naciones, entre las cuales distribuye las respectivas lenguas y dialectos, buscando su filiación en su encadenamiento geográfico por analogías léxicas. El método de clasificación de d'Orbigny ha servido para designar grupos o familias de lenguas americanas, en sus enlaces étnicos y proyecciones geográficas. Los vocabularios comparativos por él recopilados comprenden las lenguas de 23 naciones, clasificadas en tres razas y subdivididas en siete ramas, cuya nomenclatura es la siguiente: Quechua, aymará, yuracaré, araucana, patagónica, puelche, mocoví, mataguaya, samuca, chiquito, sarabeca o tuke, paicoconeca, moxa, chapacura, itonama, canichana, morima, cayuvava, pacaguara, itenes, guaraní, botocuda.

En 1858, el profesor Hermann E. Ludewig publicó en Londres una obra de suma importancia como contribución a los estudios lingüísticos americanos: *The literature of american aboriginal languages* (con adiciones de Williams W. Turner). En

ella están catalogadas las lenguas del Nuevo Mundo en orden alfabético, seguidas cada una de listas claramente ordenadas de las gramáticas, vocabularios o simples indicaciones que acerca del idioma de que trata se encuentran en las obras de carácter general, en las historias o en los libros de los viajeros.

Gran repercusión tuvo el trabajo de Carlos Federico F. von Martius, *Glossaria Linguarum Brasiliensium* (Erlangen, 1863), quien a pesar de tratar especialmente de las lenguas indígenas del Brasil, hizo el estudio comparativo de 22 idiomas y dialectos americanos, clasificándolos con criterio racional.

Federico Max Müller, en su gran obra *Grundriss der Sprachwissenschaft,* distribuye las lenguas americanas en 27 grupos, de los cuales 16 corresponden a la América del Norte y Central y los restantes a la del Sur. El detalle de estos últimos es como sigue:

17. El caribe y el arevaco.

18. Las lenguas habladas en la región del Paraná, del Paraguay y del Uruguay, el tupí, el guaraní y el omagua.

19. Los idiomas y dialectos del interior del Brasil.

20. Las lenguas independientes de la región de los Andes.

21. El araucano.

22. El guaycurú, el pilcomayo y el abipón, de la Argentina, Paraguay y Bolivia.

23. El puelche de las pampas.

24. El tehuelche o lengua de los patagones.

25. Los idiomas de la Tierra del Fuego.

26. El chibcha en la vertiente de los Andes, en Colombia.

27. El grupo quechua en el Perú y el aymará en Bolivia.

Con referencia al territorio argentino, F. Müller distingue tres familias lingüísticas principales: la quechua (en la que incluye el calchaquí), la guaraní (rama del tupí, como el chiriguano) y la chileno-patagón, que comprende, en su concepto, el araucano o mapuche, el pehuelche y pelmenche, el tehuelche y el « fueguino ».

Daniel G. Brinton, en *The American Race: a linguistic classification and ethnographic description of the natives tribes of North and South America* (Nueva York, 1891), dió la más completa clasificación sistemática hasta entonces hecha de las razas indígenas del Sur y del Norte de América, sobre la base del lenguaje. Su punto de vista es antropológico y el propio autor reconoce los peligros de tal criterio básico. Distingue en la América Meridional el grupo del Pacífico y el del Atlántico, el segundo de los cuales abarca dos regiones: la primera desde el mar

Caribe y toda la cuenca del Amazonas hasta los confines del Brasil y el Sur de Bolivia; y la segunda que comprende el Chaco y toda la región pampeana hasta la Tierra del Fuego. En el territorio argentino reconoce además de las grandes familias quechua y guaraní los siguientes grupos característicos:

1. Lenguas del Chaco: Guaycurú, toba, payaguá, lule, vilela, chunupí y mataco.

2. Lenguas de la cuenca del Río de la Plata y Pampas: Guachí, guató, carajá y araucana.

3. Lenguas patagónicas y fueguinas: Tsoneca, yaghana y alakaluf.

Coincidiendo con Brinton, nuestro eminente investigador Samuel A. Lafone Quevedo consideraba que en América existen dos grande grupos lingüísticos, el del Atlántico y el del Pacífico (no libres de mezclas). El tipo atlántico ofrece el rasgo importante de que en él la articulación pronominal es inicial, y sus mejores exponentes son el algonquín en el Norte, el guaraní y el mojo en el Sur. Por el contrario, hacia la parte del Pacífico encontramos las lenguas que postergan su articulación pronominal, como, por ejemplo, el quechua, el aymará y el araucano. Dicho de otro modo, Lafone Quevedo clasifica las lenguas americanas en sufijadoras y prefijadoras de partículas pronominales, aquéllas del tipo andino, éstas del Atlántico.

Estableció una regla muy sencilla para determi-

nar la clasificación de los infinitos dialectos correspondientes a la gran familia Mojo-Maipure (llamada por los etnógrafos alemanes « Nu-Aruaca ») : a ella corresponde todo idioma en que la partícula *n* es prefijo pronominal de primera persona, y *p* de segunda, en singular, y la *n* raíz de voz que dice « agua » (procedimiento que no sería eficaz aplicado a las lenguas de tipo guaycurú, por ejemplo).

Trató Lafone Quevedo de emparentar por las raíces pronominales y partículas gramaticales el quechua con el guaycurú, el guaraní con la familia Mojo-Maipure, y todas estas lenguas con el grupo caribe. « Como piedra de toque — ha escrito — para la clasificación de las lenguas americanas no hay prueba mejor que la de los pronombres : si hay identidad en los más basta para incluir cualesquier dos o más idiomas como ramas de una sola familia; y cuando la identidad sea sólo parcial, puede ésta servir para establecer un interparentesco más o cercano o remoto » [1].

A Lafone Quevedo se debe, además, la clasificación mejor fundada de las lenguas y dialectos de la región chaqueña, así como la determinación del primitivo idioma característico de la zona conocida por diaguito-calchaquí (sin vinculación con el quechua).

[1] *Las lenguas de tipo Guaycurú y Chiquito comparadas*, en *Revista del Museo de La Plata*, tomo XVII, 1910.

Sus principales estudios monográficos versan sobre *Los indios chanases y su lengua, La lengua Vilela o Chulupí, Grupo Guaycurú-Mocoví del Chaco, Idioma Abipón, Grupo Mataco-Mataguayo, Tesoro de catamarqueñismos, Vocabulario Mocoví-Español,* etc.

Siglo XX

En los comienzos de la actual centuria, los partidarios de la actual teoría unificadora, como los «panguaranistas», son impugnados sobre todo por el padre Ehrenreich, en *Die Ethnographie Südamerikas im Beginn des XX Jahrhunderts unter besonderer Berücksichtigung der Naturvölker* [1], filólogo que en sus discrepancias con Martius tuvo repercusión entre los autores ríoplatenses, aunque sus estudios se referían al Brasil.

Poco después, la ciencia del lenguaje recibe la maciza aportación de la obra glotológica de Alfredo Trombetti y de sus discípulos, que integran la llamada escuela boloñesa.

Trombetti, formado bajo el magisterio de Graziadio Ascoli y Hugo Schuchardt, comenzó por enunciar la posibilidad de influencias idiomáticas ejercidas a través de Melanesia, Polinesia meridio-

[1] En *Archiv für Anthropologie*, III, Braunschweig, 1904.

nal e isla de Pascua (Rapa-nui) sobre las lenguas de Sudamérica, pero poco a poco fué rechazando esta posibilidad, y en 1905 expresó en su famosa obra *L'unità d'origine del linguaggio :*

« Da alcuni anni attendo anche allo studio comparativo delle lingue americane e la conclusione alla quale sono ormai pervenuto è che esse presuppongono una comune origine, e considerate come un gruppo di ordine molto elevato..., sono poi ulteriormente connesse con quel ramo del linguaggio umano donde derivarono le lingue dell'Eurasia. »

En sus *Saggi di glotologia generale comparata* (Bolonia, 1908), Trombetti sostuvo que las lenguas americanas no tienen ninguna conexión directa con las lenguas de Europa, mientras que resulta innegable su estrecho parentesco con los idiomas « paleoasiáticos », así como también con el grupo « mundopolinesio », que proviene sin duda del Asia meridional, lo que induce a considerar el Sudeste de Asia como el hogar primitivo *(Urheimat)* de los americanos. Tal procedencia la tuvo más tarde por hecho irrebatible, y hasta los últimos años de su existencia abrigó firmemente este convencimiento (fundado en las conclusiones de la antropología somática).

Con criterio conciliador y ecléctico, A. F. Chamberlain se propuso sintetizar y simplificar la honda discrepancia entre el centenar de autores antiguos y modernos que han tratado la materia de la clasi-

ficación y determinación de las familias lingüísticas del Nuevo Continente, en *South American Linguistic Stocks (Compte-Rendu du Congrès International des Américanistes,* II, 187, Quebec, 1907).

Nicolás Fink, en su obra *Sprachstämme des Erdkreises* (1909), distingue en América cinco troncos o grupos de idiomas relacionados entre sí por sus modalidades y que se pueden referir a uno como modelo :

1° El grupo del norte del Pacífico; 2° el norte-atlántico; 3° el central (con el utoazteca, maya, otomí, zapotecamisteca, soque, chapameca, matagalpa, ulva y un resto); 4° el del Amazonas (con los tupís, arovacos, caribes, tapuyas y otro resto); 5° el de los Pampas y el de los Andes.

En nuestro país, Bartolomé Mitre enriqueció los estudios lingüísticos de que tratamos con su famoso *Catálogo razonado de la sección lenguas americanas* (Buenos Aires, 1909, 3 volúmenes) [1], obra que honra al ilustre estadista y escritor por la erudición, rigor expositivo y vastedad del plan que encierra.

Comprende siete partes o extensos capítulos : 1° La bibliografía lingüística americana; 2° Las generalidades sobre lingüística americana conexas con su filología; 3° Los políglotas americanos, generales y parciales; 4° De las lenguas americanas en particu-

[1] Titulado originariamente *Bibliografía lingüística americana.*

lar; 5° Los americanismos en sus relaciones con las lenguas indígenas; 6° Las lenguas correlativas que las complementan; 7° Tablas analíticas por orden alfabético de los autores y lenguas que comprende el *Catálogo,* con las respectivas concordancias.

El método de Mitre fué basado en un orden geográfico y etnológico, método propio de los americanistas que han querido llegar a la distinción de estirpes y familias indígenas separadas por signos físicos o intelectuales.

Por lo que respecta a la América meridional, establece los siguientes grupos lingüísticos (de Norte a Sur): zaparo, aruacos, andaquis, gobagira, pano, honivas, cariri, caribe, moxo-baure, chiquito, atacameño, yunca, cumanagota, aymará y quechua.

El *Catálogo razonado* de Mitre, aunque incompleto — ya que los lingüistas alemanes faltan allí en gran parte — ofrece ante todo el mérito de la extraordinaria amplitud de su contenido y en este concepto no tiene par en la bibliografía moderna de lengua castellana, si se exceptúa la conocida obra del conde de la Viñaza [1].

Lafone Quevedo presentó al XVII° Congreso Internacional de Americanistas reunido en Buenos Aires (1910) su importante memoria sobre *Las len-*

[1] *Bibliografía española de las lenguas indígenas de América*, Madrid, 1892.

guas de tipo Guaycurú y Chiquito comparadas, que contiene conclusiones de valor definitivo. El doctor Luis María Torres, en *Los primitivos habitantes del delta del Paraná* (Buenos Aires, 1911), se ocupó de las cuestiones lingüísticas relacionadas con esos indígenas y dió a conocer *in extenso* el *Compendio del idioma de la nación Chaná,* por el padre Dámaso Antonio Larrañaga [1].

En el XX° Congreso Internacional de Americanistas celebrado en Río de Janeiro (agosto de 1922) fueron presentados interesantes trabajos lingüísticos, como los de Moisés S. Bartoni, *La lengua guaraní como documento histórico ;* C. Fiebrig, *Nomenclatura guaraní de vegetales del Paraguay* y Peter H. Goldsmith, *Contribuciones indígenas americanas al idioma español.*

Del año 1925 datan los estudios preliminares del profesor Paul Rivet sobre su descubrimiento de las primeras correlaciones de grupos lingüísticos americanos con grupos extracontinentales [2]. Trátase de dos grandes familias lingüísticas : una de la América del Norte (grupo Hoka), con asiento en la costa de California, cuyo léxico está en conexión evidente con las lenguas de Oceanía (Melanesia y Poline-

[1] Reimpreso en 1924 *(Escritos* de D. A. Larrañaga, tomo III, Montevideo).

[2] En ese año publicó *Les Australiens en Amérique,* en *Bulletin de la Société de Linguistique de Paris,* tomo XXVI, páginas 23-63.

sia); y otra del continente Sur (el grupo *Tshon*, que comprende a onas, tehuess y tehuelches); la cual responde a influencias de los idiomas de la Australia oriental.

« Mes études — ha expresado el doctor Rivet — m'ont amené à rechercher tout d'abord les traces de l'influence de ces peuples océaniens sur le Nouveau Monde. J'ai pu ainsi démontrer que deux d'entre eux au moins, les Mélanesiens et les Australiens, ont contribué au peuplement de l'Amérique, pour une part, à coup sûr, moins importante que les peuples venus du Nord de l'Asie par le détroit de Behring et le chapelet des îles Aléoutiennes; mais qui n'est pas cependant négligeable » [1].

Rivet ha sostenido el parentesco del grupo lingüístico *Con* (ona y patagón) con los dialectos australianos y de Tasmania, tesis a la que hizo objeciones Trombetti, quien sin embargo reconoció el parentesco entre el australiano y el tasmanio, en su estudio *I linguaggi estinti della Tasmania* (1926).

La emigración australiana pudo tomar la vía antártica (teoría de A. A. Mendes Correa), zona que entonces — hace unos 6.000 años — presentaba mejores condiciones climatéricas.

[1] *Les Océaniens*, en *Revista del Instituto de Etnología de la Universidad Nacional de Tucumán*, tomo II, entrega 2ª, página 187, año 1932. Las ideas generales del doctor Rivet se hallan expuestas en su obra *Langues americaines*, en *Les Langues du Monde, par un groupe de lingüistes*, París, 1924.

Rivet ha llegado hasta a suponer que el súmero y el egipcio antiguo «han sido primitivamente lenguas de origen oceánico». Según su teoría, del Sur del Asia partieron en una época muy remota diversas corrientes emigratorias, extendiéndose en forma de abanico a través del Pacífico y el Océano Índico, y luego de haber poblado todas las islas de esos dos océanos llegaron por el Este al Nuevo Mundo, por el Norte al Japón y por el Oeste a Europa y al África [1].

Las pruebas etnográficas de la referida relación australiano-americana se basan en los trabajos de W. Schmidt; reforzados por las interesantes observaciones de Wilhelm Koppers, en *Die Frage der eventuellen alten Kulturbeziehungen zwischen dem südlichsten Südamerika und Südostaustralien* [2].

Otras similitudes de orden sociológico ha consignado Georg Friederici en su trabajo *Die vorkolumbischen Verbindungen der Südsee-Völker mit Amerika* (en *Mitteilungen aus den deutschen Schutzgebieten*, Berlín, tomo XXXVI, fascículo I, 1928, pags. 27-51 y en *Anthropos*, tomo XXIV, 1929, págs. 441-487).

[1] Rivet, *Recherche d'une voie de migrations des Australiens vers l'Amérique*, en *Compte-rendu sommaire des séances de la Soc. de Biogéographie*, París, 3eme année, número 18, páginas 11-16.

[2] En *Proceedings of the twenty third international Congress of Américanistes, held at New York*, september 17-22, 1928, Nueva York, 1930, páginas 678-86.

Martín Gusinde, Víctor Lebzelter, José Sergi y otros han estudiado comparativamente el cráneo de los fueguinos y de los australianos, señalando sus analogías. El desarrollo de ciertas enfermedades típicas ha robustecido esta tesis. Así el profesor brasileño Olympio da Fonseca Filho ha puesto de manifiesto las « afinidades parasitarias y clínicas » entre los tokelan de Asia y Oceanía y ciertos indígenas de Matto Grosso.

Como con las lenguas de Oceanía se vincula el japonés, no es de extrañar el parentesco que algunos han encontrado entre el japonés y ciertas lenguas americanas, como el quechua y el araucano [1].

El distinguido etnógrafo Alfredo Métraux ha estudiado las migraciones históricas de los tupí-guaraní, señalando la influencia cultural de origen melanesio en la América del Sur.

Al profesor J. Imbelloni corresponde el mérito de haber establecido la primera cadena « isoglosemática » o de semejanza lingüística entre las islas del Océano Pacífico y el continente americano (en su trabajo *La première chaîne isoglossématique Océano-américaine : le nom des haches lithiques;* incluído en *P. W. Schmidt Festschrift,* págs. 324-333, St. Ga-

[1] Tengo la convicción — ha expresado Estanislao S. Zeballos, — por estudios personales que he verificado sobre los mismos nombres, que los araucanos de Chile y de la República Argentina son de origen japonés o a la inversa *(Revista de Derecho, Historia y Letras,* tomo LI, pág. 634, 1915).

briel Mödling bei Wien, 1928). Además ha demostrado que el vocablo « toki » (hacha de piedra) « se extiende inalterado a partir del grupo Fiyi hacia Oriente, hasta América ».

« Mucho se había hablado y se habla — ha dicho el profesor Imbelloni — de las relaciones de los pueblos del Pacífico con América, pero es ésta la primera línea concreta de relaciones sólidamente determinadas ». Llega el mismo autor a la conclusión de que « una estricta comunidad de formas... une en un solo grande grupo ergológico los instrumentos de piedra de las islas oceánicas con los de California, Columbia Británica, Perú y Araucania, sin excluir el territorio cordillerano de la Argentina con extensión hacia la Patagonia ».

Modernamente, en nuestro país, el señor Enrique Palavecino, inducido por el profesor Imbelloni, ha estudiado las analogías léxicas entre el quechua y el maorí. El doctor Roberto Lehmann-Nitsche ha realizado importantes investigaciones sobre los idiomas de la Pampa (estableciendo el grupo linguístico *-het* en 1918), del Chaco y de la Patagonia. Los señores Gusinde y Koppers han estudiado las lenguas de la Tierra del Fuego, y los especialistas Cestmir Loukotka, Mme. Dijour y RR. PP. Hundt y Grubb, los idiomas y dialectos chaqueños. Al profesor Félix F. Outes se deben algunos medulosos trabajos críticos sobre vocabularios de lenguas río-

platenses y sobre uno de los lenguajes fueguinos, pero como ha expresado el doctor Luis María Torres, después de los valiosos estudios de Samuel A. Lafone Quevedo, «no ha aparecido ninguna obra de valor cíclico, realmente completa» [1].

Entre los trabajos americanistas publicados últimamente en el extranjero, cabe destacar por su amplitud, excelente documentación e interés científico, el de Richard N. Wegner, *Indianer-Rassen und vergangene Kulturen. Betrachtungen zur Volksentwicklung auf einer Forschungsreise durch Süd- und Mittelamerika* (Stuttgart, Ferdinand Enke Verlag, 1934), que contiene interesantes observaciones sobre los chorotes de los confines del Chaco, los yungas de los contrafuertes de la Cordillera, los diaguitas, etc.

Finalmente, merece mención elogiosa el breve y metódico estudio de Cestmir Loukotka, *Clasificación de las lenguas sudamericanas* (Praga, 1935), ensayo de bastante mérito, si bien de menor interés para nuestro país que para los demás de la América Meridional.

[1] Discurso sobre *El estado actual de los estudios americanistas en la República Argentina*, leído al inaugurarse el XXV° Congreso Internacional de Americanistas en La Plata (1932).

CAPÍTULO II

LENGUA QUECHUA

Evolución de los estudios lingüísticos incásicos. — A fray Domingo de Santo Tomás se debe la primera gramática quechua, escrita a mediados del siglo XVI, con el título de *Gramática o Arte de la lengua general de los Indios de los Reynos del Perú* (Valladolid, F. Fernández de Córdoba, 1560), obra que señala la primera tentativa para reducir las lenguas americanas a las reglas del latín, tomando por modelo el *Arte* de Nebrija. El mismo autor publicó el más antiguo diccionario quechua, tal como se hablaba esta lengua al tiempo de la conquista, con el título de *Lexicon o Vocabulario de la lengua general del Perú* (Valladolid, Francisco Fernández de Córdoba, 1560).

Otra obra estimada todavía en nuestro tiempo es el *Vocabulario de lengua general de todo el Perú llamada Quichua o del Inca* (Lima, Francisco del Canto, 1608), por Diego González Holguín. Con título parecido se publicó cinco años después un libro

anónimo, *Arte y vocabulario en la lengua general del Perú llamada Quichua y en la lengua española* (Lima, 1613), atribuído por algunos al P. Diego de Torres Rubio. Este último es autor de *Arte de la lengua Quichua* (Lima, Francisco Lasso, 1619).

En el siglo XIX, J. J. von Tschudi sistematizó con profundo saber los estudios realizados hasta entonces acerca del quechua, en dos notables obras: *Die Kechua-Sprache* (Viena, 1853) y *Organismus der Khetsua-Sprache* (Leipzig, F. A. Brockhaus, 1884), trabajos fundamentales, lo mismo que el diccionario de E. W. Middendorf, *Wörterbuch des Runa Simi, oder der Keshua-Sprache* (Leipzig, Brockhaus, 1890). También ofrece bastante mérito el *Diccionario quichua-castellano y castellano-quichua*, de fray Honorio Mossi (Sucre, 1860), y el estudio de Spilsbury, *Lenguas indígenas de Sud América, el Quichua* (Buenos Aires, 1898). El P. Mossi, seducido por la idea de un monogenismo lingüístico cuyas formas serían extrañamente conservativas, afirmó la estricta afinidad del quechua con las lenguas ancestrales de la humanidad.

El historiador argentino Vicente Fidel López, en su obra *Les races Aryennes du Pérou. Leur langue. Leur religion. Leur histoire* (París, à la Librairie A. Franck-Montevideo, chez l'auteur, 1881), trató de demostrar que el quechua es el mismo idioma ariano en su estado de primera formación y que los an-

tiguos peruanos eran descendientes de los griegos o de sus antepasados, los pelasgos, y por lo tanto de los arios, los cuales habrían emigrado a América, donde fundaron el imperio incásico. Sostuvo Vicente Fidel López que aunque la lengua quechua sea aglutinante y el ario un idioma de flexión, los quechuas se separaron de sus congéneres en su tránsito de la aglutinación a la flexión, quedando inmovilizada en esta forma primitiva, de manera que el quechua contendría en sí el germen de las lenguas indoeuropeas. Apenas es necesario observar que tal teoría, carente de pruebas, no resiste el menor análisis, y hoy se cita sólo a título de curiosidad.

Otro autor argentino, Agustín Matienzo, en su *Estudio filológico de los antiguos Ingas* (sic) *del Perú* (Buenos Aires, 1895), establece que hay parentesco entre los idiomas llamados incásicos, es decir, el quechua y aymará, añadiendo que los pueblos que los hablaban no eran autóctonos. Coincide con López en que también afirma la existencia de raíces arianas, y especialmente sánscritas en el quechua, pero va más lejos aún, pensando con Falb que el quechua y el aymará tienen raíces semíticas.

En 1900, el doctor Pablo Patrón publicó en Lima un folleto con el título de *Origen del Kechua y del Aymará,* donde sostiene que ese origen debe verse en una raza súmero-asiria de la Mesopotamia. Quería probar que el quechua deriva del súmero o

del asirio, sin considerar que se trata de dos lenguas bien distintas. Refutó su teoría Lafone Quevedo en un artículo titulado *Supuesta derivación súmero-asiria de las lenguas Kechua y Aymará,* en *Anales de la Sociedad Científica Argentina* (t. LI, pág. 123 y siguientes, 1901), y el doctor Patrón reunió después otros argumentos a favor de su tesis, en sus *Nuevos estudios sobre las lenguas americanas* (Leipzig, 1907).

A estas teorías cabe añadir la de H. Grimaldi, para quien el quechua deriva de la antigua lengua egipcia, al igual de lo que ha sostenido Adolfo Varnhagen con respecto al guaraní [1].

Consideraciones generales sobre el quechua. — El área lingüística del quechua se extiende desde la República del Ecuador, por el Norte, hasta las provincias argentinas de Tucumán y Catamarca y los antiguos dominios de la lengua araucana por el Sudeste, en Chile. Coincide especialmente con el territorio correspondiente al antiguo Imperio de Tahuantisuyo o de los Incas del Perú.

Los antiguos gramáticos españoles la denominaron «lengua general del Perú», «lengua del inca», y aun «lengua índica», mientras que fué llamada por los propios indígenas *runa-simi,* o sea lengua de los hombres.

[1] José Toribio Medina, *Bibliografía de las lenguas quechua y aymará,* en *Contributions from the Museum of the american Indian Heye Foundation,* Nueva York, tomo VII, número 7, 1930.

La palabra quechua, quichua o keswa (que es como debe escribirse en castellano) [1] designaba un reducido distrito del Perú central, que se extendía por el valle del río Pachachaca, y el citado religioso dominico Domingo de Santo Tomás, en su gramática de la lengua peruana, dió a ésta el nombre de aquel distrito, ignórase por qué razón, ya que no era precisamente el lugar de origen de los pueblos quechuas. De manera que el quechua debiera llamarse más propiamente inca o tahuantisuyo.

Tiene varios dialectos, que Carlos Prince reduce a seis: *a)* el cuzqueño (que es el verdadero quechua y se deriva de la lengua hablada en otro tiempo en el centro del imperio peruano); *b)* el lamano o lamisa, que se habla en los departamentos peruanos de Cajamarca y Ancash; *c)* el cauqui, usado principalmente en la provincia de Yauyos; *d)* el chinchaisuyo, propio del departamento de Junín; *e)* el quiteño o quitu, que parece derivado directamente del anterior y es propio de los indígenas de la República del Ecuador; y *f)* el que se habla aún en las provincias argentinas de Tucumán, Santiago del Estero y Catamarca, llamado por Prince calchaquí.

Se calcula que hablan al presente la lengua quechua unos 3.500.000 individuos, de los que corres-

[1] Véase Humberto A. Suárez, *El idioma de los Incas, oficialmente debe escribirse Keswa y no Quechua. Evolución bibliográfica de este nombre*, en *El Comercio*, Lima, 13 de julio de 1930.

ponden 1.500.000 al Perú, y el resto se distribuye entre Colombia, el Ecuador, Bolivia, el Norte de Chile y el Noroeste de la República Argentina.

El quechua ha enriquecido considerablemente el castellano, prestándole voces tan conocidas como quina, guano, puma, pampa, cóndor, etc. [1].

Estado actual del estudio de la lengua quechua

El más grande descubrimiento etnológico de los tiempos modernos es, sin duda, el haber establecido la identidad del patrimonio cultural de los indígenas americanos y de las islas del Océano Pacífico. Tal conclusión se debe principalmente a los estudios de Graebner, Friederici, Schmidt y otros etnólogos que clasificaron sistemáticamente la cultura material, creencias y artes de los pueblos de América.

Lafone Quevedo, anticipándose a los investigadores de nuestro tiempo, hizo notar, en 1892, que «la M es recurso gramatical de las más importantes lenguas de la América occidental, *como lo es también en casi toda la Oceanía*», y en ambas regiones significa tú o tuyo [2].

[1] Julio E. Durand, *Etimologías peruanas*, en *La Prensa*, de Lima, 31 de octubre de 1915; Luis E. Valcarcel, *Algunas raíces keswas*, en *Revista del Museo Nacional*, Lima, 1933.

[2] *Revista del Museo de La Plata*, tomo IV, página 389.

En los últimos diez años, mientras el doctor Paul Rivet ha establecido la conexión del grupo lingüístico Tsh'on, que comprende a onas, tehuess y tehuelches, con los idiomas de la Australia oriental, el profesor J. Imbelloni ha llamado la atención sobre la cadena de identidad lexicológica entre Perú, Rapa-nui y el archipiélago de Tonga [1].

Es interesante la identidad *toqui,* nombre del hacha de piedra en quechua, en araucano y en el idioma de la isla de Pascua, donde últimamente se han realizado importantes exploraciones científicas. Según la comprobación de Ambrosetti y Lafone Quevedo, ese vocablo es empleado desde el Perú hasta la Patagonia. Los tongoanos llaman al hacha con las palabras *toqui-a-Tonga* (literalmente, *toqui* de Tonga). Pero lo más curioso es la equivalencia del significado y fonema del nombre hacha *(toqui)* en Nueva Zelandia, y este nombre persiste a todo lo largo del Pacífico, en la lengua de las islas Samoa, Tahití, Mangaia, Paumotu, Marquesas, Hawaii y Pascua, aunque a veces con ciertas modificaciones. Además, las mismas derivaciones y abstracciones se han realizado en Araucania que en las Marquesas, Man-

[1] Ya en 1910, en el XVII° Congreso Internacional de Americanistas, el señor Aníbal Echeverría y Reyes informó que se habían encontrado afinidades entre la lengua atacameña y el idioma de la isla Rapa-nui o de Pascua.

gaia y Tahití, como lo demuestran los diversos significados de *toqui*.

El profesor Imbelloni ha reunido 75 transcripciones del citado vocablo de los confines de Melanesia hasta la Tierra del Fuego, que constituyen una cadena ininterrumpida de fonemas idénticos, con idéntico significado concreto y figurado, que se refiere a objetos e instrumentos también idénticos, obtenidos con analogía técnica, trabajando materiales iguales o afines por el color y la consistencia, en vista de empleos y finalidades similares. Imbelloni, a quien, como ya se ha dicho, corresponde el privilegio de haber establecido la primera cadena *isoglosemática* entre las islas del Océano Pacífico y el continente americano (1928), ha demostrado al respecto lo siguiente: *a)* el vocablo *toki* « se extiende inalterado a partir del grupo Fiyi hacia Oriente, hasta América »; *b)* su valor semántico ha seguido en toda esta área tan inmensa un único proceso de transformación; *c)* la idea del filólogo Rodolfo Lenz de que *toki* fuera voz araucana, procedente del verbo *tokin,* mandar, resulta insostenible, como el mismo profesor Lenz lo reconoció después de 1928 [1].

[1] Véase J. Imbelloni, *Nuevos estudios del Quechua. El idioma de los incas en el sistema lingüístico de Oceanía,* en *Boletín de la Junta de Historia y Numismática Americana,* tomo III, página 29 y siguientes; *Toki del Perú,* en *Actas y trabajos científicos del XXV Congreso Internacional de Americanistas,* tomo II, página 253 y siguientes, Buenos Aires, 1934.

Samuel Lafone Quevedo y Angel Mossi establecieron la fundamental correlación o equivalencia

Chuki (quechua) — *Thoki* (araucano),

que los estudios modernos confirman y robustecen.

Wolfel ha puesto de relieve la existencia de una absoluta identidad en armas de combate (hachas, hondas, masa estrellada, etc.) en los habitantes del Perú precolombiano y de las islas del Pacífico en la actualidad. El doctor Ramón Pardal, en una reciente conferencia dada en Buenos Aires (1935), al ocuparse del *Tumi,* clásico cuchillo de cirugía incaica, en forma de T invertida, trazó un paralelo entre la trepanación antigua propia de los incas y la actualmente practicada en Melanesia.

Contra la opinión del doctor Rivet, extiende el profesor Imbelloni al Perú y Bolivia la cadena isoglosemática de los nombres del hacha de procedencia insular.

El paradigma de estos nombres y la confrontación tecnológica de los objetos respectivos, indujo al señor Enrique Palavecino a publicar un glosario comparado de las lenguas maorí y quechua. Halló correlaciones léxicas numerosas y hasta 1926 publicó 65 palabras del idioma maorí con sus correspondientes vocablos quechuas, sin artificiales reducciones, sino por simple y fundamental identidad fonética y semántica.

He aquí un ejemplo :

Maorí	Quechua
Ahu, el vestido, el tejido.	*Ahuay* (verbo), tejer.
Apa, montón.	*Apa,* denso, amontonado.
Apai, llevar, cargar.	*Apay* (verbo), llevar, cargar.
Ara-ara, danza de guerra.	*Aranyay* (verbo), danzar (enmascarados, en una fiesta).
Auki, viejo.	*Auki* (padre).

Estas semejanzas no pueden considerarse como meramente casuales. Las investigaciones de Imbeni y Palavecino prueban que *una tercera parte del vocabulario quechua está en relación con fonemas maoríes.* Es hecho significativo, además, la formación de los verbos común al maorí y al quechua mediante el sufijo *ai.*

Después de la identidad radical de los vocablos existe otra categoría de testimonios, constituída por los vocablos culturales o «kulturwörter», para emplear la terminología alemana, que demuestran la procedencia afín de instituciones, costumbres, usos, armas, instrumentos y técnicas de carácter típico. En quechua, la batata se dice *kumara* y lo mismo en las islas Mota, Aurora (Nuevas Hébridas), Nueva Zelandia, Mangarewa, Paumotú, Rapa-nui, y con ligeras modificaciones, en otras de la Polinesia. Interesante resulta también la cadena isoglosemática intercontinental de la voz *Hapai*, llevar, cargar, que en quechua es *apay* y en Samoa, *sapai,*

sonido sibilante que más al Este desaparece o se atenúa en *h*, mientras que los grupos del Sur, desde Tahití y especialmente a pàrtir de Mangaia, Mangarewa y Rarotonga han suprimido la *s*, y encontramos la forma simplificada *Apai*, que es la misma del quechua.

Todo conduce a establecer que la costa peruana ha recibido una fuerte influencia, relativamente reciente, de origen polinesio. En este sentido, los trabajos de Imbelloni han sido confirmados por Benigno Ferrario, Stefen, Lenz y otros autores.

En el estado actual de los conocimientos se admite que el idioma de Rapa-nui forma un intermediario lingüístico, un eslabón, entre el Perú y el área oceánica, o dicho en términos más generales, entre el litoral americano del Pacífico y el Novísimo Continente u Oceanía. De manera que para explicar las concordancias establecidas por el glosario comparado quechua-maorí, es preciso considerar la isla de Pascua como puente de tránsito o anillo intermedio entre las dos vastas familias lingüísticas mencionadas [1].

[1] Véase F. W. Christian, *Polynesian and oceanic elements in the Chimu and Inca Languages*, en *Journal of the polinesian Society*, New Plymouth, tomo XLI, páginas 144-156, 1932.

CAPÍTULO III

LENGUA ATACAMEÑA O CUNZA

La lengua atacameña o cunza, extinguida hace aproximadamente medio siglo, tuvo su último refugio o centro geográfico en San Pedro de Atacama, provincia chilena de Antofagasta, donde aun se conservaba en 1890.

Primitivamente estaba radicada en la cuenca hidrográfica que se extiende entre la Cordillera Real de los Andes y la que corre como precordillera de la misma. Correspondía a una vasta zona del desierto de Atacama y probablemente llegaba hasta el actual territorio argentino de Los Andes.

Reviste importancia fundamental, la obra que acerca del cunza publicó Aníbal Echeverría y Reyes, con el título de *Noticias sobre la lengua atacameña* (Santiago de Chile, 1890). Contiene un vocabulario de 239 voces y una traducción del Padrenuestro en lengua cunza, aparte de noticias diversas, tomadas de las siguientes fuentes : *El hombre americano,* de d'Orbigny, primer autor que se ocupó del atacameño; el *Viaje al desierto de Atacama,* de Phi-

lippi; *Reisen durch Südamerika,* de Tschudi; una comunicación de T. H. Moore al II° Congreso Internacional de Americanistas reunido en Luxemburgo en 1877, y especialmente un artículo del ingeniero chileno Francisco S. de San Román, quien dió a conocer por primera vez los elementos gramaticales del idioma atacameño, basándose en los apuntes del presbítero Benito Moglio, autor de un trabajo titulado *Lengua cunza de los naturales de Atacama.*

El mencionado Echeverría y Reyes disertó sobre el atacameño en una de las sesiones del XVII° Congreso Internacional de Americanistas reunido en Buenos Aires en 1910, arribando a las siguientes conclusiones, que pueden considerarse como definitivas hasta la fecha :

1ª Las declinaciones del cunza, no ofrecen en general analogías con las lenguas indígenas que rodean la región de Atacama;

2ª Se ha encontrado alguna semejanza con el idioma de la isla de Rapa-nui o Pascua;

3ª No hay rastro ni noticia alguna sobre los antiguos aborígenes.

El señor Echeverría y Reyes hizo notar que en sus repetidos viajes, no había hallado indio alguno que hablase la lengua cunza [1].

[1] Véase Aníbal Echeverría y Reyes, E. F. Vaïsse y Félix S. Hoyos, *Glosario de la lengua atacameña,* en *Anales de la Universidad de Chile,* 1895, tomo II, página 527 y siguientes.

CAPÍTULO IV

EL ALLENTIAK. EL MILCAYAC. EL SANAVIRÓN

Las lenguas allentiak y milcayac eran habladas por los indígenas que al tiempo del descubrimiento habitaban en el territorio de Cuyo : los allentiak en San Juan y los milcayac en Mendoza. Los primeros ocupaban principalmente las llanuras adyacentes a la laguna de Guanacache y los valles de Tulum, Mogna, Jachal, etc., con la denominación de huarpes, raza extinguida pero de la que se conservan vestigios.

Según el padre Lozano, la lengua milcayac o milcaya era propia de los puelches, « otra nación de indios de la Cordillera, y son ambos idiomas (allentiak y milcaya) totalmente distintos del común que se usa en todo el reino de Chile ».

A juicio del padre Luis de Valdivia, el allentiak, presentaba notable analogía con el milcayac, « de lo que podría inferirse — dice Bartolomé Mitre en su *Catálogo razonado* — que eran dos lenguas hermanas, o aquél un dialecto de la misma familia ».

En opinión de Mitre, los huarpes eran una raza especial, no autóctona, a la que los habitantes del

Norte daban dicha denominación y los del Sur y Oeste la de Allen-tiak, raza que tenía una lengua propia, *distinta del araucano, del aymará y del quechua,* con algunas afinidades con el puelche o tehuelche.

Lafone Quevedo, que vió ciertas analogías entre el allentiak y las lenguas del Chaco argentino, aventuró la hipótesis de que « cuando la gran invasión de los Guaicurús (Tobas-Mocovíes) al Chaco, resultó el arrinconamiento de los Tobas, Vilelas y otras naciones de habla subfijadora, y parte de ella debió penetrar en Córdoba y tierra de Cuyo, y allí, mezclándose con los indígenas troglodítas, formarían esas naciones Guarpes que hablaban la lengua Allentiak ».

Sarmiento, en su popular obra *Recuerdos de provincia* (capítulo VI) alude al historiador Alonso de Ovalle, que visitó a Cuyo sesenta años después de la conquista, y dice : « El historiador Ovalle habla de una gramática y de un libro de oraciones cristianas en el idioma huarpe [1], de que no quedan entre nosotros más vestigios que los nombres citados (Tulum, Mogna, Jachal y Puyuta, nombre de un barrio) y Angaco, Vicuñas, Villicum, Huanacache, y otros pocos ». Pero hoy se sabe que estos nombres no son huarpes, sino aymarás o quechuas (por lo menos los de Puyuta y Huanacache).

[1] En la obra *Histórica relación del Reino de Chile,* 1646.

Respecto a los sonidos radicales de la palabra allentiak — que no es huarpe ni araucana, ha observado Lafone Quevedo — ellos representarían formas derivadas del quechua : *tiac* y *tuyac*, o sean : « morador » y « natural ». Además, las raíces *tiak* y *tiaqua* (el que mora) se encuentran en el tema españolizado diaguita (más genuinamente *tiakita*), nombre que se dan los habitantes de la región calchaquí o cacana.

La fuente principal para el estudio del citado idioma es el *Arte y vocabulario de la lengua Allentiak*, Lima, 1607, de L. de Valdivia, que José Toribio Medina halló en España, reimprimiéndolo en Sevilla (1894), con el aditamento de un prólogo. Esta obra contiene una lista de 650 vocablos, incluyendo las voces compuestas, cuya mitad tiene sus terminaciones en *en*, *nen*, *nem*, *yen*, que son partículas pronominales o raíces demostrativas, las cuales, combinadas de diverso modo con las radicales atributivas y acompañadas de otras consonantes y vocales, modifican las personas y tiempos del verbo, así como su acción [1].

La estructura de la frase era en el allentiak tan elemental que no decían collar de oro, verbigracia, sino « oro collar », omitiendo todo elemento que correspondiese a la preposición « de ». Carecía en

[1] Véase Pablo Patrón, *Estudio sobre la lengua Allentiak*, en *Congreso Científico de Santiago de Chile*, tomo XIV, página 154 y siguientes.

absoluto de términos abstractos y se valía de la voz guaraní *zurubí* para designar el pez, a falta de otro vocablo propio.

Algunos de sus sonidos, que representaban raíces o eran desinencias, debían ser extraños y complicados, pues sólo han podido ser representados en la escritura por dobles o triples consonantes : *chk, cñ, ech, lck, lk, px,* etc. Con razón dijo el padre Lozano que era una lengua « dificilísima ». El alfabeto consta de 23 letras, de las que 6 eran vocales : *a, e, i, o, u,* y otra *ù,* que el autor señala con bastardilla y acento grave. De las consonantes faltan la B y la F (como en el araucano), y la D (como en el quechua). Las terminaciones de los vocablos, tratándose de sustantivos, pronombres y participios, son invariables, y sólo se distinguen por las partículas que se añaden, en su mayoría preposiciones. El adjetivo tiene una sola terminación, y los sustantivos no ofrecen diversidad de género, pues el sexo masculino se indica agregando la palabra *yag* y el femenino mediante la palabra *aje*. El adjetivo se antepone siempre al nombre, y el genitivo se caracteriza por la partícula *ych* o *ech*. Los pronombres primitivos son : *ku* (yo), *ka* (tú), *ep* (él), *eyag* (éste), *huenqnag* (aquél). Casi todos los verbos activos y pasivos en la primera persona del presente del indicativo acaban en *nen,* como *alli-manen* (consentir), *amietnen* (mostrar), *chak-manen* (mascar), *huayanen*

(nadar). De esta partícula *nen* se forman todas las personas y tiempos del verbo, mediante la anteposición de la vocal *a*, expresa o tácita. Las terminaciones de los verbos en presente de indicativo son nueve : *anen, knen, inen, men, puen, snen, unem, xnem*. Los dos futuros mixtos del modo subjuntivo puestos en indicativo y dichos como expresión de deseo, son de optativo. Existen partículas especiales para formar los tiempos y modos en las terminaciones de las diferentes personas : *anen, anpen, ana* (singular) ; *aknen, amnekpen, amna* (plural). Hay modos complejos de formar los tiempos, para los que Valdivia fija hasta trece reglas. La forma negativa del verbo se indica por la partícula *naha* o *nah*, que significa « no » y « nada », respectivamente. Sabían los huarpes contar por cientos *(pataka)* y miles *(tukum-pataka)*. He aquí una frase del Credo traducida :

Netke-manen	*Dios*	*Piata*	*chulop*	*manichan*	*chich*
Verdad digo		en el Padre	todo igual (*o* fuerte)	que hizo	el cielo

ye	*teyepe*
y	la tierra

Mitre compuso un vocabulario allentiak-castellano para complementar el vocabulario español-allentiak de Valdivia [1].

[1] Véase el artículo *Lenguas americanas. Estudio bibliográfico-lingüístico de las obras del padre Luis de Valdivia sobre el Araucano y el Allentiak, con un vocabulario razonado del Allentiak*, en *Revista del Museo de La Plata*, tomo VI, página 45 y siguientes.

En suma, *el allentiak es un idioma aislado en la lingüística americana, que ofrece algunas afinidades con el tehuelche y otras lenguas del Este, pero no con el araucano,* concepto que puede hacerse extensivo a su probable codialecto el milcayac.

Los comechingones (o indios de « las cuevas ») y sanavironas de la provincia de Córdoba, hablaban lenguas hoy perdidas, que a diferencia de las demás no despertaron el interés de los misioneros españoles, acaso porque prácticamente podía prescindirse de ellas para ser entendido por los indígenas.

Dice el padre Alonso de Barzana en una de sus cartas, después de referirse al cacán y al tonocoté : « La tercera lengua, que es la sanavirona, ninguno de nosotros la entiende, ni es menester, porque los Sanavirones e Indamas son poca gente y tan hábil, que todos han aprendido la lengua del Cuzco » [1].

[1] Giménez de la Espada, *Relaciones geográficas*, tomo II.

CAPÍTULO V

LENGUA CACANA

Según el testimonio de algunos autores españoles del período colonial y de acuerdo con las minuciosas investigaciones de Lafone Quevedo, en Catamarca se hablaban dos lenguas principales en la época de la conquista : la quechua y la cacana. Esta última sería anterior a la llegada de los pobladores incas.

El padre Lozano alude a la lengua cacana, que llama *kaká,* y en otros autores se lee que era uno de los idiomas hablados por los lules, junto con el quechua, el tonocoté, etc., lo que explica que algunos hayan confundido el lule con el cacán.

Al describir el valle de Calchaquí, dice el padre Lozano que todos sus pobladores «hablaban un mismo idioma kaká, extrañamente difícil, por ser muy gutural, que apenas le percibe quien no le mamó con la leche, aunque los Diaguitas y Yacampís le usaban más corrupto, pero igualmente imperceptible», tomo I, página 423. El nombrado autor, en su *Historia de la Compañía de Jesús,* habla de dos

formas dialectales del cacán : la del valle Calchaquí y la de La Rioja y Catamarca o sea la diaguita.

A esta misma lengua se refiere el misionero Alonso de Barzana, en su carta del 8 de septiembre de 1594, publicada en el tomo II de las *Relaciones geográficas,* de Giménez de la Espada (Madrid). La hablaban los diaguitas en general, en todo el valle de Calchaquí, el valle de Catamarca y gran parte de la Nueva Rioja, así como los habitantes de la sierra de Guayamba, antes jurisdicción de Santiago del Estero y hoy de Catamarca.

Los completos estudios de Lafone Quevedo al respecto conducen a las siguientes conclusiones :

1ª El cacán es un idioma independiente del quechua, que se acerca más bien a las lenguas chaqueñas de tipo mataco [1];

2ª La dificultad para establecer de modo cierto su filiación, se debe a que no conocemos los pronombres y partículas pronominales ;

3ª Debió diversificarse en varios dialectos y perdió en parte su carácter primigenio por haberse internado entre las tribus cacanas pueblos de indios chichas.

[1] « Idioma que más tiene de mataco que de quichua, y que probablemente se aparta de aquel idioma en lo que conserva de un arrinconamiento muy anterior a la época incásica » (Samuel A. Lafone Quevedo, *Tesoro de catamarqueñismos*, pág. 5, Buenos Aires, P. Coni, 1895). Según M. Lizondo Borda, « el cacá fué idioma y dialecto cuya fuente u origen está en el aymará ».

En nuestro tiempo gana terreno la hipótesis de que esta lengua se vincula con el aymará, acaso directamente con unas de sus formas primitivas.

Se conocen del cacán palabras sueltas, principalmente términos geográficos y apellidos de indios, compulsados de los antiguos empadronamientos.

Los vocablos terminados en *agua* (Hayacagua, pasagua, Aconcagua), serían « temas de cacán puro », según Lafone Quevedo, por no contener raíces araucanas ni quechuas.

Pertenecen al mismo idioma :

Las terminaciones *ao* (Animanao o Animaná, Fiambalao o Fiambalá) ; *gasta,* que significa « pueblo » (Calingasta, Ambargasta) ; *co,* que equivaldría, quizá, a agua, de donde proviene esteco, nombre del río Juramento y más al Sur del Salado, y otras; las palabras *caylle,* denominación de unos ídolos, labrados en láminas de cobre, según Lozano ; *cocavi* bastimento, probable variante cacana del quechua *kaui,* oca secada al sol sin remojar ; *titaquin,* título con que indios calchaquíes saludaron al impostor Pedro Chamijo, alias Bohórquez, « su señor y rey », según Lozano ; *pilla-jacica,* ceremonia con que se iniciaban las tareas agrícolas ; *vil* o *huil,* río o valle ; *auqui* o *aqui,* cacique ; *apa, epi* o *ampi,* jefe o feudo ; *uma,* agua ; *yoka,* hijo ; *cota,* laguna ; *pecana,* mortero ; *enjamisajo,* cabeza mala ; *tutu,* fuego ; *tuy,* exclamación equivalente a ¡qué

calor ! ; *tucu,* cierto coleóptero; *chuy,* interjección del que siente frío; *ampalagua, lampalagua* o *ampalaba,* especie de boa; *huilla,* liebre; *talca,* guanaco, voces algunas de las cuales, sobre todo las últimas, son de etimología hipotética.

En concepto de Lafone Quevedo, es cacán el nombre Aconquija (que en muchos documentos aparece Anconquija), y el tema *chilpanga.* El mismo autor tenía por probable que la frecuente terminación *ay, (viditay,* mi vidita; *viday,* mi vida; *patay,* pan de algarroba; *Sinchicay, Hualinchay, Hualcumay,* etc., patronímicos), fuese en el quechua, « una reminiscencia del cacán ». Dicho más exactamente, vocablos como *Sinchicay* y *Huanchicay,* que significan, respectivamente, « el del que es fuerte o valiente » y « el del que mata », son cacanes en su forma o terminación, pero quechuas en su raíz.

La terminación *gasta* ha dado origen a no pocas controversias, desde hace muchos años. Según Lafone Quevedo, no consta que diga « pueblo » en ninguno de los dialectos que se consideran tonocotés, contra lo que afirma Lozano, y no puede ser sino cacana. Así lo había « intuído » anteriormente Juan María Gutiérrez al expresar que « en las actuales jurisdicciones de Catamarca y La Rioja existió una raza que poseía un idioma particular y a éste pertenecen los nombres terminados en *gasta* y en *gala* ». Para Martín de Moussy, la terminación *gasta*

« es quechua y significa villa ». Recientemente, M. Lizondo Borda ha expresado su opinión de que derivaría de la voz aymará *hatha,* que significa familia, casta, parentela [1].

[1] *Notas etimológicas. El final « -gasta » de nombres indígenas,* en *Boletín de la Academia Argentina de Letras,* nº 13, enero-marzo, 1936. Interesante y erudito es el estudio de Antonio Serrano publicado en el número 14 del mismo *Boletín : Observaciones sobre el kakan, el extinguido idioma de los diaguitas.* En este trabajo — cuyas pruebas de imprenta tuvo el autor la gentileza de facilitarme antes de su impresión definitiva — se expone la teoría de que la lengua llamada *catamarcana* por los antiguos historiadores ha de ser la misma que la *capayana,* citada en un documento de 1594, y sería el cacán corrupto de los diaguitas, y yacampis a que alude Lozano. *Gasta* debe corresponder a la lengua catamarcana, según Serrano, quien la identifica con la hablada por los juríes.

CAPÍTULO VI

LENGUAS DEL CHACO ARGENTINO

A pesar de los intensos e importantes estudios realizados acerca de las lenguas indígenas del Chaco, han sido ellas transcriptas hasta ahora asaz imperfectamente y con prescindencia, en general, de las normas de la fonética moderna. A subsanar tales deficiencias tienden los esfuerzos de los autores contemporáneos, como Alfred Métraux, de cuya misión, iniciada en enero de 1933, formó parte mademoiselle Elizabeth Dijour, quien recogió vocabularios del toba, mataco y pilagá, raza esta última reducida a pocos individuos a causa de la epidemia que la diezma.

Los idiomas del Chaco argentino — cuya población indígena actual asciende a unas 35.000 almas — han sido estudiados con notable tesón, en los últimos años, por algunos misioneros ingleses, como los RR. PP. Hundt y Grubb, el segundo de los cuales es autor de una de las mejores obras que se hayan publicado sobre las razas de la mencionada región.

Desde el mismo punto de vista es encomiable la labor realizada por el Instituto de Etnología de la Universidad Nacional de Tucumán, cuyo fundador, el doctor Paul Rivet, ha podido decir sin jactancia: «Il à son actif quatre grandes expeditions ethnographiques dont deux dans le Chaco et une sur le haut-plateau bolivien... Au cours de ces missions un ensemble considérable de documents a été reuni; trois langues indigènes sur le point de disparaître ont été sauvées» [1].

Cestmir Loukotka, discípulo del profesor Rivet, ha publicado algunos interesantes y metódicos estudios sobre las lenguas chaqueñas, en la *Revista del Instituto de Etnología* de la Universidad tucumana, a partir de 1929, si bien aquéllos se refieren principalmente a los idiomas del Gran Chaco: chamacoco, sanapaná, angaité y sapuki.

Los primitivos escritores habían hecho del Chaco una especie de Babel, confundiendo lenguas con dialectos.

Lozano, en su *Corografía del Chaco,* enumera hasta 52 «naciones», expresando que este número dista mucho de la totalidad. Félix de Azara contó más tarde 38 naciones y 44 idiomas diferentes. José Jolis, en su obra *Saggio sulla storia naturale della provincia del Gran Chaco, e sulle pratiche e su*

[1] *Journal de la Société des Américanistes,* tomo XXIV, página 188.

costumi dei popoli che l'abitano (Faenza, 1879), reaccionó contra las clasificaciones demasiado frondosas y nimias, agrupando las razas por sus lenguas. Además determinó sus límites territoriales y sus afinidades lingüísticas, reduciéndolas a diez naciones, criterio que prevaleció por mucho tiempo. Entiende por naciones « solamente a las que hablan diversos lenguajes, si no del todo, al menos notablemente ».

Cabe recordar que las exploraciones modernas del Chaco comenzaron después de la expedición del general Julio A. Roca, con la del general Victorica (1884-1885). Hasta entonces el Chaco era casi desconocido. Es cierto que Fontana había visitado antes la región, en los años 1875 a 1880, asegurándose del doble curso del Bermejo o Teuco, río que recorrió poco después Juan Pelleschi, realizando el primer estudio del idioma mataco.

Daniel G. Brinton distinguió en 1891 cuatro *stocks* lingüísticos chaqueños : guaycurú, mataco, vilela y payaguá. El mismo autor rectificó esta clasificación en su obra *The linguistic cartography of the Chaco Region* (Filadelfia, 1898), que resume todos los trabajos publicados hasta ese año sobre la materia. La clasificación definitiva de Brinton comprende los siguientes grupos lingüísticos : mataco, guaycurú, tupí, samuco, ennimas, quechua y lule.

En 1899 publicó Lucien Adam, en París, un trabajo titulado: *Matériaux pour servir à l'établissement d'une grammaire comparée des dialectes de la famille Guaicurú (Abipones, Mocoví, Toba, Mbayá),* basado en los materiales recogidos por Samuel A. Lafone Quevedo y teniendo en cuenta los textos de Dobrizhoffer, Tavolini, Bianchi, Pelleschi, Bárcena, Thouar, Boggiani y da Fonseca. En el mismo año citado apareció la importante obra de Guido Boggiani, *Cartografía lingüística del Chaco,* así como la *Etnografía del Chaco,* por el capitán de fragata Juan Francisco Aguirre [1], que contiene interesantes noticias étnicas sobre los indios del Chaco y un cuadro sinóptico de 10 vocabularios de sus lenguas, a saber: mascoy, güentusé, enimagá, lengua, guaná, mbayá, payaguá, toba, mocoví y abipón, aparte del guaraní y el pampa.

Es indudable que las naciones del Chaco han cambiado mucho por la absorción de unas tribus en otras, ya por conquista, ya por alianza o por extinción paulatina, lo que explica las notables diferencias que ofrecen los estudios dedicados al asunto.

Lafone Quevedo ha expresado que el abipón, el

[1] Extracto de *El Diario del capitán de fragata J. F. Aguirre en la demarcación de límites con España y Portugal en la América Meridional,* en *Boletín del Instituto Geográfico Argentino,* tomo XVIII, páginas 464-510, con una introducción de don Enrique Peña.

mocoví y el toba forman la terna de los grandes idiomas que, « orlados por las lenguas del grupo Mataco-Mataguayo se disputaban el predominio en el Chaco argentino ». La citada « terna » se eslabona, según el mismo autor, por un lado con el lengua, payaguá, mbayá-guaycurú, y por el otro con el grupo mataco-mataguayo. Este último incluye a los noctenes, los matacos, los vejoces y los mataguayos.

Al grupo mataco pertenecen los guisnais o buisnais, según comprobación hecha por el explorador Herrmann. Los chulupíes, citados por los padres Gionnecchini y José Cardús, en 1886, con el nombre de chunnupíes, no deben confundirse con los chunupí, chulupí o vilela, de Hervás, Pelleschi, Fontana y Ambrosetti.

Lafone Quevedo formó el siguiente cuadro de los pronombres primitivos en las lenguas del Chaco y sus afines, fundándose en que los pronombres son « como piedra de toque para la clasificación de las lenguas americanas » :

Castellano	Yo	Tú	El
Payaguá	*Yam* (A)	*Ham*	
Dialecto Cerviño [1].	*Yam*	*Ham*	*Yopjas* (Z)
Guaycurú	*E vel Eo* (A)	*Acami, Am*	*Jyobate*
Mocoví.....	*Aim* (T)	*Accamí*	*Inni*
Abipón	*Aym* (D)	*Akamí*	Varios

[1] Erróneamente llamado « lengua ».

Toba	*Ayin* (B)	*Ahani*	*Edá*
	Ayem (C)	*Ham*	*Hedago*
Mataco	*Nochlam* (P)	*Am, Ham*	Varios
	Nujlam (C)	*Em*	*Jaem*
	Nuslam (R)	*Am*	*Ham*
Quechua	*Nokha*	*Kham*	*Pay* etc.
	N-Y-okka		

Las letras entre paréntesis corresponden a las siguientes fuentes : A, Adelung, *Mithridates ;* B, padre Bárcena (manuscrito de la Biblioteca Mitre) ; C. padre Cardús, *Misiones franciscanas ;* D, padre Dobrizhoffer, *De abiponibus ;* padre Pelleschi, *Otto mesi nel Ciaco ;* R, padre Remedi, *Apuntes sobre el Chaco ;* T, padre Tavolini, manuscrito de la Biblioteca Mitre ; Z, Cerviño, manuscrito de la misma Biblioteca.

Para evitar repeticiones, hemos de tratar de los estudios sobre las lenguas del Chaco argentino al ocuparnos de cada una de ellas, a partir del capítulo siguiente.

CAPÍTULO VII

EL LULE, EL TONOCOTÉ Y EL VILELA O CHUNUPÍ

Como ya queda dicho en otra parte, el lule ha sido confundido por algunos con el cacán, lo que en parte se explica porque está averiguado que los lules hablaban diversas lenguas además de la propia, como la toconoté, la cacana y la quechua.

Así el padre Bárcena escribía en su carta del año 1594 : «Saben muchos [los lules] la lengua tonocoté, y por ella han sido catequizados todos ». En este punto es patente la contradicción en que incurre Hervás, pues luego de opinar que « la lengua *propia* de los lules sería la cacana, nombre que en la lengua quichua o peruana significa serrano o montañés... », agrega a continuación : « Se ignora la calidad de la lengua que era *propia* de dichos lules ; mas de la relación de Techo se infiere que era diversa de la tonocote ».

Debe tenerse en cuenta el hecho fundamental de que el lule pertenece al grupo de idiomas que sufijan sus partículas pronominales, como el vilela, el

toconoté, etc. Por eso Lafone Quevedo lo ha incluído en la familia lingüística andina o pacífica y no en la atlántica, contra la opinión de los que pretendieron clasificarlo como dialecto del mataguayo o mataco.

El citado autor llegó a esa tesis luego de estudiar a fondo el *Arte y vocabulario de la lengua Lule y Tonocoté, compuestos con facultad de los superiores,* por Antonio Machoni de Cerdeña (Madrid, 1732; reimpreso en Buenos Aires, 1878, con una introducción por J. M. Larsen [1]), que le permitió inferir las siguientes conclusiones:

1ª El lule-tonocoté de Machoni no es el tonocoté, o toconoté, de los antiguos misioneros a que hacen referencia los padres Bárcena y Techo;

2ª El lule, tal como lo enseña Machoni, es una lengua independiente o de «arrinconamiento», que nada tiene de común con las lenguas chaqueñas y menos aún con el mataco.

Mitre ha establecido que el lule moderno o sea el lule-tonocoté de Machoni es el antiguo tonocoté del padre Bárcena, con sólo el cambio de nombre, por resultar inadmisible que se hubiese perdido como lengua hablada, en cuyo carácter fué empleado durante más de un siglo por diversas tribus des-

[1] Merece recordarse también el detenido estudio de Matías Calandrelli, *Filología americana. Lule y tonocoté,* en la revista *La Biblioteca,* de Buenos Aires, número 5, páginas 261-276.

de Tucumán al Bermejo. Y era general en el Chaco, pues sirvió en ese espacio de tiempo no sólo para convertir a las cinco tribus que lo hablaban, sino también a los lules antiguos y a los matacos que lo aprendieron.

El parentesco inmediato del lule con el vilela es indiscutible; y así muchos vocablos aparecen en ambos idiomas ligeramente diversificados con la misma significación. El más interesante es « poroto », que ha pasado a nuestra habla, reemplazando al « fréjol » castellano. Pues bien, « poroto » se dice en vilela y en lule (donde falta la *r*) « poloto ». Lafone Quevedo llegó a insinuar que « el lule puede representar el habla mujeril del vilela », fundándose en que el pronombre *kís* o *nakís* (nosotros) de este último se parece al *quís* o *kís* (yo) del primero. Ya veremos que el vilela contiene formas próximas al mataco, entre otras, que precisamente Lafone Quevedo niega en su pariente lingüístico el lule, por lo que al extremar tal semejanza ese autor no se muestra del todo consecuente con su propia teoría.

Puede decirse concretamente que el lule-tonocoté presenta características especiales en su vocabulario, en la estructura de sus palabras y en su sintaxis.

Es uno de los idiomas más pobres de América, así por su léxico, que cuenta unos 3.500 vocablos,

como por sus formas gramaticales, cuyos artificios primitivos acusan una carencia absoluta de ideas de relación.

Faltan en su alfabeto las letras *b, d, f, g,* en sus varios sonidos simples y completos; *j,* que se suple por la *h* aspirada; *ll,* reemplazada por *y* consonante; *r* y *z,* que se suple por doble *s*.

Los nombres son indeclinables y no se distinguen los casos como en el quechua, conociéndose sólo por su significación. Para los diversos géneros presenta una sola terminación. Únicamente la del ablativo tiene partículas especiales, que se posponen para indicar el reposo, el movimiento o la duda. Los pronombres son igualmente indeclinables. Los posesivos no son dicciones simples, pues requieren ciertas partículas para indicar la pertenencia, las que a veces se señalan por sólo una letra inicial.

Los verbos tienen una sola conjugación y carecen de voz pasiva. Se forman o bien eliminando la vocal de la raíz o duplicándola o incorporando el instrumento en función de prefijo. De los sustantivos y adverbios se hacen verbos, y los primeros son convertibles también en nombres verbales, cuyos participios son unas veces adjetivos y otras sustantivos. Hay abundancia de interjecciones, unas propias del hombre y otras de la mujer.

De la lengua tonocoté escribió el misionero Alon-

so de Barzana, a fines del siglo XVI: « La hablan todos los pueblos que sirven a San Miguel de Tucumán y los que sirven a Esteco, casi todos los del Río Salado y cinco o seis del río del Estero ».

A título de hipótesis puede recordarse que, según Lafone Quevedo, el antiguo y verdadero tonocoté, que no se conoce, sería un dialecto del grupo mataco-mataguayo, como lo sostiene en el *Tesoro de catamarqueñismos*. De manera que el padre Machoni llamó arbitrariamente tonocoté al lule, cuya gramática expuso.

El mismo misionero dice en su *Descripción del Chaco* (generalmente conocida como del padre Lozano) : « Caminando por el Río Grande o Bermejo al Oriente, después de la Nación de los Malbalaes, se siguen las naciones Tequet, Chunipí, Guamalca, Yucunampa, Vilela ».

En el *Catálogo de las Lenguas,* de Hervás (tomo I, pág. 173) se lee que « la lengua Vilela es, según el parecer de los ex jesuítas misioneros del Paraguay, diversa de todos los idiomas hasta ahora conocidos, y se habla por los indios llamados Vilelos en tres poblaciones de las dichas misiones del Chaco. Estas poblaciones, cuyos nombres son Ortega, Macapillo y San Joseph, están situadas en las riberas del río Salado ».

El coronel Luis Jorge Fontana, en su obra *El Gran Chaco* (1881), calculaba el número de indios

vilelas (llamados también por él chunupíes, chulupíes o chinipíes) en 252, de ellos 96 hombres y 84 niños. Aunque en la época de la conquista era una tribu de indómito espíritu guerrero, que dominaba la región del río Paraná en la parte que baña el Chaco, en 1894 Ambrosetti sólo halló unos pocos indios, « andrajosos, miserables y borrachos ». El mismo autor recogió un vocabulario chunupí (denominación que también aplica al vilela) en la ciudad de Corrientes, valiéndose de un lenguaraz [1]. He aquí algunas de las palabras que consigna :

	Según Ambrosetti	Según Fontana
Hombre	*Hathé*	*Nitepac*
Mujer	*Kislé*	*Yolé*
Muchacho	*Otís*	*Hupassac*
Muchacha	*Bopé*	
Criatura	*Yostichilein*	
Padre	*Taté*	*Tatequís*
Madre	*Nané*	*Nanequís*
Hijo	*Ina-key*	*Hinaquís*
Hija	*Yche-inakey*	
Hermano	*Ynacuayá*	*Hijelequís*
Perro	*Llanacol*	*Uanocol*
Tigre	*Yiken*	*Yquempé*

Otros vocablos, según Ambrosetti : *kirí* (caballo), *moó* (anta o tapir), *yagüitt* (uno), *uké* (dos), *nipetuei*

[1] Véase *Apuntes sobre los indios chunupíes (Chaco austral) y pequeño vocabulario*, en *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, tomo XXXVII, página 150 y siguientes. Reproduce también el vocabulario de Fontana, que se diferencia bastante del suyo.

(tres), *puquevalé* (cuatro), *owé* (mucho), *solompé* (poco), *najai* (yo), *nam* (vos), *tetelá* (él), *nakís* (nosotros), *nitumailán* (vosotros), *tetelajai* (ellos).

Acerca del vilela o chulupí cabe observar lo siguiente : por una parte tiene analogías con el lule, como queda dicho; por otra parte, presenta voces que se asemejan al aymará, por ejemplo :

	Vilela	Aymará
Agua.....	*mmá* o *maá*	*huma*

Además se advierten rastros del mataco y de los dialectos maropa y tacana del padre Cardús. Lafone Quevedo lo incluye en el grupo por él denominado *noguaycurá,* teniéndolo por codialecto del lule de Machoni.

El vilela está más cerca, lingüísticamente hablando, que el lule del tipo de idiomas que emplean la *m* para indicar la segunda persona. Los pronombres de las dos primeras personas, en vilela, son :

Yo.....	*ni-te-laj, noj* (o *naj*)
Tú.....	*nam, quie, najilaj*

La forma *noj* o *naj* se acerca a la quechua *nokh* y a la *najlam* o *nuslam* del mataco.

Como documentos importantes, tenemos en vilela el Padrenuestro que dió a conocer Hervás y Adelung reprodujo, y además los vocabularios dejados manuscritos por el ingeniero Juan Pelleschi. En

ellos se basó Lafone Quevedo para su trabajo sobre *La lengua Vilela o Chulupí. Estudio de filología Chaco-Argentina,* etc., Buenos Aires, imprenta « Roma », 1895, y en *Boletín del Instituto Geográfico Argentino,* tomo XVI, páginas 39-124, 1895.

La tesis de monseñor Pablo Cabrera. —En el primer tomo de sus bien meditados *Ensayos sobre etnografía argentina. Los lules* (Córdoba, 1910), monseñor Pablo Cabrera distingue los siguientes grupos lules: 1° Los de Bárcena o del tipo *jurí,* según la denominación de Fernández de Oviedo; 2° Los lules de Techo (« o a manera de juríes », según la expresión del nombrado Oviedo); 3° Los lules *solisitas* o *Sules* del padre P. Póssino, llamados también lules-*guachipas*, en Salta; 4° Los lules modernos o de Machoni, mezcla de dos entidades étnicas, la tonocoté y la lule.

Sostiene que los solisitas o lules de las jurisdicciones de San Miguel de Tucumán y de Esteco poseyeron un idioma propio, que no fué el diaguita o cacán, conclusión conforme a la opinión expuesta anteriormente por Lafone Quevedo. Ha expresado además monseñor Cabrera que cada nación o grupo lule conservaba dentro de la federación su independencia lingüística. Y así como cada nación tenía el derecho de asociar a su nombre de origen el federativo y apellidarse lule, así también su lengua pro-

pia, nativa, podía reivindicar para sí misma — junto con la denominación patronímica correspondiente — el apellido del bloque, y por ende llamarse lengua lule. Probó el ilustrado sacerdote la identidad etimológica de los lules modernos con los antiguos, *sección solisitas*. Y ha dicho además: «Tonocoté de Bárcena hablaban los antiguos Lules; Tonocoté de Machoni, los modernos; pero uno y otro Tonocoté eran una misma cosa, sin otra diferencia, a mi juicio, que las variantes morfológico-fonéticas, hibridaciones, neologismos, etc. introducidos en el decurso de una centuria de migraciones». Es la misma tesis sostenida por Mitre. En otros términos, para monseñor Cabrera, el *Arte y vocabulario* de Machoni representa la «restauración» del *Léxico* escrito por Bárcena.

El mismo autor ha hecho notar: 1° Los temas *jurí* y *lule* son equivalentes, léxicamente considerados (pues la conversión de *S* en *L* era al parecer propia de los idiomas de la región); 2° Correlación estrecha mediaba, igual a la de la parte con el todo, entre los matarás y los tonocotés (los últimos de los cuales serían descendientes de los primeros, según Hervás); 3° El colectivo *lules* de Bárcena es idéntico bajo todos los aspectos al descripto por Oviedo con la denominación de *juríes*.

CAPÍTULO VIII

FAMILIA LINGÜÍSTICA GUAYCURÚ : EL ABIPÓN EL MOCOVÍ, EL TOBA, ETC.

« En las lenguas dichas generales — ha establecido Lafone Quevedo, — como ser la Quichua, la Araucana, la Guaraní, etc., cada una de ellas tiene su serie de afijos pronominales, una y universal; en la familia guaycurú, por el contrario, la variedad es la regla, dentro de ciertos límites, se entiende. » [1].

Según la hipótesis del mismo autor, razas carí-bicas invadieron el Chaco cuando estaba poblado por naciones del tipo vilela y otras, resultando de tales mezclas lenguas híbridas, como las de los guaycurúes (voz que significa « enemigos de los guaraníes ») y chiquitos. Lafone Quevedo tenía por probable que al grupo guaycurú perteneciesen los

[1] *Las lenguas de tipo Guaycurú y Chiquito comparadas* (Memoria presentada al XVII° Congreso Internacional de Americanistas, en *Revista del Museo de la Plata*, XVII, págs. 7-69, 1910-1911 y síntesis en *Actas del XVII° Congreso Internacional de Americanistas*, Buenos Aires, editor Coni, 1912, págs. 228-231).

cacano-calchaquíes, charrúas y agases, aparte de los abipones, mocovíes, tobas, lenguas, mbayás, etc.

La comparación de las palabras que significan « agua » le permitió formar el siguiente cuadro :

Guaycurú general...	Toba :	*Netagrgat*
	Mocoví :	*Evagayacca*
	Mbayá y guaycurú :	*Niogodi*
Guaycurú especial..	Abipón :	*Enópe*

« En los primeros tres ejemplos — ha dicho Lafone Quevedo — hay una raíz *aga,* vel *ogo,* que parece ser común entre sí, y que yo emparento con la otra *occo* del Quichua que dice « mojar » y también con el nombre de ciudad Cuzco, aparte de muchas voces que dicen « agua » en varias lenguas del interior de nuestra América ».

La comparación de los pronombres permite advertir claras analogías entre los dialectos de la familia guaycurú, según se indica en el siguiente cuadro, limitado a las personas del singular :

	Yo	Tú	El
Mocoví.....	*aim*	*accamí*	*inni*
Abipón.....	*aym*	*akamí*	(varios)
Toba.....	*ayin*	*ahani*	*edá*

Como caracteres generales del grupo guaycurú cabe establecer los siguientes :

1° Emplea mecanismos complejos de articula-

ción pronominal para expresar la relación personal. También es complejo el mecanismo de las posesivaciones y de la conjugación verbal;

2° Las diferencias léxicas entre los varios dialectos del guaycurú son numerosas y de importancia;

3° Existen, aunque no en forma tan pronunciada como en otras familias lingüísticas, las dos hablas masculina y femenina;

4° Atendiendo a su fonetismo se vinculan estrechamente el toba, el mocoví y el mbayá, mientras se aparta de ellos el abipón; en cambio, por su vocabulario el toba difiere enormemente del mbayá y mocoví, lo que se explica, porque la distancia que los separa ha permitido que se introduzcan elementos alófilos en su lexicología;

5° Los idiomas guaycurúes pertenecen a la gran familia lingüística que se caracteriza por la presencia de la radical *i* o *y* de primera persona en su esquema pronominal [1].

El abipón ha desaparecido ante el empuje del mocoví, como el mocoví se ha ido extinguiendo ante el predominio del toba.

La fuente primordial para el estudio del abipón es la notable obra del padre jesuíta Martín Dobrizhoffer, *De Abiponibus,* escrita en 1784, después de la disolución de la Compañía jesuítica, y aunque

[1] Véase Theodor Koch-Gruenbeg, *Die Guaicurú-Staemme,* en *Globus,* Braunschweig, 1902.

su estilo florido y ampuloso es poco adecuado al tema, contiene amplias y valiosas informaciones. El padre Dobrizhoffer, doctrinero de los abipones y compañero del padre José Brigniel, que aun permanecía entre ellos en 1767, al ser expulsados los hijos de San Ignacio de Loyola, nos ha dejado el estudio más completo sobre aquellos indios, de los cuales habían tratado anteriormente Bárcena, Techo y Lozano. El padre Jolis se ocupó de ellos algunos años después de Dobrizhoffer (1789), y utilizando tales fuentes escribió Lafone Quevedo su monografía : *Lenguas Argentinas. Idioma Abipón; ensayo fundado sobre el « De Abiponibus » de Dobrizhoffer y los manuscritos del padre J. Brigniel S. J., con introducción, mapa, notas y apéndices,* Buenos Aires, 1897, y en *Boletín de la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba,* tomo XV.

Los abipones, que eran llamados por los vilelas *luc-uanit* o « los que viven al Sur », se dividían en tres tribus : *Naquetaget* (del bosque), *Rigagé* (del campo) y *Yaochaniga* (del agua).

Lafone Quevedo ha demostrado con abundancia de argumentos que « la abipona es una lengua prima hermana de la mocoví y la toba ». Estos tres idiomas se eslabonan por un lado con el lengua, payaguá, mbayá-guaycurú, etc., y con el grupo mataco-mataguayo por el otro.

He aquí los fundamentos de la gramática del abi-

pón, comparada con la de los otros dos idiomas afines.

El prefijo de relación concreta es *l*, de modo que si «los ojos» se dice *natoete*, para expresar «los ojos de (Pedro)» se dirá *Pedro l-atoete*. La *n* representa un prefijo de relación abstracta, y viene a ser una simple sincopación del demostrativo *ene*, que forma la raíz del tema *eneha*.

Ejemplos de Dobrizhoffer :

Yaetr'at : meus filius
Graetr'achi : tuus filius
Laeet'at : illius filius

Por lo que respecta al género, *i* o *yé* son terminaciones de femenino, como *ek* o *ik* lo son de masculino. Verbigracia :

Ariaik (bueno), *ariayé* (buena)

Si la palabra termina en *ac* forma el femenino cambiando el sufijo en *aga*. Por ejemplo :

Aalancatac : perezoso
Aalancataga : perezosa

El mocoví hace las mismas distinciones. Verbigracia :

	Masculino	Femenino
Criollo.....	*Eddocoleék*	*Eddocolassé*
Pobre.....	*Eogodack*	*Eogodayé*
Médico.....	*Pactiorñáca*	*Pactiornagá*

Es muy complicada y varia la formación del plural, tanto en abipón como en mocoví, a tal punto que no cabe formular una regla al respecto. Puede observarse que el plural terminado en *l* es común al toba, mocoví, abipón, mataco y otras lenguas chaqueñas, como el sufijo *ipi* o *ipí* de reunión o muchedumbre se encuentra igualmente en los tres primeros idiomas citados.

Aunque, como ya hizo notar Dobrizhoffer, los nombres no cambian de forma para expresar el caso o declinación, prefijando una partícula que corresponde a nuestra preposición, los pronombres sí se declinan, y en la forma posesivo-genitiva estas partículas se aplican como afijos a los nombres, adjetivos, etc., para indicar relación.

La posesivación constituye uno de los procedimientos más curiosos del abipón y de las otras lenguas colaterales del Chaco. En abipón, lo mismo que en mocoví, la posesivación típica es :

	Singular	Plural
Primera	*Y*	*Gr... pl*
Segunda	*Gr... i*	*Gr... ii*
Tercera.....	*L...*	*L.... pl*

Además existen las posesivaciones « con refuerzo », que forman un grupo aparte.

Los diminutivos llevan los sufijos *avalk, aole* u *olek*, verbigracia :

Oének (muchacho) ; *oenekavalk* (muchachito)
Kdëpak (palo) ; *kaeperáole* (palito)

En mocoví se usa también la terminación *olek*, de masculino ; *olé*, de femenino y plural. El adjetivo precede comúnmente al sustantivo. El comparativo se establece mediante perífrasis :

Netegink chi chi nda yayam dihirenak
El perro no no malo como el tigre

para expresar que « el tigre es peor que el perro ». Sólo existen palabras para contar hasta tres :

Uno..... *Iñitara*
Dos..... *Iñoaka*
Tres..... *Iñoaka-yakaini*

Lo que suele llamarse transición en la flexión verbal de las lenguas indias se expresa en abipón, como en tantas otras, por medio de partículas especiales :

Ricapit (yo amo) ; *rikapichieroá* (yo te amo)

En los posesivos hay que distinguir los « animados » y los « inertes », que emplean vocablos diversos.

El mecanismo de la conjugación verbal abipona es — como en mocoví y en toba — bastante complicado.

He aquí el presente del indicativo del verbo amar :

	Singular	Plural
Primera.....	*Ri-kapit*	*Gr-kapit-ak*
Segunda.....	*Gr-Kapich-i*	*Gr-Kapich-ii*
Tercera	*N-kapit*	*N-kapit-é*

o sea el siguiente esquema :

	Singular	Plural
Primera.....	*Ri...*	*Gr... ak*
Segunda.....	*Gr...*	*Gr... ii*
Tercera	*N...*	*N... é*

Pero hay otras series de conjugaciones verbales, cuya articulación para las tres personas del singular es como sigue :

	II	III	IV	V
Primera...	*Ri*	*Ri...*	*H...*	*H...*
Segunda...	*Gr...i*	*R...i*	*H...i*	*H...i*
Tercera....	*Y...*	*R...*	*Y..*	*Gr...*

	VI	VII
Primera.....	*R...*	*Ñ (o Ni)*
Segunda.....	*Gr...i*	*N...i*
Tercera	*L...*	*N...*

El cuarto de estos esquemas corresponde a la conjugación típica del mocoví :

Primera... *S...* ; Segunda... *...i* ; Tercera... *Y...*

El abipón carece de lo que es el distintivo especial de la mayoría de los verbos mocovíes y tobas, a saber la S inicial o subinicial de primera persona,

pero en su lugar hallamos la H, su equivalente, según la ecuación H = S.

El futuro requiere la sufijación de la partícula *am* (*ó*, en mocoví); así, tú amarás es *grkapichiam*.

Las noticias de Hervás, Azara y Adelung sobre el mocoví son escasas y lo mismo cabe decir de las que se encuentran en otros publicistas anteriores a la segunda mitad del siglo XIX. En 1856 escribió el padre Francisco Tavolini un importante trabajo titulado *Reglas para aprender a hablar la lengua mocovítica, que usan mucha parte de los indios del Chaco por el norte de Santa Fe,* que puede considerarse como la base de todos los demás estudios realizados acerca del mencionado idioma [1]. « Hablan tobas y mocovís — ha escrito d'Orbigny — una misma lengua y no puedo menos de considerarlos como un solo pueblo ». No hay, sin embargo, tal identidad lingüística, sino estrecho parentesco.

Comparando las palabras « ella » y « aquella » en abipón y mocoví, Lafone Quevedo ha establecido una serie de importantes « ecuaciones fonéticas » que muestran su interdependencia, del modo siguiente :

[1] Véase F. Tavolini, *La lengua mocoví*, en *Revista del Museo de La Plata*, tomo I, páginas 71 y 257; tomo II, páginas 175 y 425; Lafone Quevedo, *Notas o sea principios de gramática mocoví*, en *Ibidem*, tomo I, páginas 113, 305; tomo II, páginas 241, 289, 393; tomo III, página 129; del mismo : *Vocabulario mocoví-español, fundado en los del padre Tavolini*, en *Ibidem*, tomo IV, páginas 161 y 369.

Ella..... *Haraha* (Abipón)
Aquella..... *Adassé* (Mocoví)

o sea :

R = D
H = SS
A = O

La misma relación se comprueba en los verbos :

	Abipón	Mocoví
Yo enseño.....	*Hapagr'anatr'an*	*Sapparinnactagan*
Tú enseñas.....	*Hapagr'anatr'añí*	*Apparinactarní*

En ambos ejemplos hay cambio de H en S, y una H que desaparece, la cual sin ser muda, debía pronunciarse con una aspiración suavísima. Tenemos aquí una ley fonológica descubierta por Lafone Quevedo.

Ciertas voces señalan mayor parentesco entre el abipón y el mocoví que entre este último y el toba. Así, por ejemplo, el pronombre « tú » :

Mocoví..... *accami*
Abipón..... *akamí*
Toba..... *am*

No está de más observar que la palabra « toba » es guaraní, pero que la nación india de este nombre no lo es. Dicho vocablo significa « rostro » o « frentones », nombre con que eran conocidas las razas guaycurúes que se producían calvicie artificial con el objeto de dejarse más alta la frente. Se-

gún Azara, los indios que los españoles llamaban tobas eran « Natecoet » para los enimagas e « Yncanabaité » para los lenguas. Morillo los denomina «Tocoyteis», y d'Orbigny expresa que para los mataguayos eran « Guanlang » y para los abipones del Chaco, « Caliazee ». La T inicial de *toba* es un simple prefijo de relación, siendo la verdadera raíz *obá*.

Por su fonología, el toba se vincula estrechamente al mocoví, del que ha sido considerado como un dialecto, y usa la *d* donde el abipón prefiere una *r* suave, como en el demostrativo *edahá* por *erahá*.

El alfabeto consta de los siguientes sonidos : A, B (= V), C, CH, D, E, G, H (o sea J), I, K (= Q), L, L-L, LL, M, NN, Ñ, O, P, R, S, T, U, Y (como consonante).

En toba, como en mocoví, hay dos flexiones de posesivación, la una fuerte y la otra débil. Ambos idiomas dependen más íntimamente uno de otro que el mocoví y el abipón. Se ha observado que voces tobas como *sayaten* suenan a quechua y a aymará.

La obra ya clásica para el estudio del idioma de referencia es el *Arte y vocabulario de la lengua Toba*, del padre Alonso Bárcena, que publicó Lafone Quevedo con un prólogo y un « lexicón toba-castellano y otras piezas » [1].

Cabe señalar que el comparativo se forma aña-

[1] En *Revista del Museo de La Plata*, tomo V, página 305 y siguientes ; VII, páginas 191-261.

diendo al nombre positivo la partícula *mano* antepuesta : bueno, *noentá;* más bueno, *mano-noentá*. Para formar el superlativo se agrega al positivo la letra *u* al final, y otras veces se agrega la palabra *desaú;* por ejemplo : bueno, *noentá;* muy bueno, *noentaú;* enfermo, *saygoth ;* muy enfermo, *saygoth-desaú*. Los nombres y los pronombres son indeclinables. El verbo sustantivo *ser* no existe o está tácito. Así la expresión « yo soy bueno » se traduce por *ayen noentá,* literalmente, yo bueno. La partícula *sa* antepuesta a cualquier verbo da sentido negativo o contrario a su significado anterior. Ejemplo : *sauan,* veo; *sasauan,* no veo. He aquí, para dar idea de la conjugación, el presente indicativo del verbo *scopitá,* amar o querer :

Yo amo	*Scopitá*
Tú amas.....	*Malcopitá*
Aquél ama.....	*Nocopitá-edasá*
Nosotros amamos	*Ocom scopitá*
Vosotros amáis	*Camí macalcopitá*
Aquéllos aman.....	*Davasá-nocopiditá*

El profesor Chestmir Loukotka publicó un nuevo vocabulario del toba, conjuntamente con otros, en la *Revista del Instituto de Etnología de la Universidad Nacional de Tucumán* [1].

[1] *Contribuciones a la lingüística sudamericana. Vocabularios inéditos o poco conocidos de los idiomas Rankelche, Guahibo, Piaroa, Toba, Pilagá, Tumanahá, Kaduveio, etc.*, en *Revista* citada, tomo I, entrega 1ª, páginas 75-106, 1929.

En la misión científica de A. Métraux, comenzada en enero de 1933, la señorita Elizabeth Dijour recogió entre los tobas un vocabulario extenso con el objeto de transcribirlo « selon les exigences les plus méticuleuses de la phonétique moderne » [1].

El trabajo del padre fray Zacarías Ducci sobre los tobas de Taccagalé *(Boletín del Instituto Geográfico Argentino,* t. XXI y sigts.) arrojó luz sobre ese idioma. Más tarde el padre Pablo Hernández descubrió los manuscritos completos de una gran parte del *Paraguay Católico,* en lo que se refiere a los indios mbayá y su lengua. Esta última fué estudiada a fondo por el padre Sánchez Labrador, quien llegó a la conclusión de que el esquema pronominal del mbayá nace de las mismas raíces que el de los otros codialectos del tipo guaycurú, pero las diferencias léxicas entre aquél y los demás idiomas de su misma familia son muy apreciables [2].

Autores de diversas épocas se han ocupado de los lenguas, denominación que a través del tiempo se ha aplicado a diferentes naciones o tribus. El padre Rada, en una relación inédita — citada por Angelis — que data del 26 de diciembre de 1664, llama nenguas a los aborígenes que los españoles

[1] *Journal de la Société des Américanistes,* tomo XXIV, 1934.

[2] Véase *Anales de la Sociedad Científica Argentina,* 1896, y el estudio de Lafone Quevedo, *Lenguas argentinas. Grupo « Guaycurú-Mocoví » del Chaco. Idioma Mbayá, llamado « Guaycurú-Mocoví » según Hervás, Gilii y Castelnau. Con introducción, notas y mapas,* Buenos Aires, 1896.

denominaron lenguas. Dobrizhoffer, en su *Historia de Abiponibus,* dice que los lenguas eran conocidos también con el nombre de *caé cacatot*. El padre Fernández, en su *Relación historial,* capítulo VIII, afirma que el idioma de los indios era semejante al de los chiquitos. Hervás, en su *Catálogo* se refiere a lo que le comunicó el abate Camaño, según el cual los lenguas eran « una de las naciones más numerosas y guerreras del Chaco, que dominaban en países que están entre los ríos Pilcomayo y Paraguay, desde los 22° de latitud hasta la unión de dichos ríos ». Esta región no correspondería, pues, al territorio argentino actual, aunque sería colindante con la gobernación de Formosa.

Pedro A. Cerviño, en su *Vocabulario Juiadgech* [1] expresa que el idioma de los lenguas, pueblo de los más numerosos y guerreros del Chaco, tiene afinidad con el chiquito, según la relación atribuída al padre Juan Patricio Fernández acerca de la nación chiquitana. Explica que se llaman lenguas estos indios « porque los primeros españoles que los vieron les pusieron tal nombre a causa de una tablita semicircular que usan, metida en una abertura horizontal en el labio inferior ». Ellos se dan a sí mismos el nombre de *entzlitz,* hombres, gente.

[1] Titulado, originariamente, *Vocabulaire Juiadgech, ou des Lenguas, tribu presqu'inconnue du Grand Chaco,* con un prólogo de Pedro de Angelis, Buenos Aires, 1839.

José Jolis, en su *Saggio sulla storia naturale della provincia del Gran Chaco* (Faenza, 1879, libro VI, art. 10) afirma asimismo que «el idioma de los lenguas es semejante al de los chiquitos».

Ahora bien, se ha demostrado que el lengua de Cerviño es el mismo idioma payaguá, o tal vez uno de sus dialectos [1] y que aquella denominación debe aplicarse propiamente a otra nación que hablaba esta lengua perdida, distinta, según algunos misioneros, del guaraní y de los demás idiomas conocidos del Chaco.

En el dialecto de Cerviño — al que, por lo tanto, no corresponde el nombre de lengua — los pronombres yo y tú, por ejemplo, se dicen *yam* y *ham*, exactamente como en payaguá.

Es interesante señalar que sabían contar hasta diez:

Uno ...	*gezle*	Seis	*naiguep*
Dos ...	*tigaké*	Siete ...	*takjuabo*
Tres ...	*diakegzglna*	Ocho ...	*lacoqui*
Cuatro .	*dipegas*	Nueve ..	*laguk*
Cinco ..	*chumajas*	Diez ...	*chemajaris*

[1] Véase Alfredo Coryn, *Los indios lenguas. Sus costumbres y su idioma*, en *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, tomo XCIII, 1922, páginas 243-248.

CAPÍTULO IX

RELACIONES ENTRE LAS LENGUAS DE TIPO GUAYCURÚ Y CHIQUITO

Ya he expresado que según la hipótesis de Lafone Quevedo, razas caríbicas invadieron el Chaco que entonces estaría habitado por naciones del tipo vilela y otros, resultando de tales mezclas étnicas las lenguas híbridas de los chiquitos, guaycurúes, etc.

El mismo autor realizó un estudio detenido sobre « las lenguas de tipo guaicurú y chiquito comparadas » [1], cuyas conclusiones pueden expresarse así :

En las dos grandes estirpes étnicas conocidas por guaycurú y chiquito se descubre un elemento lingüístico común entre ambas, representado por sus esquemas pronominales.

De la conclusión anterior se infiere este corolario : sometidos muchos otros idiomas, más o menos circunvecinos, a la misma forma de análisis lingüístico, podrán ser ellos emparentados entre sí de un modo tan inesperado como sorprendente.

[1] Estudio citado en la página 24 (nota).

El parentesco lingüístico podrá ser más o menos estrecho según la importancia relativa de las raíces pronominales que se parezcan unas a otras y el número de tales interequivalencias, pero atendiendo siempre a que más importa la primera que la segunda, a los efectos de la comparación.

Para arribar a las antedichas conclusiones, Lafone Quevedo fundábase en los siguientes hechos:

Las grandes familias étnicas llamadas guaycurú y chiquito son, geográficamente hablando, vecinas, como lo demuestra el mapa etnográfico del padre Joaquín Camaño, publicado por el padre José Jolis en su obra sobre el Chaco, y han tenido durante siglos contactos étnico-políticos, según ello consta en las relaciones de viajes del padre Sánchez Labrador y otros autores.

Tanto las lenguas de tipo chiquitano, en mayor escala, como las otras de tipo guaycurú, en escala menor, hacen uso de la doble habla, la varonil y la mujeril, en su conversación diaria.

Ambas familias de lenguas, la guaycurú y la chiquitana, emplean mecanismos complejos de articulación pronominal para expresar la relación personal, y en sus posesivaciones de los nombres y conjugación de los verbos.

Reducidos los pronombres primitivos y partículas de relación personal pertenecientes a dichas dos grandes familias a sus raíces de origen, resulta que

hay semejanza cuando no identidad absoluta entre los sonidos de ambas series.

A las diferencias léxicas que existen entre las lenguas de ambos tipos no debe dárseles demasiada importancia, ya que no son insignificantes ni pocas las que se observan como existentes entre sí en los varios dialectos de tipo guaycurú.

Siendo *di,* como lo es, terminación de masculino en guaycurú, como lo es *s* de femenino en chiquitano, hay que conceder que las voces donde existe el sufijo *di* corresponden a un habla viril, como a una mujeril las otras que terminan en *s,* bastando ello para explicar cualesquiera diferencias léxicas entre lenguas de estas dos familias.

Existe en idioma chiquitano el plural inclusivo y exclusivo de primera persona, o sea el que admite igualdad con el que oye o que la rechaza.

CAPITULO X

GRUPO LINGÜÍSTICO MATACO-MATAGUAYO. EL VEJOZ, EL NOCTEN, EL CHOROTE, ETC.

Repitiendo el concepto de Lafone Quevedo, es oportuno aquí consignar que con el abipón se completa la terna de los tres grandes idiomas que orlados por las lenguas del grupo mataco-mataguayo se disputaban el predominio en el Chaco argentino. El citado grupo constituído por el abipón, el mocoví y el toba, se eslabona por un lado con el lengua, payaguá, mbayá, etc., y con el grupo mataco-mataguayo por el otro.

Se ha demostrado la existencia de interrelaciones entre las dos grandes familias lingüísticas mencionadas. En sus respectivos vocabularios se encuentran elementos que acusan diferencias de índole étnico-lingüística. Ello significa que en la raza mataco-mataguaya se tiene el resultado de hordas guaycurúes que se impusieron sobre otras de origen tonocoté, etc., prestándoles su mecanismo gramatical y su caudal de voces con las consiguientes adaptaciones.

CAPITULO X

GRUPO LINGÜÍSTICO MATACO-MATAGUAYO. EL VEJOZ, EL NOCTEN, EL CHOROTE, ETC.

Repitiendo el concepto de Lafone Quevedo, es oportuno aquí consignar que con el abipón se completa la terna de los tres grandes idiomas que orlados por las lenguas del grupo mataco-mataguayo se disputaban el predominio en el Chaco argentino. El citado grupo constituído por el abipón, el mocoví y el toba, se eslabona por un lado con el lengua, payaguá, mbayá, etc., y con el grupo mataco-mataguayo por el otro.

Se ha demostrado la existencia de interrelaciones entre las dos grandes familias lingüísticas mencionadas. En sus respectivos vocabularios se encuentran elementos que acusan diferencias de índole étnico-lingüística. Ello significa que en la raza mataco-mataguaya se tiene el resultado de hordas guaycurúes que se impusieron sobre otras de origen tonocoté, etc., prestándoles su mecanismo gramatical y su caudal de voces con las consiguientes adaptaciones.

Fray Doroteo Gionnecchini ha escrito que « los Noctenes, los Matacos, los Vejoses, los Guisnais, los Chulupíes, son una sola nación, que hablan todos una sola lengua, y todos tienen las mismas costumbres ».

El etnógrafo Ehrenreich dice que « los matacos o mataguayos comprenden las subtribus guisnay, noctenes o toconotes, vejoses, chulupís y chorotis, que siguen viviendo en el alto y medio Bermejo ». El geógrafo boliviano Nicanor Mallo ha comprobado igualmente que estos indios del Chaco, conocidos con los nombres de mataguayos, noctenes, vejoces, ocales, chulupíes y otros, hablan con poca diferencia, la misma lengua.

El idioma de los matacos era desconocido antes de la obra de Juan Pelleschi, *Repubblica Argentina. Otto mesi nel Gran Ciacco. Viaggio lungo il fiume Vermiglio (río Bermejo)*, Florencia, 1881 [1]. El nombre aparece citado vagamente por Hervás y Adelung-Vater. D'Orbigny compuso un breve vocabulario de uno de sus dialectos, sin lograr subsanar, por supuesto, los textos de los antiguos misioneros jesuítas, que se habían perdido. Verdad es que antes de Pelleschi compuso el padre Joaquín Remedi un

[1] En 1897 apareció una versión castellana parcial de la obra de Pelleschi, *Los indios matacos y su lengua. Con una introducción por Samuel A. Lafone Quevedo* (Buenos Aires), que contiene el vocabulario español-mataco.

notable vocabulario del mataco, ampliando los conocimientos que se tenían hasta entonces al respecto (1870), pero su obra no se publicó sino veinte años más tarde (Buenos Aires, 1890) y fué reeditada en Salta (1895).

Entre las más recientes publicaciones relativas a esta lengua cabe citar un interesante libro de oraciones en mataco, titulado : *Thathamet-Hi. Oración común. Portions of the Book of common prayer in the mataco language*, Londres, Society for promoting christian knowledge, III, 187 páginas en 16°, 1930.

Halló Pelleschi que en lengua mataca *nu* era sincopación de *nuj-ca* (mío), que *a* lo era de *aj-ca* (tuyo); *tuj* de *tuj-co* (suyo) como iniciales de sustantivos, y que como prefijos de verbos podían tenerse por sincopaciones de *noj-c-lam* (yo); *am* o *ham* (tú) y *luzti toj-luzt* (él o aquél).

En su *Vocabulario Mataco-Castellano,* dice fray Joaquín Remedi : « A más de haber analogías y relaciones entre este idioma y el de los antiguos tonocotes, que residían en la frontera Este de Salta, y también con el de los avipones, que viven en la frontera Norte de Santa Fe, las he hallado igualmente con el quichua y el araucano. Por ejemplo : « hembra » en la lengua quichua se dice *china* y en mataco *cima;* tu, en quichua se dice *ccan,* y en mataco *am; ta,* en quichua pan ; *tantam* en mataco se llama el trigo ; en araucano la palabra *ilon* significa

comer carne; en mataco es *matar,* carnear; mano en araucano se dice *cuu,* en mataco *cuei;* frío en araucano se dice *uthe,* en mataco *juyete* »[1].

He aquí, en síntesis, los caracteres gramaticales del mataco, lengua muy gutural y nasal. Su alfabeto carece de las letras *ch* (sonido español), *d*, *g* y *r*. Tiene la *ch* francesa, la *j* gutural y la *j* nasal. Los vocablos son de dos clases: abiertos y cerrados, lo que no pocas veces hace cambiar el significado de los mismos, como *yel,* con *e* abierta, que quiere decir « cansado », y *yel,* con *e* cerrada, que significa « muerto ».

Es pobre de palabras y escaso de ideas, sin formas abstractas ni generalizaciones, pero tiene elasticidad para formar metafórica y analógicamente vocablos compuestos aplicados a objetos nuevos; por ejemplo, mula se dice *chioteilás,* orejas grandes. Algunas veces ha habido influencia de términos castellanos en el mataco, adaptados a la índole de esta lengua. Así, el asno es *aznú;* la cabra, *caila;* el toro, *tolo;* el gato, *mitzi,* etc.

El plural se forma añadiendo al singular una, dos o tres letras, como *hino,* hombre; *hinol,* hombres; *cisna,* mujer; *cisnai,* mujeres; *ihuén,* tengo; *ihuen-en,* tienen. Algunas palabras cambian una o dos letras al formar el plural, como *juitzác,* malo;

[1] *Anales de la Sociedad Científica Argentina,* tomo LVIII, página 32.

juitzé, malos. Cuando el singular termina en *j* se cambia en *s* para formar el plural, como *sinoj,* perro; *sinos,* perros; *yeletáj,* caballo; *yeletás,* caballos; pero hay algunas excepciones, como *nisoj,* zapato, y *plitzaj,* pobre, que en plural hacen *nisojés* y *plitzés.* En la desinencia de los nombres no hay diferencia de géneros gramaticales y no existe el comparativo, pues para expresar « Pedro es más bueno que Juan » se emplean dos frases yuxtapuestas : *Pedlo iis, Juan iisité,* « Pedro bueno, Juan no bueno ». Para distinguir el superlativo del positivo se sostiene la voz sobre la última sílaba alargándola notablemente, v. gr. : *iis,* bueno; *iiiis,* muy bueno; *tujuéi,* lejos; *tujueeeei,* muy lejos.

Fuera del plural, los nombres no tienen declinación, supliéndose los casos y las personas con partículas y afijos que los determinan. Lo mismo ocurre respecto a los modos y tiempos del verbo, cuya determinación la establece una partícula que se le antepone, interpone o pospone [1].

He aquí los pronombres personales :

Singular		Plural	
Yo.....	*Nu*	Nosotros...	*Namil, nujlamil*
Tú.....	*Am*	Vosotros...	*Amil*
El	*Lam, jlam*	Ellos.....	*Lamil, jlamil*

[1] El padre Inocencio Massei, en sus *Apuntes* ha expuesto el mecanismo completo del verbo mataco en general.

Pelleschi atribuye al verbo una conjugación única en el modo indicativo, de la que puede servir de paradigma la siguiente :

Yo tengo	*Nu nihuén*
Tú tienes.....	*Am lahuén*
El tiene	*Ilam ihuén*
Nosotros tenemos	*Nujlamil nihuén-nen*
Vosotros tenéis	*Amil la huennén*
Ellos tienen.....	*Jlámil ihuén-en*

Los verbos carecen del infinitivo, pues no pueden expresar lo abstracto, que se suple por el gerundio. Es importante hacer notar que el mataco prefija sus partículas pronominales, a la inversa de las demás lenguas del Chaco, que las posponen.

En los adjetivos y verbos se forma el negativo con la partícula *ité,* puesta al fin de la palabra, como ya se ha visto en el ejemplo : Juan *iis-ité,* Juan no es bueno; *tun* es duro y *tunité,* no duro, blando; *mat,* cierto; *matité,* no cierto, falso.

La palabra *huó,* que expresa una acción indeterminada, como hacedor, trabajador, labrador, es una de las pocas que se aproximan a la noción de lo abstracto. Pero no se usa aisladamente sino en voces compuestas, de significado concreto; por ejemplo, si *joló* significa palo o madera, *jolohuó* es carpintero. La palabra *jí* o *ijí* implica la idea de estar contenida una cosa en otra, como *yoasetás,* vacas; *yossetás-jí,* corral; *huelá,* vela; *huelá-jí,* candelero.

La sintaxis es muy natural y relativamente sencilla. La frase cabeza de tigre se dice *ayoj-le-letec,* literalmente « tigre su cabeza » ; de manera que nuestro genitivo es, en mataco, caso recto y el nominativo, caso oblicuo.

Los adjetivos numerales, que son cuatro, se expresan por palabras compuestas :

1..... *jotejuji*
2..... *jotejuasi*
3..... *tactijuáye-e*
4..... *jualis-iji*

Para decir cinco o más de cuatro se emplea la palabra *nitoc,* muchos.

En concepto de Lafone Quevedo, el mataco se parece a la familia guaycurú-toba en su pronominación, pero difiere mucho de ella en su vocabulario.

El vejoz o *aiyo* es lengua del grupo mataco, como lo indican de inmediato los pronombres personales :

	Vejoz	Mataco en general
Yo	*Yaam*	*Nuslam* o *Nujlam*
Tú	*Aam* o *Japeem*	*Ham, Am* o *Em*
El.....	*Jape* (o *Atadchi*)	*Jaem, Lam, Slem,* etc.

La variante de la primera persona llama la atención porque se separa del tipo mataco, que gira alrededor de una *n* y se acerca al payaguá *Yam* (forma idéntica a la del dialecto de Cerviño).

Con pleno fundamento, Lafone Quevedo ha dicho que el vejoz es un codialecto del mataco en que han influído los caracteres gramaticales del tipo lengua-payaguá.

En vejoz, agua es *guag*, y en lengua la palabra *guas* significa lluvia, que envuelve la misma idea.

Los vejoces vivían en la margen izquierda del Alto Bermejo, y los límites geográficos de su lengua se extendían desde Orán hasta el río Leci al oeste.

Del vejoz conservaba un manuscrito d'Orbigny, que reprodujo y comentó Lafone Quevedo [1].

El nocten es uno de los dialectos del mataco o mataguayo, y de él tenemos como documento interesante un Padrenuestro. Es notable la riqueza de voces numerales, pues llegan a 40.

He aquí la estructura del verbo nocten :

Indicativo

Yo lo amo	*Na-nayej*
Tú lo amas.....	*Le-nayej*
El lo ama.....	*Nayej*
Nosotros lo amamos.....	*Ye-nayej* / *No-nayej*
Vosotros lo amáis	*Le-nayeyej*
Ellos lo aman.....	*Nayej*

[1] D'Orbigny-Lafone Quevedo, *Lenguas argentinas. Grupo Mataco-Mataguayo del Chaco. Dialecto Vejoz*, etc., en *Boletín del Instituto Geográfico Argentino*, tomo XVII, y folleto, Buenos Aires, Imprenta « Roma », 1896. Contiene un compendio gramatical y un vocabulario del vejoz.

Imperativo	
Que yo lo ame	*No-nayej*
Amalo	*Nayej*
Que él lo ame	*Ni-nayej*
Que lo amemos	*Ne-nayey* / *No-nayej*
Amadlo	*Nayeyej*
Que lo amen [1]	*Ni-nayej*

El padre Doroteo Gionnecchini sostuvo que el idioma de los chorotes o solotes (indios del Chaco occidental) es « un verdadero dialecto del mataco o nocten ». El conde E. von Rosen, que es el autor de la primera monografía científica sobre estos indígenas [2], ha observado que « el idioma de los chorotes parece distinguirse esencialmente de los idiomas de las tribus indias circunvecinas ».

El profesor Roberto Lehmann-Nitsche es de opinión — hoy generalmente admitida — que « la marcada afinidad del idioma Chorote con el Mataco no se interpreta de otra manera que considerando ambas lenguas como codialectos » [3].

[1] Véase el estudio de Lafone Quevedo, *Lenguas Argentinas. Grupo Mataco-Mataguayo del Chaco. Dialecto Nocten, Pater Noster y Apuntes por el padre Inocencio Massei Or. Seráfica, con una introducción y notas...*, en *Boletín del Instituto Geográfico Argentino*, Buenos Aires, 1896.

[2] *The Chorotes Indians in the Bolivian Chaco*, Estocolmo, 1904, trabajo que figura también en *Internationaler Amerikanisten-Kongress*, XIV, Stuttgart, 1904.

[3] *Vocabulario Chorote o Solote (Chaco occidental)*, en *Revista del Museo de La Plata*, XVII, páginas 111-130. En el tomo XXIII de la misma revista figura la *Introducción* de Lafone Quevedo a *El Choroti* de Richard J. Hunt.

CAPÍTULO XI

LENGUA GUARANÍ

Síntesis bibliográfica. — Los primeros trabajos acerca del guaraní propiamente dicho — que se hablaba en el Paraguay al tiempo de la conquista, y se ha denominado del Sur para distinguirlo del guaraní del Centro y del Norte del Brasil llamado tupí y tupinambá o «lingoa geral», cuya gramática escribió con anterioridad el padre Anchieta — se deben al padre Velázquez y son los titulados *Diccionario guaraní* (Madrid, 1624), *Tesoro de la lengua guaraní* (Madrid, 1624) y *Catecismo en lengua guaraní* (Madrid, 1640). El padre Alonso de Aragón publicó un *Vocabulario* del mismo idioma en 1624 (Madrid), pero mayor importancia reviste la obra del padre Antonio Ruiz de Montoya, *Arte y vocabulario de la Lengua Guaraní* (Madrid, J. Sánchez, 1640).

Cronológicamente, el primer monumento escrito del idioma en cuestión es el *Testimonio del Cathecismo y Oraciones de la lengua guaraní del Paraguay*,

de fray Luis de Bolaños. Su texto suscitó ruidosas discusiones filológicas e históricas. El padre Bolaños ejecutó este trabajo con la colaboración de sus compañeros y de un soldado. Debían aprenderlo de memoria los curas por resolución del sínodo diocesano, que congregó en la Asunción el obispo del Paraguay fray Martín Ignacio de Loyola. El *Catecismo* del padre Bolaños (1655) originó una larga y sonada controversia, por considerarse heréticas algunas palabras de su texto, que fueron tachadas por el obispo, en realidad con fundamento. El padre Roque González de Santa Cruz le añadió la versión de los artículos de la fe y la salve.

En 1640 el nombrado Ruiz de Montoya imprimió en Madrid su catecismo guaraní, en que copió el texto de Bolaños y de González de Santa Cruz. El mismo Montoya y el padre Pablo Restivo compusieron en 1684 un diccionario español-guaraní, con el título de *Phrases selectas y modos de hablar escogidos y usados en lengua guaraní,* complemento necesario del *Tesoro* del padre Ruiz de Montoya y del *Vocabulario* español-guaraní de Restivo.

El primer libro impreso en guaraní, aparte de los tratados gramaticales y catecismos, es la traducción por el padre José Serrano del libro de Juan Eusebio Nieremberg: «De la diferencia entre lo temporal y eterno» (1705), dada a la estampa en la imprenta que tenían los jesuítas en las Misiones

del Paraná y Uruguay (aunque en la portada del libro sólo dice « Impreso en las Doctrinas »).

Obra clásica y de gran mérito, a pesar de su método anticuado, es el *Arte de la lengua guaraní* por el padre Antonio Ruiz de Montoya, « con los escolios, anotaciones y apéndices del padre Pablo Restivo, de la misma Compañía. Sacados de los papeles del padre Simón Pandini y de otros. En el pueblo de Santa María La Mayor. El año del Señor MDCCXXIV ». Es obra casi exclusiva del padre Restivo, de tal manera está reformado y ampliado el texto primitivo.

El padre Restivo afirma que, en guaraní, todo nombre es indeclinable y que los casos no tienen preposiciones, sino por excepción. Señala la verdadera inclusión del verbo *ser* o *tener* en los verbos que resultan de nombres, explica el difícil punto de la transformación de los nombres en verbos, y sobre todo analiza con gran precisión y acierto el papel de las partículas en la oración.

En 1761 apareció el hoy rarísimo libro de Juan Alfonso Ocon, *Congregación y junta de personas doctas y peritas en la lengua guaraní, de los indios de las provincias del Paraguay,* etc., en el que se dan interesantes detalles sobre la apasionada polémica motivada por el *Catecismo* del padre Bolaños.

En la Real Imprenta de los Niños Expósitos de Buenos Aires se imprimió en 1800 un *Catecismo en*

castellano y en guaraní, por fray José Bernal, que gozó de bastante boga, como el anterior de Nicolás Tapugay.

D'Orbigny, en *L'homme américain* (1839), sustenta la tesis equivocada de que la lengua guaraní se compone de partículas o monosílabos. Pero lo cierto es que no todas las partículas son monosilábicas. D'Orbigny comete además el error de suponer que por medio de esas partículas « se expresan hasta las ideas más abstractas ».

El gran lingüista F. Müller declaró al tupí-guaraní fuera de la ley polisintética, cuando por el contrario es el prototipo de las lenguas incorporantes, en cuanto acusa la transición en su estado de segunda formación del análisis a la síntesis, o sea del monosilabismo a la aglutinación o incorporación equivalente de la polisintesis.

Juan María Gutiérrez compuso un análisis didáctico-literario de la lengua guaraní con tendencias filosóficas: *Algunas observaciones sobre las lenguas guaraní y araucana,* Buenos Aires, 1871, desglosado del tomo II de la *Revista del Río de la Plata.*

Adolfo Varnhagen en *L'origine Touranienne des Américains Tupis Caribes et des anciens Egyptiens* (Viena, 1876), relaciona el guaraní con el egipcio y a los guaraníes los considera pertenecientes a la raza caribe.

Otros autores, a los que se conoce con el nombre

de « panguaranistas », han dado un alcance desmesurado a la zona de influencia del tupí-guaraní, que para algunos llegaría hasta el mar Caribe y la península de Florida...

Lucien Adam publicó en París (1896) una obra intitulada *Matériaux pour servir à l'établissement d'une grammaire comparée des dialectes de la famille Tupí,* donde clasifica esa familia en cinco grandes grupos geográficos y lingüísticos: 1° *Abañeenga,* del Sur, que es el guaraní tal como se hablaba antiguamente en el Paraguay; 2° *Abañeéme,* o guaraní moderno, tal como se habla al presente; 3° *Abañeengas* del Norte, o sea el tupinambá antiguo, hablado en el Brasil; 4° *Ñeengatú,* o tupí moderno, hablado en todo el Brasil; 5° dialectos del tupí y del guaraní, que se hablan en las regiones del sur y del norte (tupí austral, apiaca, layowa, omagua, araguayú, chiriguano, oyampí, kamayurá, etc.).

Lafone Quevedo opinó que el guaraní es « propio del Paraguay y de las provincias brasileñas de Santa Catalina y Paraná y que en la comarca adyacente al Río de la Plata no es más que un incidente étnico ».

Según Bartolomé Mitre, « el idioma guaraní, en su triple forma y con sus diversos dialectos, se extendía desde el 23° de latitud norte hasta el 37° de latitud sur en la parte oriental de la América meridional a lo largo de sus grandes ríos y de su litoral

marítimo. Al tiempo del descubrimiento se hablaba en el Brasil, parte de las Guayanas, en los países del Río de la Plata y sus afluentes el Paraná y el Uruguay, en el Chaco por excepción, pero especialmente en el Paraguay, llegando en sus migraciones hasta el pie de los Andes bolivianos »[1].

Consideraciones generales. — Los guaraníes pertenecen al gran tronco tupí-guaraní, que se extiende casi sin solución de continuidad desde el Paraná al Amazonas, y aun más al norte, hasta el Maroni (Guayana francesa). Ellos se llamaban simplemente *abá*, hombres. El padre Guevara refiere la conocida tradición de los hermanos Tupí y Guaraní, leyenda que confirma el origen común y el próximo parentesco entre los tupíes y los guaraníes. Aunque el nombre « guaraní » significa « guerrero », no se caracterizaban, a decir verdad, por sus instintos belicosos.

El guaraní era hablado en tiempo de la conquista desde los 5° de latitud norte hasta los 75° de latitud oeste de Greenwich, o sea desde la cuenca del Orinoco a la del Plata, comprendiendo vastas zonas de la Argentina, Brasil, Paraguay, Uruguay, Guayana francesa y algunas partes del Perú, Bolivia y Ecua-

[1] Véase el estudio de José Toribio Medina, *Bibliografía de la lengua guaraní*, en *Publicaciones del Instituto de Investigaciones Históricas*, número LI, 93 páginas, Buenos Aires, 1930.

dor, como meras ramificaciones llegadas hasta los contrafuertes de los Andes bolivianos. Se denomina guaraní del sur a la lengua hablada en el Paraguay, Misiones y Corrientes para diferenciarla del tupí-guaraní o tupinambá del centro y norte del Brasil.

Aun hoy es sumamente difícil ofrecer un mapa definitivo de la distribución geográfica de los pueblos guaraníparlantes en el momento de la conquista de América, por la obscuridad casi completa en la historia de las relaciones precolombianas guerreras o comerciales, con los demás pueblos americanos. Alfredo Métraux, en *La civilisation matérielle des tribus tupí-guaraní* (París, 1928), es el autor que proporciona un mapa mejor fundado del área por la que estaban dispersos los pueblos guaraníes [1]. Lo que se sabe con certeza es que antes de la conquista del Río de la Plata por los españoles, los guaraníes del Paraguay habían invadido el Chaco, donde se establecieron y recibieron el nombre de chiriguanos, y a principios del siglo XVI cayeron en masa sobre las fronteras del imperio incásico. Pero se desconoce hasta ahora en qué época se iniciaron y en qué direcciones se sucedieron las migraciones de

[1] Véase también el importante estudio de A. MÉTRAUX, *Migrations historiques des Tupí-Guaraní... Contribution à l'étude des élements de culture d'origine mélanesienne en Amérique du Sud*, en *Journal de la Société des Américanistes*, tomo XIX, 1927.

los pueblos guaraníes, al paso que es fácil señalar la región que ocupaban los guaraníes costeros o vecinos a las rutas comerciales.

Los indios de los grupos mbayá-guaycurú y mascoi y los chamacocos, de lenguas diferentes, emplean el guaraní para entenderse o para comerciar con los paraguayos y brasileños.

Los guaraníes se dividían antiguamente en pequeñas hordas independientes unas de otras, que tomaban el nombre del cacique que las mandaba o del paraje en que vivían. Este es el origen — hace notar Azara — de la multitud de nombres que les dieron los conquistadores, como caracas, carios, mangolos, cainguas, tapís y otros.

Estado actual del estudio de la lengua guaraní

El guaraní es una lengua eminentemente onomatopéyica y metafórica y sus voces expresan en su mayor parte las circunstancias constitutivas de la idea que representan. Casi todos los objetos de la naturaleza están representados por palabras imitativas, que expresan ya el canto del ave, ya el bramido de la fiera, ya los gestos o costumbres de otros animales.

« Las raíces que en guaraní — dice Manuel A. Domínguez — nos llevan al subsuelo étnico, quizás

a la edad terciaria, son *hé*, expresión de las sensaciones gustativas; *ndú-ndú*, que todavía oímos en el resonar de las pisadas; y *¡ay!*, grito de dolor » [1].

El doctor Benjamín T. Solari ha hecho notar que « algunos buscan arbitrariamente la etimología de muchas voces guaraníticas sin considerar su valor onomatopéyico, o sea las impresiones sensoriales que traducen » [2].

La lengua carecía en un principio de las letras *f, j, k, l* y *ll*, pero en sus primeros encuentros con el castellano la *ll* era sustituída en guaraní por la articulación de equivalencia acústica *y;* ejemplo: caballo > *cabayú*, cebolla > *seboí*, morcilla > *mbusiá*, etcétera. Más tarde, después de afianzada la pronunciación *yeísta* en ésta y otras palabras, los guaraníes aprendieron a articular la *ll* y la *l*, hasta el punto de que el español hablado en la regiones guaraníticas del Paraguay y la Argentina es *lleísta*.

Como el guaraní carece de sistema propio de escritura, a menudo se hace imposible, con respecto a partículas que se escriben con las mismas letras españolas pero que deben pronunciarse de acuerdo con los signos gráficos convencionales establecidos por los guaranistas, traducirlas exactamente sin el

[1] *Raíces guaraníes*, en *Actas del XVII Congreso Internacional de Americanistas*, página 193 y siguientes, Buenos Aires, Coni, 1912.

[2] Carta de B. T. Solari al profesor Juan W. Gez, incluída en el folleto de este último, *Disquisiciones filológicas sobre la lengua guaraní*, Corrientes, 1915.

auxilio de la viva voz de quien sepa pronunciarlas. Y aun en este supuesto es todavía dudoso que en tal forma puedan ser traducidas exactamente, pues siendo arbitraria la creación de los signos prosódicos empleados por los primeros que trasladaron a la escritura la lengua indígena — para lo cual se valieron de elementos extraños (los de la escritura española y otros convencionales) — no podemos asegurar si dichos signos interpretaron bien los valores fonéticos antiguos ni tampoco si nosotros en la actualidad les damos el exacto matiz fonético que sus inventores quisieron atribuirles.

Uno de los aspectos característicos del guaraní es su infinidad de variaciones fonéticas, en muchas de sus partículas y voces, idénticas en su estructura gráfica según han llegado hasta nosotros.

Los guaranistas del siglo XVII, siguiendo a Ruiz de Montoya, han establecido que cuatro son las pronunciaciones originales existentes en esta lengua: *a)* nasal o «narigal», *b)* gutural, contrayendo la lengua hacia adentro, con acento largo sobre la *y*, en cuya letra siempre cae; *c)* que incluye las dos anteriores, y su acento sobre la *y* se pronuncia con la nariz e *in gutture*, juntamente; y *d)* gutural con contracción, que se hace con dos *y*, al fin de dicción, de las cuales la primera es gutural siempre.

Ahora bien, estas explicaciones resultan insuficientes para fijar definitivamente la prosodia de mu-

chas voces, que si bien son conocidas de los estudiosos en cuanto a su acepción y a su morfología convencional, ofrecen dudas en cuanto a la exactitud de sus valores fonéticos originarios. Respecto a la primera de las pronunciaciones, o sea la nasal, no hay discordancias ni inseguridad actualmente: es la que corresponde, por ejemplo, a las palabras *rai, tai* (diente), *cuñataí* (muchacha), etc. La segunda forma o gutural, tampoco es de difícil comprensión. Pero la dificultad es grande en lo que respecta a la tercera pronunciación, por ser de dudosa reproducción fonética actual, aunque habría sido fácil en su tiempo. Correspondería, verbigracia, a la palabra autóctona *pirayi* (palometa). La cuarta pronunciación es más vaga y difícil aún, no obstante la definición que de ella nos han dejado los escritores guaranistas, transcripta más arriba. Se sospecha que esta forma fué de imposible articulación prosódica para los extranjeros por más que hubiese sido corriente entre los indígenas. La palabra *pirayii* (río de las palometas), cuya pronunciación exacta resulta dudosa actualmente, es tal vez la que corresponde, en la pronunciación de *yii,* al cuarto « sonido extraño » de que hablan los escritores guaranistas.

En las misiones jesuíticas, los padres trataban de prescindir de todo hispanismo que no fuera indispensable para nombrar objetos aportados por la nueva cultura, pero por otra parte crearon neolo-

gismos o perífrasis ingeniosas con elementos del guaraní para expresar los conceptos más sutiles y profundos de la teología y la moral.

En el Paraguay no tardó en predominar la ortografía de los jesuítas, quienes aunque fueran de nacionalidades distintas escribían el guaraní con el alfabeto español. Esta uniformidad persistió hasta que los pueblos americanos se independizaron. Después la ortografía antigua fué olvidada y con el objeto de crear una nueva se reunió en 1867 en Paso Pucú (Paraguay) una convención de escritores guaraníes. Surgió así una ortografía práctica y de gran sencillez, pero que tuvo vida efímera. A partir de entonces han aparecido numerosos sistemas ortográficos, sin que haya faltado el intento de revivir la ortografía de los jesuítas. Entre esos sistemas merecen mención los de Bertoni (Moisés S. y Guillermo Tell) y Francisco Recalde.

Los sonidos que presentan mayores dificultades para su escritura en la actualidad son :

1° La sexta vocal guaraní (vocal mixta, inversa de la *u* francesa : labios en *i*, lengua en *u*);

2° La bilabial fricativa sonora, similar a la *b* española cuando no se halla en posición inicial ni precedida de *m* o *n*, como en lobo, cuba, subir, rubor, acabar;

3° La aspiración, semejante a la española de los siglos XVI y XVII. Se representa por *h* o *jh*;

4° En la escritura corriente ofrece dificultad el transcribir satisfactoriamente la *n* velar, que muchos representan por *ng*, lo cual presenta el inconveniente de que se confunden algunas voces, como *anga*, ahora, y *anga*, alma, que el guaraní-parlante distinguía perfectamente;

5° Tema de discusión es también la transcripción de la sibilante guaraní, prácticamente igual a la S predorsal de gran parte de la América hispana.

Los jesuítas transcribían *c* y *ç;* más tarde se empleó para el mismo fin la *z*, y hoy se escribe corrientemente *s*.

En guaraní todas las vocales pueden ser nasales. Con la llegada de los españoles se han introducido las letras y sonidos *rr, f, l, ll* y el signo *q*.

La influencia hispánica es tan profunda en el idioma a que nos referimos, según se habla modernamente, que algunos autores lo consideran como una especie de dialecto guaraní-castellano. Como ejemplo, pueden citarse las voces *vacá* (vaca), *nará* (naranja), *cabayú* (caballo), *seboí* (cebolla), etc., etc. Hay creación hispánica en vocablos originariamente guaraníes, como *quarepotí* (dinero), *hangá* (alma), *hangaipá* (pecado), *Tupá* (Dios), *ñande Yara* (nuestro dueño), *Tupasí* (madre de Dios, la Virgen) y muchos otros. Como los indígenas no podían pronunciar la jota, convirtieron Juan en *Chuá*, y el

guaraní no tiene *n* en los finales, como explica el padre Díaz Taño.

Entre los dialectos guaraníes más puros cabe citar el de los mbwihá del Paraguay, que, según J. Véllard y T. Osuna, contiene apenas un 5 por ciento de hispanismos [1].

Se pueden señalar tres épocas de infiltración de los hispanismos:

1ª La de la conquista y fundación de las primeras colonias;

2ª La de los comienzos de la vida independiente;

3ª La reciente, en que se multiplicaron las escuelas y llegaron al país gran número de inmigrantes, adquiriendo amplia difusión la palabra escrita merced al progreso del periodismo [2].

Como ejemplo ilustrativo, he aquí los hispanismos que comienzan con *y*:

Yaforrá	*Yeapreciá*	*Yegua*
Yajhogá	*Yedosobligá*	*Yegustá*
Yarquilá	*Yedesquitá*	*Yelée*
Yastrillá	*Yedibrasá*	*Yeliá*
Yatagán	*Yefogueá*	*Yeperdé*
Yatrasá	*Yegasta*	*Yepicá*

[1] *Remarques sur le dialecte des mbwihá*, en *Actas y trabajos científicos del XXV Congreso Internacional de Americanistas*, Buenos Aires, 1934, tomo II, página 258.

[2] Véase el trabajo de Marcos A. Morínigo, *Hispanismos en el guaraní. Estudio sobre la penetración de la cultura española en la guaraní, según se refleja en la lengua*, en *Publicaciones del Instituto de Filología de la Facultad de Filosofía y Letras*, Buenos Aires, 1931.

Yepichá	*Yeseguí*	*Yevalé*
Yepulseá	*Yeservi*	*Yofrecé*
Yepurgá	*Yesujetá*	*Yugo*
Yerrecepí	*Yetopetá*	*Yugosá*
Yerragalá	*Yetratá*	*Yunta*
Yesalvá	*Yetrosá*	

Como expresa Marcos A. Morínigo, « la influencia del español sobre el guaraní no se ha limitado al mayor o menor número de palabras que le dió en préstamo, sino que ha invadido también la morfología y la sintaxis ».

El mismo autor ha hecho notar que los caracteres distintivos del guaraní son : 1° extraordinaria riqueza de « morfemas » activos, afectivos, temporales, factitivos, adverbiales, pronominales, interrogativos, numerales, etc., propios de un idioma forjado más para la comunicación y la pura expresión poética que para la expresión de las ideas; 2° ausencia, en su sistema silábico, de grupos consonánticos que no sean *mb, nd, ng,* por lo cual la sílaba es siempre libre (o trabada por nasal en los únicos casos *mb, nd, ng*); 3° todas las vocales pueden ser nasales.

Manuel A. Domínguez, al estudiar metódicamente las raíces guaraníes, demostró cómo cada parte de la palabra y casi cada sílaba no sólo desempeña una función determinada, sino que conserva siempre autonomía y valor propio.

El doctor T. Alfredo Martínez, de Corrientes,

autor de la interesante obra *Orígenes y leyes del lenguaje aplicadas al idioma guaraní* (Buenos Aires, 1916), llegó a establecer las que él llama « células primordiales » de la lengua estudiada. Según su análisis, no solamente desaparecen todos los bisílabos, sino que todas las sílabas son reducidas a su vez, pues cada vocal expresa un concepto distinto (llegando el autor a indicar 21 vocales). Afirma el mismo tratadista que todas las consonantes tienen el valor de raíces, como generalmente también los acentos, o en definitiva, las vocales, los acentos y las consonantes serían las solas raíces verdaderas. Más que idioma considera al guaraní « un sistema filológico », según su expresión.

En la conservación íntegra, a través de los siglos, de sus partes constitutivas está lo que Moisés S. Bertoni llama fijeza de la lengua y su incorruptibilidad, « cualidades no absolutas, se entiende, pero poseídas de una manera cuando menos muy notable ». Debido a esta típica rigidez y poca plasticidad del guaraní en su mecanismo esencial — expresa Bertoni — tribus separadas por mil leguas de desierto y sin comunicación entre ellas hablan aún el mismo idioma, con diferencias poco apreciables, como los provincialismos de las lenguas europeas [1].

[1] Moisés S. Bertoni, *La lengua guaraní como documento histórico*, en *Annaes do XX Congresso de Americanistas*, tomo III, página 150.

CAPÍTULO XII

EL GUAYANÁ Y EL GRUPO KAIGANGUE-INGAIN

Según Hervás, el padre Díaz Taño escribió una gramática de la lengua gualacha o guayaná, que existía en la misión de la Candelaria en 1767.

El mismo autor dice que los guayanás reducidos en las misiones jesuíticas (y conocidos también con el nombre de *gualaches, gualachíes y guañanás)* « hablaban o aprendían la lengua guaraní, por lo que en ésta les instruían los misioneros, y no he hallado ninguno que dé noticia del carácter de la lengua guañana ». Anteriormente, el padre Lozano, en su *Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán,* había hecho notar que el guayaná difería muchísimo del guaraní, teniendo las letras F, J y H, a la vez que se caracterizaba por admitir « muda con líquida y doble ». Cabe agregar que se distingue también por la frecuencia del apócope, la síncopa y el cambio de letras.

De los indios canoeros o guayanás, dice Azara, en su *Descripción histórica del Paraguay,* que son

muy diferentes de los que en el Paraguay llevan este nombre siendo guaraníes.

Ramón Lista, en su obra *El territorio de las Misiones* (Buenos Aires, 1883), trae un vocabulario de 56 palabras de la lengua de los guayanás, recogido directamente por el teniente paraguayo Domingo Patiño y adicionado por el autor.

Este vocabulario difiere radicalmente del guaraní en todas y cada una de sus palabras. Según Lista, los guayanás habitaban los bosques occidentales del río Paraná, entre el paralelo Corpus y el río Monday.

Ambrosetti, al reunir los vocabularios de los kaigangue de San Pedro en Misiones y de los indios ingain, del Alto Paraná, pudo demostrar, por la comparación de ellos, que el guayaná es el mismo idioma ingain, o, por lo menos, uno de sus dialectos, que tiene algún parentesco con el kaigangue (o kaingangue) y debe ser clasificado en el grupo kaigangue-ingain [1].

En su obra *Materiales para el estudio de las lenguas del grupo Kaingangue (Alto Paraná),* publicada en Buenos Aires el año 1896 y en el *Boletín de la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba,* tomo XIV, Ambrosetti compiló cuatro vocabularios comparados de la lengua de los indios del Alto Paraná que

[1] Juan B. Ambrosetti, *Los indios Kaingangues de San Pedro (Misiones)*, con un vocabulario, Buenos Aires, 1895.

habitan cerca del Salto Guayrá, llamados ingain. A juicio de este autor pertenecían a la nación kaingangue de la misma región y a los coroados del Brasil, con cuyo idioma presenta algunas analogías que si no permiten determinar la identidad indican cierto grado de parentesco.

Sus vocabularios difieren algo por corresponder a distintas tribus, pero demuestran el origen común antedicho.

Los kaingangues, como ellos se llaman a sí mismos, son conocidos en Misiones con el nombre tradicional de tupís, aun cuando no corresponden al grupo guaraní, de cuyo idioma tienen algunas pocas palabras en el suyo. Es decir que se expresan en lengua propia.

Ambrosetti ha expuesto metódicamente dos vocabularios de ella : uno del kaingangue de Misiones, formado por el autor, y otro, recogido por el teniente brasileño Edmundo Barros, del kaingangue del Brasil, en el Pekiry, al Norte del Paraná, o sea de los coroados, como los llaman los brasileños. Son dos dialectos de origen común.

En suma, puede admitirse un grupo lingüístico kaingangue-ingain, al cual debe agregarse el guayaná de Misiones, que es casi idéntico al ingain.

Entre los indios del Alto Paraná (Misiones) figuran también los cainguás, acerca de cuya lengua hay que tener en cuenta lo que ha advertido Am-

brosetti : « Se ha dicho que los cainguás tenían un idioma especial, pero después de averiguar mucho, escribiendo vocabularios, me he convencido de que no hablan sino un simple dialecto del guaraní, o, mejor dicho, el guaraní mismo, más puro que el que hablan los paraguayos, pero hablado tan bajo y tan ligero que casi no se entiende » [1].

Según algunos autores, el nombre *Cainguá* contiene una referencia a la gran afición de estos indios por la popular bebida llamada mate. Su etimología parece ser la siguiente : *caa,* yerba; *i* o *ig,* agua (infusión de yerba); *guá,* dónde o de dónde, o sea, en total, literalmente, « cosa o lugar donde se hace la infusión de la yerba mate ».

[1] *Los indios Cainguá del Alto Paraná (Misiones)*, Buenos Aires, 1895.

CAPÍTULO XIII

LENGUAS RÍOPLATENSES O DEL LITORAL. EL COMPLEJO LINGÜÍSTICO GÜENOA-CHANÁ

En la época de la conquista habitaban los indios chanás o chanases en la margen derecha u occidental del río Paraná y en las islas del Uruguay, al norte del río Negro, hallándose rodeados de las naciones enemigas de los bohanes, por la parte septentrional y los yarós y charrúas por el sur. En tiempo de Azara eran unas cien familas, de idioma distinto al de los charrúas, según el nombrado autor.

Cuanto se sabe de la lengua de los chanás y de sus caracteres étnicos constituye una prueba de que no pertenecían a la raza guaraní.

Como ha dicho Lafone Quevedo [1], ningún argumento se opone a la hipótesis de que los chanases y las timbúes pudiesen reconocer un sólo origen étni-

[1] *Los indios Chanases y su lengua, con apuntes sobre los Querandíes, Timbúes, Yarós, Boanes, Güenoas o Minuanes y un mapa étnico,* en *Boletín del Instituto Geográfico Argentino,* XVIII, 1, 2 y 3, Buenos Aires, 1897, y folleto.

co y lingüístico, sabiéndose, por ejemplo, que unos y otros tenían la costumbre típica de horadarse las narices.

Sobre los indígenas de referencia dejó un valioso manuscrito el padre Dámaso A. Larrañaga, con el título de *Compendio del idioma de la nación Chaná*, que Lafone Quevedo publicó, resumido, en 1897, y más tarde, *in extenso*, Luis María Torres, en *Los primitivos habitantes del delta del Paraná* (Buenos Aires, 1911).

Según el padre Larrañaga, la lengua chaná es gutural y nasal. Las partículas pronominales se prefijan y algunas, las menos, se sufijan, en lo cual Lafone Quevedo y otros autores han visto un parentesco con los idiomas del Chaco, tipo toba-guaycurú.

Los pronombres personales son :

Singular		Plural	
Yo.....	*Yti*	Nosotros.....	*Amptí*
Tú.....	*Emptí*	Nosotras.....	*R'amptí*
El o aquél..	*Huatí*	Vosotros.....	*Emptí*
		Ellos o aquéllos..	*Huatiguát*

El *tí* o *pti* se pierde en combinación, lo que equivale a decir que es desinencia demostrativa, partícula que, por otra parte, se halla también en el mocoví.

Los únicos sonidos guturales del chaná son *j* y *k;* faltan las letras *f, ll, ñ, z.*

Los verbos auxiliares son cuatro :

Ti-ten (ser o estar)
Ti-na (venir)
Ti-len (ser o estar; menos usado)
Ti-do (ir)

La terminación *dan* es nota de pretérito; así, de *ti geppian,* sembrar, resulta la inflexión *geppiandán,* sembró.

El plural se forma con la terminación *guát;* v. gr. : *huatí,* aquél; *huatiguat,* aquellos.

Los artículos son : *au,* que equivale al castellano el, la, lo, los, las; y *ti,* que precede siempre a los verbos. Cuando el substantivo empieza con *u,* el artículo *au* toma la forma sincopada *a*. La partícula *kái,* (de *ukái,* hembra), agregada al substantivo, denota el género femenino (ejemplo : *uamá,* amigo; *uamakái,* amiga). Los numerales son cuatro, pero sólo se conocen los dos primeros : *gil,* uno; *san,* dos. Al cinco llamaban cuatro y uno; al seis, cuatro y dos. Desconocían la decena, pero luego adoptaron la palabra castellana diez, añadiéndole la terminación enfática *mar,* o sea *diezmar*. Todos los infinitivos de los verbos llevan antepuesto el artículo *ti* y presentan gran diversidad de terminaciones, verbigracia : *ti da* (buscar), *ti na* (ver), *ti sola* (mirar), *ti motéc* (escuchar), *ti seker* (conocer, entender, saber). Existen tres verbos negativos : *itrres,* no querer; *nihir,*

no haber; *jumen,* no poder. En las frases interrogativas, el verbo final termina en *i* (que se agrega al verbo si éste acaba en vocal o que reemplaza su última letra, si ésta es consonante). Para conjugar el verbo ser, basta anteponer al infinitivo invariable *ten* (que significa ser o estar) los diversos pronombres personales, pero en su forma apocopada. Yo soy o estoy bueno, se dice:

Y latár ten
Yo bueno soy o estoy

En forma análoga se procede con los demás verbos. El adverbio de negación es *daamen,* no, que en la conversación se apocopa en *men*. Se conocen las preposiciones *gue* (en) y *pat* (a).

La lengua de los güenoas fué una de las más difundidas al este del curso del Uruguay, y el padre Sánchez Labrador, según Hervás, aludía a los manuscritos redactados en dicho idioma indígena « para utilidad de los misioneros » que quedaron en 1767 en la reducción de San Francisco de Borja.

« Dadas las fuentes insospechables de información — dice el profesor Félix F. Outes — utilizadas por Hervás y la base lingüística en que apoya sus afirmaciones, juzgo las vinculaciones étnicas que esboza como aceptables, y por lo tanto, al Güenoa como una pauta excelente para establecer la filiación probable de ese grupo de lenguas indíge-

nas ríoplatenses que hasta ahora aparecían aisladas, ya por no haberse conservado elemento alguno lexicográfico o por faltar el término imprescindible de comparación que ahora por la buena observancia de un simple procedimiento heurístico ha podido obtenerse sin mayores dificultades » [1].

El profesor Outes considera al güenoa « estrechamente vinculado al Chaná », y aduce en prueba de ello diversas analogías léxicas, como éstas :

Güenoa		Chaná	
Guar-ete *Guarete*	= ¿quién es?	*Guarpti* *Guarepté*	= ¿quién es?

En el *Saggio pratico delle lingue*, del abate Hervás, hay un fragmento de catecismo en lengua güenoa, que empieza :

Mana hum Tupa amat tei	Dimmi : c'è Dio?
An : Tupa amat onat.....	Si : Dio c'è
Tupa retant atei.....	Dii quanti sono?

Otras voces güenoas conocidas son las siguientes: *an* (si), *onat* (qué), *retant* (cómo o cuántos), *retanle* (por cuál), *yut* (uno), *delil* (tres), *rambui* (nosotros), *ineu* (hijo), *hallen* (morir).

En su *Catálogo* dice Hervás que « los minuanes y los charrúas tienen lengua algo diferente de la que hablan las tribus de la nación Güenoa ».

[1] *Sobre las lenguas indígenas ríoplatenses*, en *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, tomo XXIV, página 233, 1913.

Como ejemplo de voz minuán puede citarse la de *Baumarahate* o « Cerro Frío », nombre primitivo del arroyo Marmarajá (Departamento de Minas, Uruguay).

Hacia 1898, el señor Benigno T. Martínez quiso vincular, aunque sin fundamento, la lengua de los charrúas a los idiomas patagónicos, basándose en ciertas palabras que un misionero (Tape) había oído de boca charrúa.

« Cual haya sido la lengua de los timbúes, corondas, etc. — ha escrito Lafone Quevedo — no sabemos, pero, de ninguna manera, podemos admitir que fuera la guaraní » [1]. Cree probable que su lengua pudiese ser algo análoga a la de los chanases. El mismo autor identifica a los caltis con los calchines, cuya lengua tampoco se conoce. Podía tener parentesco, quizás, con el idioma abipón y el chaná. Los citados calchines vivían cerca de Santa Fe y tenían por vecinos a los mocoretás, colastinés y timbúes.

En conclusión, como expresa el profesor Outes, « debe aceptarse como un hecho la unidad lingüística del gran complejo Güenoa-Chaná (Güenoa, Yaro, Bohane, Charrúa, Minuán, Chaná-Begúa y Chaná-Timbú) ».

[1] *Los indios chanases y su lengua*, obra citada.

La tesis del profesor A. Serrano sobre la lengua charrúa. — Con gran acopio de sólidos argumentos, el profesor Antonio Serrano, director del Museo de Entre Ríos, sostiene la vinculación de la lengua charrúa con el kaingangue [1]. A la vez ha demostrado la inconsistencia de las hipótesis según las cuales la lengua citada sería el guaraní o tendría parentesco con los idiomas chaqueños. He aquí algunas de las pruebas que aduce : se sabe positivamente que desde principios de la conquista, el guaraní era hablado por algunos charrúas, pero como lengua de trato, y en 1745 el padre José Cardiel predicaba a los charrúas de Entre Ríos « en lengua guaraní, que casi todos los adultos entienden » *(Diario del viaje y misión al río Sauce realizado en 1748)*. Charlevoix, en su *Historia del Paraguay*, consignaba a mediados del siglo XVIII que los güenoas eran confundidos con los gualachíes o guayanás de Misiones y que había muchas razones para pensar que ambos pueblos reconocían un origen común. Azara dice, refiriéndose a los charrúas y minuanes que en su tiempo merodeaban al N. del río Negro : « hablan guaraní, pero tienen idioma particular muy gutural ». También d'Orbigny subraya la pronunciación dura y gutu-

[1] Véanse sus eruditos trabajos : *Etnografía de la antigua provincia del Uruguay*, Paraná, 1936, página 112 y siguientes ; *Filiaçao linguística serrana*, en *Revista do Instituto Histórico e Geográfico do Rio Grande do Sul*, 1er trimestre, 1936, páginas 103-108.

ral de la lengua en cuestión, que le hizo recordar la de los puelches (idioma *het)* y las de los mocovíes y tobas, sin hallar empero otras analogías. Observa el profesor Serrano que algunos autores han visto erróneamente un fundamento para afirmar la filiación étnica guaraní de los charrúas en la toponimia guaranítica del territorio uruguayo y entrerriano. Por otra parte, el güenoa, lengua de la familia yarobohán-charrúa-minuan, tampoco ofrece semejanza alguna con el guaraní, si se ha de juzgar por el breve fragmento exhumado por Outes. Avanzando aún más en su concepción, cree el etnógrafo Serrano que el charrúa y el kaingangue derivan de un tronco lingüístico común. La comparación de palabras chanás, güenoas, kaingangues y guaraníes (basándose en el *Diccionario kaingang-portugués* de Mansueto Barcatta de Val Floriana, San Pablo, 1920) le ha permitido afianzar su hipótesis, o sea la falta de toda vinculación entre el guaraní y los otros idiomas mencionados. En mérito de las consideraciones precedentes, no se justifica tampoco la calificación de *lengua aislada* que han dado al charrúa Paul Rivet, W. P. Schmidt y otros autores.

CAPÍTULO XIV

LA HIPOTÉTICA LENGUA CHECHEHET, PAMPA BONAERENSE EL IDIOMA DE LOS GENNAKENS

Cotejando las descripciones dejadas por los padres jesuítas Falkner, Hervás y Dobrizhoffer, el doctor Roberto Lehmann-Nitsche ha inferido que además de los idiomas araucano y puelche (éste en el concepto de d'Orbigny) se habló en las vastas pampas de la actual provincia de Buenos Aires, hasta fines del siglo XVIII, otro desconocido de los americanistas, por los chechehet y por indios que vivían entre los diuihet, tribu evidentemente araucana.

Para caracterizar claramente esas tres lenguas y a los aborígenes que las hablaban, el nombrado autor se valió de los términos indígenas *-che, -künnü* y *-het,* respectivamente, palabras que significan gente en los idiomas araucano, puelche y en el nuevo cuya independencia ha establecido.

Al idioma *het* lo considera como grupo lingüístico, « con el fin de dejar constancia bien clara —

dice Lehmann Nitsche — de que estábamos en presencia de una lengua que nada tenía que ver con sus convecinas » [1].

Reconoció la conveniencia de dar a la lengua aislada que había llamado *-het* el nombre de la última horda de indígenas que la hablaba como propia; y éstos eran los chechehet.

Sólo la postrer sílaba pertenece al idioma que designa, siendo *cheche,* probablemente, voz de la lengua *-künnü*, equivalente al puelche, en el sentido de d'Orbigny, donde existe con la acepción de tuco-tuco, que es el nombre del roedor *ctenomys*.

Muy escasos y tan sólo léxicos son los fragmentos del supuesto idioma chechehet que pueden entresacarse de las obras de los tres misioneros susodichos, y así lo reconoce su propio descubridor. Consisten en diez voces simples y cinco compuestas, a saber:

Casu (sierra)
Chu (país)
Gleter (padre)
Hati (alto)
Het (hombre)
Ma (mío)
Maikel (zorrino)
Meme (madre)

[1] *El idioma Chechehet (Pampa bonaerense). Nombres propios,* en *Revista del Museo de La Plata,* tomo XXXII, 1930.

Tehuel (significado discutible, tal vez sur)
Ya (cacique)

Guali-chu (espíritu maligno)
Soi-chu (espíritu grande)
Soi-chu-het (muerto, alma)
Casu-hati (sierra alta)
Ya-hati (cacique alto)

Las dos últimas palabras son los nombres indígenas de la Sierra de la Ventana y del último capitanejo de los diuihet, respectivamente. Puede añadirse el término *tehuel-chu,* que significaría, quizás, país del sur.

Fué en 1918 cuando Lehmann-Nitsche dió a la publicidad los resultados de su hipotético descubrimiento lingüístico, en los *Anales de la Sociedad Científica Argentina (El grupo lingüístico -het de la Pampa argentina. Sinopsis preliminar,* tomo LXXXV, páginas 324-327). Más tarde publicó un extenso estudio sobre la misma cuestión en la *Revista del Museo de La Plata (El grupo lingüístico -het de la Pampa argentina,* tomo XXVII, páginas 10-85, 1922). Fundándose en las conclusiones de este segundo trabajo, el mismo autor publicó otro titulado *Bases para la toponimia indígena de la Patagonia,* en *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras.* Además expuso los resultados de sus estudios en un breve artículo que presentó al XXI Congreso Internacional de Americanistas, de

Göterborg [1]. Cuando el doctor Lehmann-Nitsche preparaba su trabajo definitivo sobre el idioma chechehet, vió en el Museo Histórico Provincial de Córdoba un ejemplar completo de la primera edición del mapa de don Juan de la Cruz Cano y Olmedilla, del año 1775, donde figuraba el nombre topográfico Secauchu, suprimido en la segunda edición, nombre perteneciente a la lengua chechehet, con toda probabilidad.

En un trabajo publicado en 1930 [2], el citado autor amplió el muy reducido número de voces conocidas del chechehet con estas otras :

Cucal, componente inicial de dos apelativos indígenas : *Cucal -tec* y *Cucal-tiam,* de significado completamente desconocido.

Doque, voz de significado igualmente desconocido. Compuesta con el sufijo *-tec,* es nombre de un indígena. (Doquetec se halla en el mencionado mapa de Cano y Olmedilla).

-tec, -tiam, componentes finales de dos nombres indígenas cuyo sentido se ignora en absoluto.

Bajo la denominación de *-het,* el nuevo idioma de referencia ha sido incorporado por el doctor

[1] *Das Chechehet, eine isolierte und ausgestorbene, bisher unbekannte Sprache der argentinischen Pampa,* en *XXIe Congrès International des Américanistes* (sesión de Göterborg, 1924, páginas 581-583, publicado en 1925).

[2] *El idioma Chechehet (Pampa bonaerense),* en *Revista del Museo de La Plata,* tomo XXXII, páginas 277-291, estudio citado.

Paul Rivet y e padre doctor W. Schmidt en sus obras respectivas: *Langues américaines* (en Meillet et Cohen, *Les langues du monde*, págs. 658-704, París, 1924) y *Die Sprachfamilien und Sprachkreise der Erde*, atlas (pl. VI y texto, pág. 262, Heidelberg, 1926), pero hasta el presente no cabe sino concederle valor hipotético y provisional, por dos razones fundamentales: la existencia de la desaparecida lengua chechehet se apoya sólo en una decena de vocablos de ortografía dudosa y de pronunciación desconocida, siendo aún más inseguras las otras voces añadidas después. En segundo lugar, Lehmann-Nitsche se ha basado ante todo para sostener la existencia del nuevo grupo lingüístico en el texto de Falkner, autor a cuyo testimonio la crítica contemporánea asigna valor escaso o nulo [1].

La lengua de los gennakens, antiguos pampas, ha sido estudiada por Francisco P. Moreno, en sus *Recuerdos de viaje en Patagonia* (Montevideo, 1882). Dice el célebre naturalista que conservaban la tradición de haber habitado las llanuras bonae-

[1] Véase Juan Benigar, *La autoridad del Padre Falkner*, conferencia remitida a la Junta de Historia y Numismática Americana, donde la leyó el señor Félix de San Martín el 25 de septiembre de 1926; publicada en el *Boletín* de la Junta, tomo III, página 67 y siguientes. « La breve gramática de Falkner — dice Benigar — es un galimatías superficial y lleno de errores, que no son errores de imprenta. La traducción de muchos vocablos y frases es falsa ».

renses próximas al río de la Plata. Raza hoy extinguida, algunos de sus representantes vivían al norte de la Sierra del Tandil hasta hace medio siglo. Se parecían físicamente a los patagones, pero hablaban una lengua bien diferente. « No viven en la Patagonia — dice Moreno en su obra citada — más de 20 individuos verdaderos Gennakens ».

de aquí *moluche)* significa guerrear y que, en consecuencia, *moluche* debe traducirse por «gente guerrera», falsa interpretación que ha persistido hasta nuestros días y que ha refutado definitivamente el erudito profesor Lenz. En realidad no es *molu,* sino *gulu,* o esporádicamente *golu,* con la *g* araucana, que algunos escriben *ng*. No significa guerrero, sino Occidente y su grafía correcta es *guluche*.

En general, todos los trabajos gramaticales que se han escrito sobre la lengua araucana tienen su punto de partida y su molde primitivo en la obra de Luis de Valdivia, *Arte y gramática general de la lengua que corre en todo el Reyno de Chile, con un Vocabulario y Confessionario,* cuya primera edición es rarísima [1].

Valdivia reaccionó en parte contra la tendencia habitual de reducir las lenguas americanas a las normas de la gramática latina. Hizo notar que el verbo araucano procede por yuxtaposición, como en los demás idiomas indígenas, pero que además todo sustantivo puede convertirse en verbo, así como los verbos en nombres, de manera que este elemento gramatical determina el círculo dentro del cual gira toda la estructura del idioma, subordinando a él todas sus partes componentes. Con arre-

[1] La segunda edición data del año 1606, impresa en Lima, por Francisco del Canto. Hay una edición facsimilar por Julio Platzmann, Leipzig, B. G. Teubner, 1887.

glo a las reglas establecidas por Valdivia, todas las funciones gramaticales — como ha observado el abate Molina — están sujetas a esta metamorfosis. Del modo de adaptarse los pronombres al verbo en su conjugación, o sea la acción que pasa de una persona a otra, o a varias entre sí, o recíprocamente, infirió el padre Valdivia la teoría por él llamada de las « transiciones », nombre que ha subsistido en la nomenclatura de los araucanistas [1].

La comparación del araucano propiamente dicho con el huilliche o *beliche* le llevó a establecer las siguientes analogías y diferencias : *a)* La partícula *que,* puesta entre el sustantivo y el adjetivo, designa la pluralidad ; *b)* En los pronombres posesivos hay variedad ; *c)* Algunas de las partículas que modifican las palabras, no son usadas por los huilliches ; *d)* Con frecuencia caen las letras por aféresis, quedando en el huilliche tan sólo la inicial del vocablo, como sucede en *lac*, usado por los mapuchos para modificar la acción del verbo, que en el mamullmapuc queda reducida a la ele ; *e)* En los numerales que se convierten en adverbios hay algunas diferencias, lo mismo que en los acentos, pues éstos entre los huillilches son agudos, mientras que

[1] Bartolomé Mitre, *Lenguas americanas. Estudio bibliográfico-lingüístico de las obras del padre Luis de Valdivia sobre el Araucano y el Allentiak, con un vocabulario razonado del Allentiak,* Talleres del Museo de La Plata, 1894.

en el araucano son graves, como sucede en *mapú* y *mapu*.

Después de Valdivia se adelantó en la teoría gramatical, sobre todo en el método didáctico y en la parte sintáctica, que en su tratado es deficiente. Aventaja a su obra la de Bernardo Havestadt, *Chilidúgu sive tractatus linguae chilensis* (edición facsimilar, por Julio Platzmann, Leipzig, B. G. Teubner, 1883), quien eleva el alfabeto araucano a 35 letras, que representan, en su concepto, distintos sonidos en virtud de los cuales varía la significación de las palabras: entre ellos, la *u*, establecida ya por Valdivia; la *ç*, además de la *s*; dos *g*, (una con acento y otra sin él); dos *ll*, dos *n*, dos *t*, y la *v* además de la *b*.

Andrés Febres, en su *Arte de la lengua general de Chile, un vocabulario hispanochileno y un calepino chilenohispano* (primera edición, Lima, 1765), observó que, en términos generales, existe una cierta tendencia de acentuación en la última sílaba, cuando ésta termina en consonante, y en la penúltima cuando la palabra termina en vocal.

Importantes trabajos son los de L. Darapsky, *La lengua araucana* (Santiago de Chile, 1888); Rudolf Lenz, *Estudios araucanos* (11 tratados), en *Anales de la Universidad de Chile*, tomo CXVII, Imprenta Cervantes, 1895-1897; Félix José de Augusta, *Gramática araucana* (1903) y *Diccionario araucano-espa-*

ñol y español-araucano (Santiago de Chile, Imprenta Universitaria, 1916). Por lo que respecta a nuestro país, cabe citar el bien documentado estudio de Pablo Groeber, *Toponimia araucana,* en *Anales de la Sociedad de Estudios « Gaea »*, tomo II, Buenos Aires, J. Peuser, 1926.

Hace medio siglo, don Santiago Avendaño, el coronel Eugenio del Busto, el teniente coronel Federico Barbará y don Ventura R. Lynch, argentinos los cuatro, lograron aprender el araucano merced a su contacto con los indios y colaboraron en la formación de un diccionario, que recopiló principalmente el nombrado en último término.

La población indígena del sur de Mendoza y del Neuquén (prescindiendo de numerosos araucanos « ranqueles» y chilenos que se radicaron en esa zona después de la campaña del general Roca) pertenece a cuatro grupos, que son los mencionados más arriba : pikunche (literalmente Norte-gente); pehuenche (pino-gente); manzaneros y huilliche (Sur-gente), y en el Sudeste de Mendoza, algunos rankul-che (carrizo-gente) [1].

Los estudios más recientes hechos por los araucanistas permiten llegar a las siguientes conclusiones :

1ª Aunque el araucano es una lengua de gramá-

[1] En araucano, el carrizo, especie de caña fuerte, se dice *sanquel,* o más correctamente *zagkül.*

tica sencilla y clara, la acentuación de las palabras que componen su vocabulario resulta fluctuante y algo complicada. La suposición de que se encuentre siempre o con preferencia sobre las sílabas terminales es errónea, y sólo cabe admitir la tendencia general relativa a la acentuación establecida por Febres, que ya se ha indicado;

2ª Como notó Augusta por primera vez, es impropio el vocablo *elu* para base de los paradigmas de la conjugación, pues que aplicando a *elu* las llamadas terminaciones verbales obtiénense muchas formas inexistentes y enteramente falsas;

3ª Los dialectos araucanos que emplean una especie de *z* por la *d* de los demás, también cambian el sonido *v* por *f*, y son los de todo el sur araucano, chileno y argentino;

4ª Cada uno de los cuatro núcleos étnicos citados (pikunche, pehuenche, huilliche y rankulche), al sur de Mendoza y del Neuquén, tiene un dialecto distinto que pasa lateralmente con transiciones al de los vecinos, de modo que el dialecto de los pehuenches y manzaneros forma el puente entre los extremos pikunche y huilliche;

5ª Mientras que el pikunche (y el rankulche, que es muy parecido) tiene consonantes suaves y vocales sonoras, el huilliche prefiere sonidos cortantes, y particularmente consonantes fricativas y sibilantes;

Por ejemplo:

	Pikunche	Peuenche del río Agrio	Peuenche del Aluminé	Huilliche
Río	*lahuö, lehue*	*leuve*	*leufú*	*leufüe*
Grande .	*vota,v(u)ta*	*v(ü)ta*	*v(ü)ta, feta*	*füicha*
Lago ...	*lauken*	*lavken*	*lafken*	*laufken*
Caliente.	*kohun*	*kovun*	*kofun*	*kefin, k(ü)fün* [1]

6ª Hoy se admite que diversos nombres topográficos de la región comprendida entre los paralelos 32° y 42° (provincia de Mendoza y territorios de Neuquén y Río Negro) — como Atuel, Pircala, Lirka, Limay, Huincam, Lácar, etc. — que resisten a toda explicación por medio del araucano, proceden de otros idiomas, preferentemente del quechua y del aymará.

La cuestión se torna compleja debido a que muchos de tales nombres geográficos se han transformado en boca de los araucanos hasta hacerse irreconocibles. Puede aceptarse que la influencia de los incas y sus rutas de intercambio comercial, guardadas seguramente por tropas quechuas y aymarás, ha de haber llegado en el lado oriental de la Cordi-

[1] Ejemplo de P. Groeber, *Toponimia araucana*.

llera hasta la región del Nahuel-Huapí y por el oeste hasta el Bío-Bío superior.

Como bien expresa Groeber «cada día se hace más difícil averiguar con certeza el verdadero significado de los nombres indígenas de los accidentes de terreno del sur de Mendoza, del Neuquén o del norte de la Patagonia. A medida que progresa la absorción de la población araucana, se borra entre ella la tradición ligada a cada lugar y su nombre, y se desvanece el recuerdo del sentido de palabras poco usadas, acaso sustituídas en parte por términos españoles» [1].

Para los nombre geográficos más comunes entre los grados 32 y 40 debe recordarse el significado de los siguientes términos araucanos:

Alhue, el ánima maléfica.
Aren, quemarse.
Ata, malo, perverso.
Atreu, frío.
Curá, piedra.
Ché, gente.
Choroi o choyoi, llareta (planta, *laretia acaulis*).
Chos, amarillo.
Hue, lugar donde hay...
Huapi, isla, claro en la selva.
Kalku, brujo.
Ko, agua.
Lavken, lauken, lago.

[1] *Op. cit.*, Introducción.

Limai, crustáceo decápodo, camarón marino *(Hippa cremita* Gay).
Luan, guanaco.
Mahuida, cerro.
Malal, corral.
Nahuel, tigre.
Pichi, chico.
Rankul, carrizo.

CAPÍTULO XVI

EL GRUPO LINGÜÍSTICO TSH'ON. EL TEHUELCHE

En el XVII Congreso Internacional de Americanistas, reunido en Buenos Aires (del 17 al 23 de mayo de 1910), el doctor Roberto Lehmann-Nitsche propuso agrupar los dialectos del idioma hablado en la Patagonia y en la Tierra del Fuego bajo la denominación general de *Tsh'on,* palabra indígena que en sus diferentes variantes significa hombre, gente, pueblo, y que se halla hispanizada en términos geográficos como Chonos.

Las tribus principales que componen este grupo son los aónükünk de la Patagonia oriental, más conocidos bajo el nombre de tehuelches; los tähuüsh o tehuess de la Cordillera austral, hoy desaparecidos; los shilknam, del norte de Tierra del Fuego; y los manekenkn (extinguidos), del sudeste de la misma isla.

El término *ona,* bajo el cual las dos últimas tribus citadas son generalmente conocidas, es una corrupción de *Tsh'on,* debida a sus vecinos los

yámana (yaghan) y comunicada por éstos a los misioneros europeos.

Tomás Falkner, a principios del siglo XVIII, oyó hablar de los tähuüsh y los cita como peyus o keyus. Un vocabulario de su dialecto fué apuntado por Carlos Ameghino y estuvo en poder de Lehmann-Nitsche.

Por la comparación de los diferentes vocabularios de la sección patagónica del grupo *Tsh'on,* — a partir del de Pigaffeta — resulta que las voces cambian semánticamente o de significado y que cada dialecto es poco estable, hecho observado hace tiempo por Francisco P. Moreno [1].

Lehmann-Nitsche apuntó el vocabulario de los shilknam (estudiado también por el padre Beauvoir) y acerca del dialecto de los manekenkn existe el glosario de Lucas Bridges.

Hemos visto ya que Paul Rivet ha establecido en forma irrebatible la conexión léxica del grupo *Tsh'on* con los idiomas de la Australia oriental y de Tasmania, en sus estudios originales sobre las correlaciones de grupos lingüísticos americanos con grupos extracontinentales. A esta tesis ha hecho algunas objeciones Trombetti, quien sin embargo reconoce

[1] Véase Félix F. Outes, *Vocabularios inéditos del Patagón antiguo,* en *Revista de la Universidad de Buenos Aires,* tomo XXI, página 474 y siguientes, documentos hallados por el autor, a principios de 1913, en el departamento de manuscritos del Museo Británico.

y ha estudiado el parentesco entre el australiano y el tasmanio [1]. Las pruebas etnográficas de la referida relación australiano-sudamericana se basan en los trabajos de W. Schmidt, de Guillermo Koppers, *Die Frage der eventuellen alten Kulturbeziehungen zwischen dem südlichsten Südamerika und Südostaustralien,* en *Proceedings of the tweenty third International Congress of Americanists, held at New York, september 17-22, 1928* (Nueva York, 1930, págs. 678-686); de Georg Friederici, *Die vorkolumbischen Verbindungen der Südsee-Völker mit Amerika,* en *Mitteilungen aus den deutschen Schutzgebieten* (Berlín, t. XXXVI, fasc. I, págs. 27-51, 1928, y en *Anthropos,* t. XXIV, págs. 441-487, 1929), y del propio Rivet (particularmente en su estudio *Recherche d'une voie de migration des Australiens vers l'Amérique,* en *Compte-rendu sommaire des séances de la Soc. de Biogéographie,* Paris, 3ème année, nº 18, págs. 11-16).

El primer vocabulario tehuelche o patagón figura en el libro *Le chev? Pigafetta, Premier voyage autour du monde, sur l'escadre de Magellan, pendant les années 1519, 20, 21 et 22. A Paris, l'an IX* (1800). El vocabulario de Pigafetta se publicó en 1904, según un manuscrito auténtico, en la *Raccolta di documenti*

[1] Véase *I linguaggi estinti della Tasmania,* en *Rendiconto delle sessioni della Reale Academia delle Scienze dell'Istituto di Bologna,* Bolonia, 2ª serie, tomo X, páginas 69-98, 1925-1926.

e studi pel quarto centenario dalla scoperta dell'America, parte V, volumen III (Roma).

En 1780, el intendente de Patagones, Antonio Viedma, formó un catálogo de 285 palabras del tehuelche, que consignó en su *Diario de viaje a la costa patagónica,* incluído en la colección de documentos de Pedro de Angelis (t. VI). Concuerda en unas diez voces idénticas o análogas con el vocabulario de Pigafetta.

En la primera mitad del siglo XIX, d'Orbigny recogió palabras tehuelches en las márgenes del río Negro e incluyó en un grupo a los patagones y a los pehuelches, designándolos con el calificativo de « naciones » por hablar distintas lenguas. Para dicho autor, patagones es sinónimo de tehuelches, y además identificó hipotéticamente a los pehuelches con los querandíes o pampas.

Después de d'Orbigny, que recogió 23 palabras del tehuelche, arribó al río Negro la expedición norteamericana del capitán Wilkes, de la que formaba parte el filólogo Horacio Hale, quien señaló cuatro tribus — ancases, pampas, tehuelches y chilenos o araucanos — que hablarían distintos idiomas y dialectos, desconocidos para él, según expresara.

También formaron vocabularios del tehuelche el viajero chileno Cox y el naturalista argentino Francisco P. Moreno, cuyas diferencias, en unos casos,

sólo proviene de un cambio de letras y de la ausencia de un afijo, como lo hizo notar Lafone Quevedo.

Moreno, en su *Viaje a la Patagonia Austral* (Buenos Aires, 1879), incluye un copioso vocabulario castellano-tehuelche, y advierte que, como se trata de una lengua hablada y no escrita, está sujeta a «variaciones ilimitadas». Entre esos indios — añade — los nombres de las cosas mueren cuando muere el que los ha usado.

El explorador argentino Ramón Lista formó directamente un vocabulario de 145 palabras y, comparándolo con los demás existentes, demostró que en el espacio de tres siglos el tehuelche no había experimentado modificaciones esenciales. Dicho vocabulario figura en su obra *Una raza que desaparece. Los indios Tehuelches. Estudio etnológico,* etc. (Buenos Aires, 1894). Considera Lista que en cuanto a riqueza de lenguaje, el tsoneca sigue inmediatamente al quechua y al guaraní.

El estudio más completo y mejor fundado de la lengua tehuelche se debe al padre Teófilo Schmidt, que dejó manuscrita una gramática de la misma, cuyo texto fué ofrecido a Mitre por el reverendo Thomas Bridges y se publicó en el *Catálogo razonado de la sección lenguas americanas* (tomo I, pág. 200 y siguientes). De Schmidt — que llamaba al tehuelche « tsoneka » (pronúnciese *tsho-n-kü)* — se publicaron, además, *Two linguistic treatises on the Patago-*

nian or Tehuelche language... edited wich an introduction by Robert Lehmann-Nitsche (Buenos Aires, 1910).

Merced a estos trabajos se conoce bastante bien la estructura y peculiaridades de la lengua tehuelche, y que son en síntesis como sigue:

El alfabeto, según el misionero Schmidt, consta de 23 letras, que representan otros tantos sonidos elementales, teniendo además algunos compuestos. Faltan la *f*, la *ll*, la *n* y la *x*. Las vocales representan nueve sonidos (cinco simples y cuatro modificados, en que se distinguen dos *a*, una larga y otra abierta; tres *e*, una larga y dos breves; dos *o*, una larga y otra breve). Tiene siete vocales dobles: *ai, au, eu, ei, ei, oi, ou*, en que sólo una suena como diptongo. En las consonantes, la *c* tiene sonido de *q* dura; la *g* es sorda y gutural; la *k* equivale al sonido alemán *ch* al final o a la *j* inicial en español; *sh* suena como en inglés y como *ch* en francés. La *z* es sibilante y su sonido puede representarse por *ts*. El acento cae invariablemente en la primera sílaba cuando la palabra es bi, tri o polisilábica, menos en ciertos verbos que empiezan con partículas determinadas y en otros vocablos que forman excepción prosódica.

Los nombres no experimentan flexión ni para el número ni para el caso ni existe signo o partícula para la pluralidad. El genitivo parece ser el único caso de declinación y se distingue por medio de un

signo especial equivalente a la preposición *de* en castellano. Algunos nombres que empiezan con determinadas letras pierden la inicial cuando son regidas por pronombres posesivos, que se unen al nombre en forma de prefijo. Por ejemplo:

Madre.....	*Can*	Padre	*Canco*
Mi madre	*Y-an*	Mi padre....	*Y-anco*
Tu madre	*M-an*	Tu padre ...	*M-anco*
Su madre	*D-an*	Su padre....	*D-anco*

Los pronombres personales son: *ya* (yo), *ma* (tu), *da* (él), *nenvá* (nosotros dos), *mecmá* (vosotros dos), *decdá* (ellos dos), *wshwá* (nosotros), *meshmá* (vosotros), *deshdá* (ellos).

Los adjetivos se señalan por diversas terminaciones que los caracterizan. Como los sustantivos, no sufren cambio flexional de número ni de caso o género, pero toman la forma de verbo cuando se emplean en conexión con los pronombres personales. El grado comparativo se forma anteponiendo el adverbio *caur* (ejemplo: *alsom,* despacio; *caur-alsom,* más despacio; *getenc,* bueno; *caur-getenc,* mejor). Algunas veces *caur* se cambia en *daur,* que significa «más que», o en *ir,* que es el signo del comparativo «que» en frases más complicadas. Por regla general, los adjetivos se colocan después de los nombres a que se refieren.

El tehuelche, como todas las lenguas americanas,

carece del verbo sustantivo que expresa directamente la noción de « ser » o « estar », pero posee dos terminaciones que agregadas a los sustantivos, pronombres y adjetivos les hacen desempeñar el oficio de verbo auxiliar; y además una partícula significativa que se antepone para expresar la noción de ser negativamente. Su forma más simple, afirmativa o dubitativa, es el pronombre mismo adicionado de este modo : *Ya-she* (yo soy).

Las terminaciones de composición son la *she,* enunciada por frases afirmativas, y *mo* para las interrogativas, en combinación con los sustantivos, pronombres y adjetivos (ejemplo : *aln,* hombre; *aln-she,* es un hombre; *alnmo,* ¿es un hombre? Los adjetivos terminados en *ne* o *nic* pierden estas letras cuando toman los afijos *she* o *mo*.

La forma negativa « yo no soy », « vosotros no sois », etc., se traduce por *gomsh-ce*. La forma interrogativa es una de las más abundantes y complicadas, en que se combinan los nombres con las personas y los impersonales.

El verbo tehuelche tiene tres tiempos : el presente, el pasado y el futuro, en sus formas simples, y tres modos, el indicativo, el imperativo y el subjuntivo, con sus formas interrogativas y negativas, que suplen las deficiencias de la conjugación. No tiene infinitivo como abstracción sin persona, tiempo y número, pues la palabra que da su nombre al verbo

es la primera persona del indicativo presente, que se repite de manera uniforme en sus tres modos y tres tiempos, en combinación con los pronombres y partículas que modifican la acción personal.

He aquí, a guisa de ejemplo, el presente del verbo *jenshc,* ir :

Y-it jenshc.....	Yo voy
M-et-jenshc.....	Tú vas
Jenshc.....	El va
Ushe-jenshc.....	Nosotros vamos
Meshe-jenshc.....	Vosotros vais
Jenshc-edsh.....	Ellos van

El pretérito se caracteriza por el agregado de *ensh* a las formas anteriores (que en la tercera persona del plural exige la modificación *deshe-jenshc-ensh).* El interrogativo se indica por la partícula característica *mo,* como se ha visto ya en *alnmo,* y el imperativo es el siguiente, considerando el mismo verbo anterior :

Genem	Vé tú
Jenuc	Vamos nosotros
Jenemec	Id vosotros dos (dual)
Jenish.....	Vamos
Jenemesh.....	Id

El equivalente del subjuntivo es el seudo infinitivo con el afijo *de,* que significa « sí » o « cuando », con añadidura algunas veces de la partícula *got,* que es el signo del futuro. Abundan los equivalentes

adverbiales que modifican el verbo y aun lo forman. Son bastante variados: de tiempo, de lugar, sobre todo; de orden o serie, de modo de comparación, de cantidad y de duda.

Algunos de los nombres que empiezan con *i, g, h, n,* pierden su letra inicial cuando están regidos por pronombres posesivos, que se unen al nombre en forma de prefijos.

Las terminaciones más usuales de adjetivos son *nc* o *nic,* y esa función gramatical, aunque es indeclinable, toma la forma de verbo cuando se emplea en conexión con los pronombres personales.

Las preposiciones se colocan después de las palabras a las cuales rigen (ejemplo: *can, hash,* en la casa; *yenoi hash,* en el matorral, donde *hash* equivale a *en,* y otras veces a *chez* en francés, a *presso* en italiano y a *bei* en alemán).

En conclusión, a pesar de las reglas gramaticales que anteceden, debe tenerse presente que el idioma tehuelche «es difícil de reproducir con letras europeas — como dicen Onésimo y Elíseo Reclús, en su *Novísima Geografía Universal,* — según demuestran las diferencias extraordinarias en las colecciones de palabras hechas por los viajeros; y también cambia por la obligación impuesta a los tehuelches de que los amigos de un difunto no empleen las palabras que recuerdan su nombre, y las substituyan con expresiones nuevas».

CAPÍTULO XVII

IDIOMAS FUEGUINOS. EL YAMANA. EL ONA. EL ALAKALUF

El estudio de las lenguas indígenas de la Tierra del Fuego se inicia en época innegablemente tardía, pues tres siglos después de ser descubierta esa región insular, por Magallanes, en octubre de 1520, nada se conocía de los idiomas allí hablados.

Las primeras noticias recogidas por Laet en *Novus Orbi* fueron suministradas por los antiguos navegantes holandeses, que sólo llegaron a conocer algunas tribus fueguinas y una que otra palabra aislada de su lengua.

En 1698, un filibustero del Pacífico, Juan de la Guibaldière, compiló en el Estrecho de Magallanes un vocabulario de unas 300 palabras y frases. Escrito con arreglo a la ortografía y a la fonética francesa, es difícil determinar a qué lengua fueguina correspondía. Pero se cree fundadamente que recogió palabras del alakaluf y, en menor proporción, de los idiomas tehuelche y ona. Este vocabulario fué incluido por M. G. Marcel en su obra *Les Fuégiens à la fin du XVII*ème *siècle d'après des documents inédits,* obra que fué publicada a fines del siglo pasado (París, 1892).

Bougainville, que fué uno de los primeros viajeros modernos que exploró el Estrecho de Magallanes, durante los años 1763 y 1764, únicamente recogió de labios de los aborígenes la palabra *pecherais;* sin entenderla, y con la que por largo tiempo han sido designados.

James Wedell, creador del término « fueguino », en su viaje al Sur (1823) sólo pudo enterarse de cuatro palabras que le parecieron de estructura semítica : *sayam,* agua; *abais,* mujer; *shewo,* aprobación; *noch,* desagrado. No ofrecen relación con ningún vocabulario fueguino conocido.

A Roberto Fitz Roy corresponde la primacía de haber establecido que los fueguinos hablaban no una sino varias lenguas, e inició la tarea de formar sus respectivos vocabularios. Divide Fitz Roy a estos indígenas en tres tribus, que representan otras tantas razas con sus respectivos idiomas específicos, y señala otros tres dialectos más hablados por subtribus que pertenecían a una misma familia : 1ª la tribu de los Yacana-Kunny o una porción de ella (que nosotros llamamos onas); la cual habita la parte nordeste del vasto grupo de islas de la Tierra del Fuego; 2ª la de los Tekinica, antes llamada Kyuhue (o sea los yaghanes), que vive en la región sudoeste, cerca del canal de Beagle; 3ª al oeste, entre dicho canal y el Estrecho de Magallanes, la tribu de Alikhulip (o Alukuluf); 4ª los « pecherais »

o peseraes de Bougainville, horda que habitaba las comarcas centrales del Estrecho; 5ª la tribu o fracción de ella llamada modernamente huemul, en las proximidades de las aguas de Otwa y de Skirings; 6ª otra tribu existente sobre la costa occidental de la Patagonia, entre el Estrecho y el archipiélago de los Chonos.

J. Wilson, cirujano de la expedición de Fitz Roy, recogió vocabularios del alakaluf, del tekinica o yaghan y del patagón o tehuelche.

El primer texto que se escribió en lengua yaghana o yámana fué el del Reverendo Thomas Bridges, *Gospl. Luc Eamanci. The Gospel of S. Luc translated into the Yahgan language,* versión del Evangelio de San Lucas (Londres, 1881). Ha sido ésta la fuente de los trabajos gramaticales y glosarios publicados posteriormente sobre la lengua de los yaghanes, llamados antes yámanes o tekenicos, que vivían al sur de la Tierra del Fuego. Bridges que dominaba también, en parte, el alakaluf y el ona, dejó inéditos, en 1898, año de su fallecimiento, sus importantes estudios sobre la lengua yámana, que constaban de una gramática explicativa y de un diccionario, además de numerosos textos en la misma lengua [1].

[1] Véase Martín Gusinde, *Die Manuskripte der Yámana-Sprache des Rev. T. Bridges*, en *Actas y trabajos científicos del XXV° Congreso Internacional de Americanistas*, tomo II, página 246 y siguientes, Buenos Aires, editor Coni, 1934.

o peseraes de Bougainville, horda que habitaba las comarcas centrales del Estrecho; 5ª la tribu o fracción de ella llamada modernamente huemul, en las proximidades de las aguas de Otwa y de Skirings; 6ª otra tribu existente sobre la costa occidental de la Patagonia, entre el Estrecho y el archipiélago de los Chonos.

J. Wilson, cirujano de la expedición de Fitz Roy, recogió vocabularios del alakaluf, del tekinica o yaghan y del patagón o tehuelche.

El primer texto que se escribió en lengua yaghana o yámana fué el del Reverendo Thomas Bridges, *Gospl. Luc Eamanci. The Gospel of S. Luc translated into the Yahgan language,* versión del Evangelio de San Lucas (Londres, 1881). Ha sido ésta la fuente de los trabajos gramaticales y glosarios publicados posteriormente sobre la lengua de los yaghanes, llamados antes yámanes o tekenicos, que vivían al sur de la Tierra del Fuego. Bridges que dominaba también, en parte, el alakaluf y el ona, dejó inéditos, en 1898, año de su fallecimiento, sus importantes estudios sobre la lengua yámana, que constaban de una gramática explicativa y de un diccionario, además de numerosos textos en la misma lengua [1].

[1] Véase Martín Gusinde, *Die Manuskripte der Yámana-Sprache des Rev. T. Bridges*, en *Actas y trabajos científicos del XXV° Congreso Internacional de Americanistas*, tomo II, página 246 y siguientes, Buenos Aires, editor Coni, 1934.

El Reverendo Bridges contó 949 yaghanes en 1884, pero en 1890, es decir a los seis años, sólo quedaban 300. Expresa que su lengua es bella y sonora, y hasta la más elegante y más rica de América. A su alfabeto le asigna 39 consonantes y 16 vocales, registrando 30.000 palabras, cuyas raíces son relativamente pocas. No usan los yaghanes — dice — nombres propios, designándose unos a otros por el sitio que ocupan en el momento de la conversación o por alguna otra circunstancia.

En 1885, Lucien Adam publicó un análisis metódico de la lengua yámana, con el título *Grammaire de la langue Yagane* (París), en que tuvo por guía a Bridges, y su versión del *Evangelio de San Lucas*. Erróneamente afirmó Adam que esa lengua no es polisintética.

Trabajo importante es el de Carlos Spegazzini, *Apuntes filológicos sobre las lenguas de la Tierra del Fuego (Anales de la Sociedad Científica Argentina,* tomo XVIII, Buenos Aires, 1888), donde afirma con fundamento que el yaghan y el ona coinciden algunas veces en palabras; el ona se asemeja al tehuelche de Patagonia, mientras el yaghan y el alacaluf presentan cierta analogía con el araucano.

Los materiales suministrados por Pigafetta, Fitz Roy, Bridges, Adam, Popper, Bove y Segers fueron utilizados por D. G. Brinton en su *Further notes on Fuegian language* (Filadelfia, 1892), libro que con-

tiene breves notas sobre las lenguas yámana, ona y alacaluf. Dos años más tarde, o sea en 1894, el profesor Garbe hizo conocer los elementos gramaticales del primero de esos idiomas.

Entre los estudios relativos al mismo que han visto la luz en el presente siglo, cabe mencionar por su valor los siguientes : J. Denucé, *Note sur un Vocabulaire complet de la langue Yahgane,* en *Verhandlungen des XVI Internationaler Amerikanisten-Kongress zu Wien,* September 1908, Viena, 1910; F. Hestermann, *Zur Transkriptionsfrage des Yagan,* en *Journal de la Société des Américanistes de Paris,* X, páginas 25-41, Paris, 1913; Martín Gusinde, *Meine Forschungsreisen ins Feuerland und deren Ergebnisse,* en *Mitteilungen der Anthropolog. Gesellschaft in Wien,* Band LV, S, Viena, 1925; ídem, *Das Lautsystem der feuerländischen Sprachen,* en *Anthropos,* Band XXI, Mödling-St. Gabriel, 1926; F. Hestermann, *Eine Umfrage nach dem Yagan (Yámana)-Lexikon des Thomas Bridges,* en *Folia Ethnoglossica,* Band III, Hamburgo, enero de 1927; ídem, *Das Pronomen in der Yamana Sprache,* en *International Journal of American Linguistics,* V, n°s 2-4, Nueva York, julio de 1929; Thomas Bridges, *Yamana-english : A dictionary of the speech of Tierra del Fuego. Edited by Ferdinad Hestermann and Martin Gusinde, St.-Gabriel-Mödling, printed for private circulation only by Missionsdruckerei,* 1933, XXIV-665 páginas; Martín

Gusinde, *Bridges' Yamana-Dictionary. Sein Entstehen und Aufland,* en *Mitteilungen der Anthropologischen Gesellschaft in Wien,* Viena, tomo LXIII, páginas 179-185, 1933; idem, *Zur Geschichte des Yamana-english dictionary by T. Bridges,* en *Anthropos,* St. Gabriel-Mödling, tomo XXVIII, páginas 159 y siguientes, 1933).

El yámana se distingue de las demás lenguas sudamericanas por dos rasgos fundamentales, que son la « composición verbal binaria » y el empleo del « locotemporal ». Consiste la mencionada composición en que los temas verbales presentan dos modos en forma tal, que es posible expresar más de dos ideas en un solo verbo. En el segundo caso hay un prefijo que precisa o particulariza y el cual varía según el tema si la acción se ejecuta en época determinada, sea en un lugar especial, o bien con determinado objeto o de un modo particular, con lo que puede indicarse el tiempo, el sitio, el instrumento y el propósito de la acción.

El yámana no tiene artículo definido ni indefinido, pero emplea en su lugar sufijos. Los pronombres son de muchas clases: locativos, demostrativos, interrogativos, posesivos, reflejos y relativos, y además hay uno que los lingüistas llaman enfático, en que el indicio colectivo desempeña la función del verbo y forma un sustantivo. Se usan partículas distintas para indicar las per-

sonas y las cosas y para distinguir los nombres animados de los inanimados.

Como ya observó Spegazzini, el yaghan posee elementos abstractos absolutos y negativos. Los primeros son aquéllos en los cuales la palabra no tiene más que una significación (como *acela,* odio, desprecio); mientras que en los abstractos relativos la palabra usada tiene valor también de adjetivo o de verbo (ejemplo : *abaile,* fuerza y fuerte).

El género en los nombres comunes y propios inanimados no existe, como tampoco la declinación del nombre. El dativo se expresa por un sufijo, el que generalmente se hace preceder por determinadas partículas. La inflexión de la voz es la que indica que el nombre se encuentra en vocativo.

Los numerales son solamente tres, pero existen varios vocablos para expresarlos :

1..... *vkoali, ukuali*
2..... *kambaüwe, compeipe, kombai*
3..... *moettan, muttan*

Además del singular y del plural hay el dual, como en el griego y en el araucano, y el trío, que se expresa por circunloquios. El dual se forma agregando al nombre el subfijo *apai* o *pag* (como *tella-pag,* dos ojos). En los nombres de los animales se encuentra además del sustantivo destinado a designarlos en forma común, un nombre especial para el macho.

El verbo tiene tres tiempos simples y naturales (presente, pasado y futuro). Los verbos se dividen en cuatro clases, según las formas temáticas que revisten en general cuando reciben los indicios o signos de la conjugación. Además del indicativo y del imperativo pueden reconocerse tres formas de subjuntivo, el interrogativo, infinitivo, supino y cuatro participios. El número de verbos compuestos es casi ilimitado.

Los viajeros que han visitado el extremo meridional de nuestro país refieren, en general, que los onas y los tehuelches pueden entenderse unos a otros, hecho que demuestra lo parecido de su idioma, pero es tal la aspereza del de los onas (llamados también aonas, yaconas o «gente grande», Yacana-Kunny, etc.), que, según Bridges, cuando hablan parece que están haciendo trabajosas gárgaras.

Como queda dicho en el capítulo anterior, el término *ona* es una corrupción de *Tsh'on* debida a los yámana, y bajo ese nombre se conocen dos tribus fueguinas, la de los manekenkn y la de los shilknam, la primera de ella ya desaparecida.

Ramón Lista, en su obra *Viaje al país de los onas* (Buenos Aires, 1887), consigna 27 palabras de los onas del norte y 85 de los del sur, que recogió directamente. Señala algunas analogías entre el ona y el tehuelche o tsoneca, observación que había

hecho ya el célebre naturalista Carlos R. Darwin, quien formaba parte de la expedición del capitán Fitz Roy, mientras que otros autores confundieron el ona con el tehuelche, por su escaso conocimiento de estas lenguas.

El misionero salesiano presbítero José M. Beauvoir publicó un *Pequeño diccionario del idioma Fueguino-Ona con su correspondiente castellano* (Buenos Aires, Escuela Tipográfica Salesiana, sin año), en el que incluyó palabras que había oído en las conversaciones familiares de los indios y cuyo significado exacto estudió minuciosamente. Comprende los dos dialectos de los onas y es fruto de 20 años de trabajo, en el que tuvo por colaborador a un muchacho ona de 15 años criado por él, de nombre Kalapacta, a quien bautizó con el de José Luis M. Calafate.

Es sin duda ese *Pequeño diccionario* el mejor tratado de la materia publicado hasta entonces y ofrece, además, el mérito de añadir las equivalencias de muchas palabras en el yámana y el alacaluf.

El alfabeto ona carece en absoluto de las letras *b*, *d* y *f*. En lugar de la *b* y la *d* emplea sus correspondientes consonantes duras, la *p* labial y la *d* dental. La *f* está suplida por la *h* aspirada.

El idioma ona tiene facilidad de formar nuevas palabras a medida que se presenta la ocasión; por

ejemplo de *koskot,* vaca o buey, se forma con una particula final *koskot-ka,* ternero o cabra. Hay verbos que expresan acciones particulares, como *clayove'n,* andar despacio; *mikenién,* tocar la campana; *chache-wainén,* cazar pájaros; *josciake'n,* teñirse la cara, etc.

Los numerales comúnmente empleados son: *sos* (uno), *soki,* (dos), *saake* (tres), *koni-soki* (cuatro) y *pooker* (cantidad mayor de diez).

Los alacalufos o alacalutos, que habitaban el oeste de la Tierra del Fuego [1], no pasaban de 150 en tiempo de Bridges, según cálculo de éste, pero el padre Beauvoir elevaba su número a 2000 hacia el año 1900, incluyendo los habitantes de las islas.

Entre su lenguaje y el de los onas no existen analogías léxicas y menos con el yámana, según puede verse por este cuadro comparativo de vocablos, tomado del *Diccionario* del padre Beauvoir.

[1] Véase J. M. Cooper, *Analytical and critical Bibliography of the tribes of Tierra del Fuego and adjacent territory,* Washington, 1917.

Castellano	Ona	Yámana	Alacaluf
Hombre	*Tschon*	*Oua*	*Yp'pa* u *Hoiken*
Mujer	*Naa*	*Kipa*	*Ypachelis*
Hombre (genérico)	*Tschoon*	*Yámana*	*Hé kainé*
Cabeza	*Ahale'tá*	*Tacha* o *hamana*	*Orkuar*
Cabello	*Ahal*	*Ouchta*	*Terscaf*
Frente	*Osrl*	*Ochkach*	*Tel-kar*
Ojos	*Otrr*	*Teh-la*	*Telh*
Nariz	*Ol* u *Oul*	*Kachouch*	*Olelelseiskat*
Oreja	*Scen*	*Oufkihr*	*Kiarvin*
Boca	*Kasken*	*-Ya*	*Afftakal*
Diente	*Ohor*	*Toun*	*Scerikti*
Lengua	*Chail*	*Lane*	*Lejéhl*

CAPÍTULO XVIII

IMPORTANCIA DE LAS LENGUAS INDÍGENAS PARA EL ESTUDIO DE LA ETNOLOGÍA Y LA HISTORIA

En los tiempos modernos, la etnología ha arribado a grandes visiones de conjunto con F. Ratzel, sobre todo, para quien la América « en el panorama del etnógrafo, forma el borde oriental del mundo ».

El siglo XIX aportó hipótesis originales sobre el origen de los indios, entre las que cabe destacar las dos siguientes :

1ª La del autoctonismo, vislumbrada por Morton y sostenida por Agassiz, sobre la base de un origen del hombre por cada continente, con independencia de cada uno de sus árboles genealógicos; hipótesis que fué adoptada por Ameghino en el sentido monogenético, con una sola « hominación » para todo el globo, realizada en la Pampa;

2ª La que afirma la procedencia de los pobladores del Nuevo Mundo de continentes que no existen, pero cuya existencia se sospecha (el Gondwana, el Arquelenis, la Antártida, la Atlántida, la Merápida, etc.).

Frente a estas concepciones de conjunto de la etnología, la lingüística, en cambio, ha procedido sin guía y no ha llegado a la unidad que implica la síntesis, salvo en cuestiones especiales. Los lingüistas han trabajado hasta hace poco tiempo en forma aislada, sin comparar ni coordinar los resultados obtenidos.

En cuanto a la relación que existe entre las dos disciplinas citadas, ella ha sido expresada por Paul Rivet en esta forma : « Un estudio diligente de los hechos revelaría a menudo que existe un estrecho paralelismo entre los datos lingüísticos y los datos etnográficos, y un amplio paralelismo entre estos últimos y los resultados antropológicos, y cuando hay divergencia el hecho debe y puede ser explicado ».

Penetrando en la cuestión básica objeto del presente capítulo, cabe afirmar que *la importancia de la lingüística americana para el estudio de la etnología estriba en que aquélla puede confirmar y apoyar los datos y conclusiones de la segunda,* sin servirle, en cambio, de punto de partida ni de fundamento único. Análogamente, Max Uhle ha dicho, refiriéndose al estudio de las culturas indígenas, que « sin las pruebas arqueológicas los datos históricos valdrían muy poco » [1].

[1] *La esfera de influencia del país de los Incas,* en *Revista Histórica,* Lima, 1909.

Cuando Vicente Fidel López, Agustín Matienzo, el padre Mossi, Gumersindo Mendoza, Couto de Magalhaes y otros partidarios del « arianismo » infirieron el origen ario de los quechuas, tupís, nahuas, aztecas y otomís, basándose en supuestas analogías de sus lenguas respectivas con el sánscrito, buscaron en la lingüística la prueba única de sus afirmaciones, concediéndole una importancia desmesurada y sin confrontar aquellas presuntas analogías con los datos primordiales de la etnología.

Del mismo modo, por una errónea interpretación del papel de la lingüística frente a la ciencia etnológica, que *consiste en reforzar las deducciones* de esta última, han surgido teorías pintorescas de parentescos étnicos imaginarios que tanto abundan en la historia de los estudios americanistas.

Así, como ya he expresado, para Vicente F. López el quechua es el mismo idioma ariano en su estado de primera formación y los antiguos peruanos eran descendientes de los griegos o de sus progenitores los pelasgos y por lo tanto, de los arios, los cuales emigraron a América, donde fundaron el Imperio incásico [1]. Benjamín Smith Barton, en *New views of the origin of the tribus and nations of America* (Filadelfia, 1798), sostuvo el origen asiático de los indios americanos fundándose sólo en el

[1] *Les races aryennes du Pérou. Leur langue. Leur religion. Leur histoire*, París, à la Librairie A. Franck, Montevideo, chez l'auteur, 1881.

examen comparativo de sus lenguas, y refutó, además, las opiniones de Clavigero y de Jefferson. Adolfo Varnhagen, en *L'origine Touranienne des Américains Tupís-Caribes et des anciens Egyptiens* (Viena, 1875) relaciona el guaraní con el egipcio y en mérito de algunas semejanzas léxicas superficiales considera a los guaraníes pertenecientes a la raza caribe. Lord Kingsborough quiso probar que la civilización de Méjico fué obra de los israelitas y adujo para ello ciertas analogías lingüísticas y religiosas [1], pero su hipótesis ha sido desvirtuada por los descubrimientos arqueológicos posteriores; y del mismo modo, José de Sosa y Lima — citado por Adán Quiroga — afirmó la existencia, en la nación calchaquí, de muchos nombres hebreos, como David, Sansón, Salomón y Enoch, hecho que no bastaría para sostener su origen semítico.

Inversamente, empero, «las diferencias de lenguas — como bien expresó Lafone Quevedo hace 40 años — no creo que en todos los casos correspondan a las de raza. Una vez bien establecidas la geografía de las lenguas, la craneología de las razas y la agrupación de los idiomas en las grandes familias de sufijadoras, prefijadoras y mixtas, recién podremos empezar a vislumbrar el origen de nuestros indios» [2].

[1] En la obra *Antigüedades de Méjico*, texto inglés, 1830.

[2] *La lengua Vilela o Chulupí*, Buenos Aires, Imprenta «Roma», 1895.

En suma, la lingüística sin la ayuda de las otras disciplinas científicas citadas, no puede formular indicios claros y experimentales que permitan trazar las grandes líneas etnogenéticas de los aborígenes americanos. En algunos casos, *su importancia es considerable cuando logra mostrarnos ciertas etimologías toponímicas,* porque entonces cabe precisar el área geográfica y zona de influencia de una o más tribus indígenas y trazar así un mapa etnográfico, pero es preciso para ello que tales etimologías se apoyen en datos fidedignos.

El descubrimiento realizado por Rivet de las correlaciones de grupos lingüísticos de nuestro Continente con otros grupos de Oceanía ha sido robustecido por abundantes pruebas etnográficas, geológicas, antropológicas, etc., expuestas por el mismo Rivet y por Sergi, Koppers, Gusinde, Lebzelter, Friederici, Imbelloni y otros autores. De los estudios del eminente autor francés se desprende que el camino metódico que debe seguirse no es ya la búsqueda desordenada y simultánea de analogías lingüísticas en toda la extensión de América, sino el estudio de aquellos grupos que la etnografía ya nos ha puesto en condición de clasificar, sobre la base de su patrimonio mental, del que, en definitiva, forma parte la misma lengua. Por último, las analogías etnográficas y lingüísticas deben ser confirmadas por el vínculo racial, revelado por la somatología.

Por otra parte, importa al historiador del pasado argentino conocer la significación de un gran número de documentos, principalmente redactados en quechua y en guaraní y expedidos por las autoridades con posterioridad a la Revolución de Mayo (salvo algunas excepciones), bien que generalmente el valor original de tales documentos es limitado. Se trataba por lo común de informar a los indígenas de diversos hechos fundamentales acontecidos en el país y de importantes resoluciones del gobierno.

Pueden mencionarse los siguientes documentos de tal índole en quechua :

El decreto provisional de la Junta Gubernativa de las Provincias Unidas del Río de la Plata a nombre de don Fernando VII, fechado el 1° de septiembre de 1811, extinguiendo el tributo que pagaban los indios del Perú a la corona de España. Se titula originariamente: *Caita Junta Cachan. Cay Junta Provisional Gubernativa cay tu cui provincias manta cay colque Maya manta Reipa canchis Fernando sutimpi.*

Acta de la Independencia declarada por el Congreso de las Provincias Unidas en Sud América (Buenos Aires, Imprenta de M. J. Gandarillas, 1816). Cuatro páginas en folio a dos colores. Versión del acta y de la fórmula del juramento en quechua, con notas sobre la ortografía y la pronunciación del idioma.

Del general San Martín hay una proclama en quechua *a los indios naturales del Perú,* anunciando

la expedición libertadora argentino-chilena: *Llapananta accllasca José de San Martín sutiyocc, Maccanacocunacpa Apunya Apunmi; chay Llacclayquichila outichynassu iquipace, ppuyo hina llantarca maccanacoccunacpa camachecñincunatagnan pay sapallau camachec Chilepi; Atuchac cargoyoqunamanta hasguau acllasca cunamanta ucñin cacmi,* etc. (Santiago de Chile, 1819).

En guaraní se escribió *el oficio del Cabildo* dirigido, en 1768, al gobernador Bucarelli, pidiendo el regreso de los jesuítas en lugar de los doctrineros franciscanos.

Mitre se refiere en su *Catálogo razonado* a una colección de cinco documentos históricos, en español y guaraní, suscriptos por don Manuel Belgrano al iniciar su campaña del Paraguay en 1810 (manuscrito del Museo Mitre).

La Junta Gubernativa de Buenos Aires solicitó por intermedio del general Belgrano la cooperación de las autoridades del Paraguay, enviando sendas notas en guaraní al gobernador don Bernardo de Velazco, al Cabildo de la Asunción, al comandante militar don Pablo Tompson, al obispo y al comandante de Itapúa.

Cabe citar además el trilingüe *Decreto* de la Asamblea General de las Provincias Unidas del Río de la Plata, de 12 de marzo de 1813, en aymará, quechua y guaraní, extinguiendo el tributo, el yanaconazgo

y el servicio personal de los indígenas (Buenos Aires, 1813).

Entre los estudios recientes relativos a documentos argentinos en lenguas indígenas, puede mencionarse el de R. Lehmann-Nitsche, *Anciennes feuilles volantes de Buenos Aires ayant un caractère politique rédigées en langues indigènes américaines,* en *Journal de la Société des Américanistes* (t. XXII, 1930).

CAPÍTULO XIX

SUPERVIVENCIAS LINGÜÍSTICAS INDÍGENAS EN NUESTRO VOCABULARIO [1]

Trasplantada a los vastos territorios de América, la lengua de los conquistadores castellanos tuvo que amoldarse a la naturaleza antes desconocida del Nuevo Mundo, desde la fauna y flora, en gran parte sin equivalente en las de Europa, hasta la alimentación y habitación distintas de las antiguas españolas.

De aquí la incorporación, como hecho natural, de un gran número de voces indígenas — sustantivos, adjetivos, verbos, adverbios, etc. — al castellano, no pocas de las cuales han pasado por su intermedio a los demás idiomas de los países civilizados de Europa y otros continentes.

Los tratadistas de nuestro tiempo clasifican de la manera siguiente las supervivencias lingüísticas indígenas en nuestro vocabulario :

[1] Capítulo reproducido en el *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, número 15, tercer trimestre de 1936.

1ª Palabras anticuadas que sólo se encuentran en los cronistas e historiadores;

2ª Términos geográficos;

3ª Nombres de tribus, dignidades sociales, utensilios y costumbres de indios;

4ª Voces de zoología, con sus derivados castellanos (como *vizcachera,* el paraje donde se encuentra el animal; *guanaquero,* cazador de guanacos);

5ª Voces de botánica, nombres de vegetales (como papa, *solanum tuberosum,* que los españoles llamaron más tarde, equivocadamente, patata);

6ª Palabras culturales — según la expresión de los autores alemanes, — que designan objetos o procedimientos debidos al desarrollo específico de la cultura indígena (v. gr.: el modo de construir paredes y murallas con «pircas», las «huacas», etc);

7ª Voces generales que designan relaciones abstractas de parentesco y sociedad, cualidades y acciones. Hay entre ellas sustantivos, adjetivos, verbos, etc., y son las que expresan más directamente las relaciones psíquicas entre el indio y el español.

Desde el punto de vista de su procedencia es preciso distinguir en los términos indígenas que han tomado carta de naturaleza en el castellano de la Argentina, aquellos que pertenecen a lenguas ha-

bladas en lo que es hoy el territorio de nuestro país y los que han sido tomados de idiomas americanos hablados fuera de sus límites [1]. Así empleamos corrientemente vocablos que en la primera época de la conquista se incorporaron al léxico castellano enseñados por los indígenas de Méjico y de las Antillas, como *chocolate, canoa, ají, tabaco, huracán, tomate, chicha,* etc. Evidentemente, no cabe agrupar estas voces junto con las de origen quechua o guaraní. Y en lo que respecta al quechua se debe señalar otra particularidad: hay palabras procedentes de dicha lengua usadas entre nosotros que han sido aprendidas por los españoles en el Perú y llevadas a la Argentina, confundiéndose después con los términos tomados del idioma quechua hablado en nuestro propio territorio.

En lo que concierne a los verbos indígenas que sobreviven en castellano, deben ser agrupados, como lo hace Rodolfo Lenz, en tres clases:

1ª Los derivados por procedimientos de gramática castellana, como *charquear,* de charqui o charque; *matear, coquear,* etc.;

2ª Verbos primitivos y puramente indígenas;

3ª Mixtos, en que la acción es expresada conjun-

[1] Véase Peter H. Goldsmith, *Contribuciones indígenas americanas a idioma español,* en *Annaes do XX Congresso Internacional de Americanistas, realisado no Rio de Janeiro, de 20 a 30 de agosto de 1922,* Río de Janeiro, 1932, tomo III, páginas 119-133.

tamente por un verbo castellano y un vocablo indígena (generalmente sustantivo o adjetivo), como « hacer achuras », « ser chúcaro ».

Aparte de los verbos, hay palabras de raíz indígena y terminación castellana, como *choroyal,* del araucano *choroi* o *choyoi,* la llareta, planta *(laretia acaulis, azorella madreporica),* y *al,* que sugiere la idea de un campo cubierto de plantas o de objetos inanimados.

Los estudios realizados en nuestro país sobre los indigenismos se resienten, en general, de falta de método y rigor científico. A este respecto no tenemos nada comparable a la monumental obra del profesor Lenz, *Diccionario etimológico de las voces chilenas derivadas de lenguas indígenas americanas* (Santiago de Chile, Imprenta Cervantes, 1905-1910), que también reviste importancia considerable para el estudio del castellano en la Argentina.

Resulta interesante consignar que Zorobabel Rodríguez, en su *Diccionario de chilenismos* (Santiago, 1875), reunió 250 palabras usuales en su país derivadas de lenguas indígenas americanas. Más tarde, en 1902, Alejandro Cañas Pinochet, en sus *Estudios etimológicos* elevó ese número a casi el doble, guarismo todavía bien distante de la verdad de los hechos. En el mismo año, Rodolfo Lenz publicó su trabajo *Die indianischen Elemente im chilenischen Spanisch, inhaltlich geordnet,* en *Beiträge zur romanis-*

chen und englischen Philologie, Halle, donde señalaba unas 500 voces de origen indio, clasificadas según las esferas de ideas a que se referían (prescindiendo casi totalmente de los nombres de plantas y animales, que luego incluyó en su *Diccionario etimológico de las voces chilenas derivadas de lenguas indígenas americanas*).

En Buenos Aires, la Academia Argentina, presidida por el doctor Juan Carballido, y de la cual formaban parte Rafael Obligado, Martín Coronado, Gregorio Uriarte, Atanasio Quiroga, Eduardo L. Holmberg, Ernesto Quesada, Carlos Vega Belgrano, Luis Telmo Pintos (secretario), Adolfo Lamarque, etc., comenzó a preparar hacia 1875, un *Diccionario del lenguaje argentino,* del cual en 1878 se contaba con un material de 4.000 vocablos, muchos de ellos de etimología indígena claramente establecida. A Juan María Gutiérrez se debe un interesante artículo sobre *Palabras indígenas americanas,* en *El Plata Científico y Literario,* tomo V, página 86 y siguientes.

En la *Revista Nacional,* de Buenos Aires (tomo III), Benigno T. Martínez publicó unos *Apuntes para un diccionario de argentinismos e indigenismos,* de bastante mérito, pero que sólo comprenden la letra A. Dado el interés de dichos *Apuntes* creo oportuno transcribirlos casi *in extenso*. Helos aquí :

chen und englischen Philologie, Halle, donde señalaba unas 500 voces de origen indio, clasificadas según las esferas de ideas a que se referían (prescindiendo casi totalmente de los nombres de plantas y animales, que luego incluyó en su *Diccionario etimológico de las voces chilenas derivadas de lenguas indígenas americanas*).

En Buenos Aires, la Academia Argentina, presidida por el doctor Juan Carballido, y de la cual formaban parte Rafael Obligado, Martín Coronado, Gregorio Uriarte, Atanasio Quiroga, Eduardo L. Holmberg, Ernesto Quesada, Carlos Vega Belgrano, Luis Telmo Pintos (secretario), Adolfo Lamarque, etc., comenzó a preparar hacia 1875, un *Diccionario del lenguaje argentino,* del cual en 1878 se contaba con un material de 4.000 vocablos, muchos de ellos de etimología indígena claramente establecida. A Juan María Gutiérrez se debe un interesante artículo sobre *Palabras indígenas americanas,* en *El Plata Científico y Literario,* tomo V, página 86 y siguientes.

En la *Revista Nacional,* de Buenos Aires (tomo III), Benigno T. Martínez publicó unos *Apuntes para un diccionario de argentinismos e indigenismos,* de bastante mérito, pero que sólo comprenden la letra A. Dado el interés de dichos *Apuntes* creo oportuno transcribirlos casi *in extenso*. Helos aquí :

chen und englischen Philologie, Halle, donde señalaba unas 500 voces de origen indio, clasificadas según las esferas de ideas a que se referían (prescindiendo casi totalmente de los nombres de plantas y animales, que luego incluyó en su *Diccionario etimológico de las voces chilenas derivadas de lenguas indígenas americanas*).

En Buenos Aires, la Academia Argentina, presidida por el doctor Juan Carballido, y de la cual formaban parte Rafael Obligado, Martín Coronado, Gregorio Uriarte, Atanasio Quiroga, Eduardo L. Holmberg, Ernesto Quesada, Carlos Vega Belgrano, Luis Telmo Pintos (secretario), Adolfo Lamarque, etc., comenzó a preparar hacia 1875, un *Diccionario del lenguaje argentino,* del cual en 1878 se contaba con un material de 4.000 vocablos, muchos de ellos de etimología indígena claramente establecida. A Juan María Gutiérrez se debe un interesante artículo sobre *Palabras indígenas americanas,* en *El Plata Científico y Literario,* tomo V, página 86 y siguientes.

En la *Revista Nacional,* de Buenos Aires (tomo III), Benigno T. Martínez publicó unos *Apuntes para un diccionario de argentinismos e indigenismos,* de bastante mérito, pero que sólo comprenden la letra A. Dado el interés de dichos *Apuntes* creo oportuno transcribirlos casi *in extenso*. Helos aquí :

Acanaes : Adobe, en lengua tonocoté y lule del Chaco.

Acocó : Sapo, en lengua tonocoté y lule del Chaco.

Acops : Estanque, ídem.

Achco : Perro, en el quechua alterado que se habla en Santiago del Estero (Gancedo).

Achira : Nombre de parajes y de arroyos en Entre Ríos y Córdoba. En guaraní también se le da el nombre de achira a ciertas raíces de plantas.

Achpa : Significa tierra en el quechua adulterado que se habla en Santiago del Estero.

Aguapé : Nombre guaraní con que se conoce el nenúfar (Suárez). El lirio, Victoria regia (Mesterman).

Aillancó : Término geográfico que significa « Nueve aguadas » en la lengua de los indios de La Pampa y Río Negro (Olascoaga).

Aizána : Gegen, especie de mosquito, en lengua tonocoté y lule del Chaco.

Alcaine : Término geográfico, que significa « donde se hizo frente » en la lengua de los indios de La Pampa y Río Negro.

Akel : Algarrobo, en la lengua tsoneka o tehuelche (Lista).

Alom : Plata, en la lengua toba del Chaco (Carranza).

Aluá : Tierra, en la misma lengua (A. J. Carranza).

Aly : Sal, en la lengua tonocoté y lule del Chaco.

Ambay : Nombre guaraní con que se designa la higuera del infierno, primera especie (Padre Suárez).

Ambay-Cuazú : Higuera del infierno (segunda especie).

Ambay-Peroen : Higuera tártago *(Ricinus cornunis)*.

Amicuá : Roca, en lengua guayaná de Misiones (Lista).

Amma : Brazo, en la misma lengua (Lista).

Aus-mara : Guanaco, en lengua fueguina yaghan (Bove).

Ampatu : Sapo o rana, en el quechua adulterado que se usa en Santiago del Estero.

Anagué : Lazo, en la lengua de los indios tobas del Chaco. (A. J. Carranza).

Ancar-ló : « La mitad del médano », en la lengua de los indios de La Pampa y Río Negro (Olascoaga).

Anguay-Ibirá : Nombre guaraní con que se designa el árbol del estoraque.

Anguyá : El ratón, en guaraní.

Anilé : Isla, en lengua tonocoté y lule del Chaco.

Anon : Quirquincho *(Darypus minutus),* en lengua tsoneka o tehuelche (Lista).

Añangapiri-Mini : Arrayán blanca, mirtácea *(Mistus guaraniensis),* arbusto medicinal.

Apá : Nombre de un río (en guaraní significa torcido).

Apá : Terrón, en la lengua tonocoté y lule del Chaco y « amigo » en la toba.

Apo : Araucanismo. El gobernador o principal (Febrés).

Arazá-Guazú : Guayaba grande *(guajaoris agrestis),* nombre guaraní.

Arauco : Terreno cenagoso, en la lengua de los indios de La Pampa y Río Negro (Olascoaga).

Arqueni-co : Agua que mengua, en la lengua de los mismos indios (Olascoaga).

Atachipa : Gallina, en el quechua adulterado que se usa en Santiago del Estero.

Atila : Pantano, en lengua tonocoté y lule del Chaco.

Atog : Zorro, en el quechua adulterado que se usa en Santiago del Estero.

Atoló : Lagarto, en lengua tonocoté y lule del Chaco.

Atuel : « Donde hay quejidos », en la lengua de los indios de La Pampa y Río Negro (Olascoaga).

Auca-Mahuida : Sierra alzada, en la misma lengua (Olascoaga).

Auy : Pampa, desierto, vega y valle, en lengua tonocoté y lule del Chaco.

Aviac : Monte, bosque, en lengua toba del Chaco (A. J. Carranza).

Ay : Monte, cerro, risco, piedra, en lenga tonocoté y lule del Chaco.

Ayliú (araucanismo) : Cascajo o piedra en la orilla del río o bajío (Febrés).

Aypán : Peña, en lengua tonocoté y lule del Chaco.

Ayty : Metal o mineral en la lengua tonocoté y lule de la misma región.

Domingo Milanesio, en su trabajo *Etimología araucana* (Buenos Aires, Imprenta San Martín, 1918) interpreta por medio del araucano nombres como Charlone, Chenaut, Gnecco, Leiva, Linares, Ranelagh, Rapelli, Romay, Trongé, etc., es decir apellidos franceses, ingleses, italianos y españoles que han sido aplicados a estaciones ferroviarias... Como considera araucana la palabra Chacabuco (a pesar de su fisonomía quechua) y como existe un lugar de este nombre en la cordillera de Santa Cruz, llega a atribuir una extensión desmesurada al área ocupada primitivamente por los araucanos. Ello prueba que ciertas interpretaciones etimológicas erradas pueden conducir a falsas conclusiones etnológicas e históricas.

Entre las voces de origen indígena más usuales entre nosotros cabe citar las siguientes, excluyendo los nombres geográficos :

Achira, planta *(Canna achira, Canna panniculata)*.
Achura.
Achurar.
Aguacate (voz náhuatl).
Aguapé (especie de alga).
Aguará *(Canis jubatus)*.

Ají.
Aloja.
Alpaca (voz quechua).
Ananá (voz guaraní).
Anta *(Tapirus suillus)*.
Araucano.
Araucaria (familia conífera).
Atamisqui, planta *(Atamisquea marginata)*.
Aymará.
Azteca (voz náhuatl).
Bagual-a.
Baqueano o baquiano.
Batata.
Batea.
Batitú *(Actiturus longicanda)*.
Caburé.
Cacao (náhuatl).
Cacique (voz caribe).
Cacuí, cacuy o urutaú (ave).
Caimán (caribe).
Camuatí *(Polybia)*.
Cancha (quechua).
Caníbal.
Canoa.
Caoba.
Caracú (tuétano).
Carancho *(Polyborus vulgaris)*.
Caraú (ave).
Carayá (mono aullador).
Carey.
Caribe.
Carpincho *(Hydrochoerus capybara)*.
Ceibo *(Erithrina crista* Galli).
Cimarrón.
Coatí *(Nasua socialis)*.

Coca.
Colibrí (caribe).
Colihué o coihué (árbol).
Cóndor *(kuntur,* voz quechua).
Coya.
Coyoyo (insecto).
Curupay.
Chacra (quechua).
Chajá (ave).
Chala.
Chañar *(Gourlioea decorticans)*
Charata *(Penelope canicollis).*
Charqui.
Charrúa.
Chasqui.
Chaya.
Chicle.
Chicha.
Chilca.
Chilicote (grillo).
Chimango.
China, mujer indígena (voz quechua).
Chingolo *(Zonotrichia matutina).*
Chiqui (pájaro maléfico).
Chirimoya.
Chiripá.
Choclo.
Chocolate (voz azteca o náhuatl).
Chúcaro.
Chulpa (sepulcro).
Chuño.
Churrasco.
Diaguita.
Doca.
Estero.

Garúa (llovizna).
Guacamayo.
Guagua (criatura).
Gaicurú (planta).
Gualicho.
Guanaco o huanaco *(Auchenia lama,* voz quechua).
Guano.
Guarango.
Guaraní.
Guarapo.
Guayaba.
Guayacán *(Porliera hygrometrica).*
Gurí?
Hamaca.
Huaca.
Huaino.
Huanquero.
Hule.
Huracán.
Iguana.
Inca.
Isondú (luciérnaga).
Jacarandá (árbol).
Jaguar.
Jagüel.
Jalapa (hierba).
Jícara.
Lampalagua.
Lapacho.
Lechiguana *(Nectarina lechiguana).*
Locro.
Loro.
Llama (voz quechua).
Llanta (ave).
Llareta.

Macana (arma ofensiva).
Maíz.
Malambo (baile).
Malón.
Mamboretá (insecto mántido).
Mancarrón (rocín).
Mandioca.
Mangangá (insecto).
Maní.
Mataco *(Tolypentes conurus)*.
Mate.
Mezcal.
Mistol *(Zizyphus mistol)*.
Molle *(Duvana,* árbol).
Naque (vasija).
Nopal.
Ñandú *(Rhea americana)*.
Ñandubay *(Acacia cavenia)*.
Ojota.
Ombú *(Pircunia dioica)*.
Ona.
Pacará *(Enterolobium Timbawa)*.
Pacay *(Juga uruguayensis)*.
Pacú (pez).
Pachiquil
Palanchi.
Pampa (voz quechua).
Pampero.
Papa (quechua).
Pecarí.
Penca.
Petaca.
Petate.
Pialar o pealar.
Pichiciego *(Chlamydophorus truncatus)*.

Piquillín *(Condolia microphylla)*.
Piragua (caribe).
Pirca (quechua).
Pita (planta).
Poncho.
Poroto (vilela, de *poloto)*.
Pucho.
Puma (quechua, *Felis concolor)*.
Puna (quechua).
Puyo (tejido).
Quebracho.
Quechua o quichua (de *keswa)*.
Quena (instrumento).
Queñoa *(Polylepis racimosa)*.
Querandí.
Quillango.
Quina.
Quincha (tejido).
Quipo (sistema de escritura).
Quirquincho *(uphractus minutus)*.
Quiyá (nutria).
Rancho.
Sarandí (especie de sauco).
Surubí.
Tabaco (caribe).
Tacuara *(Troglodites platensis)*.
Tacho (recipiente).
Tala.
Talero.
Tambo (quechua).
Tanda.
Tapera
Tapioca.
Tararira *(Uacrodon trahira)*.
Tarco *(Jacarandá chelonia)*.

Tasajo.
Tato.
Tehuelche.
Terutero *(Vanellus cayanensis)*.
Tiburón.
Titi (mono).
Tiza (nahuatl).
Toba.
Tomate (nahuatl).
Totora.
Trapiche.
Tucán (ave).
Tucutuco *(Ctenomys brasiliensis)*.
Tuna.
Tunduco (pequeño roedor).
Tupí.
Tuyú (pájaro).
Urunday (árbol).
Vicuña.
Vincha o huincha.
Vinchuca *(Conorhinus infestans)*.
Viraró (palo amargo).
Vizcacha *(Lagidium Cuvieri)*.
Yacaré.
Yacopollo.
Yaguareté.
Yanacona.
Yapa o « ñapa ».
Yarará (víbora).
Yaraví (canto).
Yatay.
Yerra.
Yuca.
Yuyo.
Zapallo.

Tres idiomas son las fuentes principales de palabras indígenas de América en el español — dice Pedro Henríquez Ureña [1] —, en orden cronológico de conocimiento e influencia : el « taino », de Santo Domingo ; el « náhuatl », de Méjico ; y el « quichua », del Perú ». Esta aserción no resulta del todo válida con respecto a nuestro vocabulario, en el que han influído dos lenguas indígenas sobre todo : el quechua y el guaraní, lo que no implica negar la incorporación de voces de los otros dos idiomas a que se refiere el autor dominicano.

De acuerdo con su procedencia, los términos indígenas más usuales en nuestra habla pueden clasificarse así :

Mejicano, Azteca o Nahuatl

Aguacate (de *ahucaquahuitl).*
Azteca.
Camote, batata (de *camotli).*
Chicle (de *tzoctli).*
Chocolate (de *chocolatl).*
Enaguas ? (de *naguas).*
Hule (de *ulli).*
Jícara (de *xicalli).*

[1] *Palabras antillanas en el Diccionario de la Academia*, en *Revista de Filología Española*, tomo XXII, 2° cuaderno, 1935. Henríquez Ureña sostiene el origen indígena de los vocablos *yapa* (que algunos creen español), *pirca* (al que se ha atribuído procedencia latina), *arcabuz* (de *arcabuco)*, que Friederici clasifica como araucano, y que Lenz indica como subsistente en Chile ; *enaguas*, de *naguas*, de origen taino, etc.

Macana (de *macuahuitl).*
Mezcal (de *mexcalli),* variedad de agave y el licor que se obtiene de esta planta.
Nopal (de *nopalli),* planta cactácea.
Ocelote (de *ocelotl*), *leopardus pardallis.*
Petaca (de *petlacalli),* estuche.
Petate (de *petlatl),* estrellita de palma.
Teocalí o teocallí (de *teucali,* templo).
Tiza.
Tomate (de *tomatl).*

Caribe

Cacique.
Caimán.
Caníbal.
Canoa.
Caoba.
Caribe.
Colibrí.
Guayabo (árbol de la familia de las mirtáceas, cuyo fruto es la *guayaba).*
Hamaca (de *hamak).*
Iguana (del caribe *igoana,* o según otros, del guaraní *iguana).*
Piragua.
Tabaco.

Quechua

Alpaca (de igual voz).
Cancha.
Capac, rico en virtudes (aplicado sólo a los monarcas).
Coca (de *cuca).*

Guarani [1]

Aguapé (planta acuática).
Aguará (especie de zorro).
Ananá o ananás.
Caburé.
Caracú, tuétano.
Caranday (árbol de la familia de las palmeras).
Carayá (mono).
Carpincho.
Catinga (olor nauseabundo).
Coatí o cuatí.
Curupay (árbol del género de las mimosas).
Chajá.
Gaicurú (planta).
Iguana (según algunos, derivación del caribe *igoana).*
Irupé (ninfea de las lagunas).
Isondú (luciérnaga).
Mandioca (de *mandióg).*
Mangangá.
Ñandú.
Ñandubay.
Ñandutí (tejido).
Pacú (pez grande de los ríos).
Quiyá.
Tacuara.
Tapera (vivienda ruinosa y mísera).
Tapioca.

[1] Véase Moisés S. Bertoni, *Influencia de la lengua guaraní en Sud América y Antillas,* en *Anales Científicos Paraguayos,* serie II, número 2, Puerto Bertoni, 1916; Marcos A. Morínigo, *Las voces guaraníes del Diccionario Académico,* en *Boletín de la Academia Argentina de Letras,* tomo III, enero-marzo, 1935.

nuestra lengua aventajaba en riqueza y poder de abstracción a todo idioma indígena americano); 3° En su casi totalidad, los vocablos aportados al español por las hablas indígenas son concretos y además descriptivos de lo regional, — en todos los aspectos de la naturaleza y de la vida aborigen —, de lo raro y exótico [1].

[1] *Op. cit.*, en *Annaes do XX Congresso Internacional de Americanistas*, tomo III, Río de Janeiro, 1932.

INDICE

I. Evolución del estudio de las lenguas indígenas americanas y especialmente de las habladas en el actual territorio argentino..... 7
Siglos XVI a XIX..... 7
Siglo XX..... 25
II. Lengua quechua..... 35
Estado actual del estudio de la lengua quechua..... 40
III. Lengua atacameña o cunza..... 47
IV. El allentiak. El milcayac. El sanavirón..... 49
V. Lengua cacana..... 55
VI. Lenguas del Chaco argentino..... 61
VII. El lule, el tonocoté y el vilela o chunupí..... 67
VIII. Familia lingüística guaycurú : el abipón, el mocoví, el toba, etc..... 77
IX. Relaciones entre las lenguas de tipo guaycurú y chiquito..... 93
X. Grupo lingüístico mataco-mataguayo. El vejoz, el nocten, el chorote, etc..... 97
XI. Lengua guaraní..... 107
Estado actual del estudio de la lengua guaraní..... 114
XII. El guayaná y el grupo kaigangue-ingain..... 123
XIII. Lenguas ríoplatenses o del litoral. El complejo lingüístico güenoa-chaná..... 127
XIV. La hipotética lengua « chechehet » (Pampa bonaerense). El idioma de los gennakens..... 135

XV. Lengua araucana..... 141
XVI. El grupo lingüístico *Tsh'on*. El tehuelche..... 151
XVII. Idiomas fueguinos. El yamana. El ona. El alakaluf. 161
XVIII. Importancia de las lenguas indígenas para el estudio de la etnología y la historia..... 173
XIX. Supervivencias lingüísticas indígenas en nuestro vocabulario 183

TRABAJOS PREMIADOS DEL AUTOR

Universalidad de los sentimientos que predominan en las Coplas de Jorge Manrique. (Premio Presidente de la Universidad de La Plata, 1927.)

La obra de la mujer para bastarse a sí misma. (Premio Helena Larroque de Roffo, 1929.)

Gobernar es poblar. (Premio Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, 1931.)

Influencia de la civilización latina en nuestro país. (Premio Ministerio de Obras Públicas de la Nación, 1931.)

La mujer en su canción de la cuna. (Premio del diario *La Razón*, 1931.)

Ariosto y su influencia en la literatura española. (Premio « Angel de Estrada », de la Facultad de Filosofía y Letras, 1932.)

La influencia de la ley de educación común en el desarrollo cultural de la República Argentina y medios eficaces para intensificar su aplicación. (Primer premio del Comité Popular pro Conmemoración del Cincuentenario de la ley 1420, 1935.)

Los defensores de la paz. (Premio de la Sociedad Luz, 1935.)

Historia de la instrucción primaria en la República Argentina desde 1810 hasta la sanción de la ley de educación común. (Primer premio del Consejo Nacional de Educación, 1936.)

OBRA DIDÁCTICA

Lógica (adaptada al programa de los colegios nacionales), un volumen de 350 páginas, Buenos Aires, Angel Estrada y Cía., 1934.

ESTE LIBRO ACABÓSE DE IMPRIMIR EL DÍA 10 DE SEPTIEMBRE DE 1936
EN LOS TALLERES DE LA CASA EDITORA « CONI »
CALLE PERÚ 684, BUENOS AIRES